

LECCIONES

INSTRUCTIVAS SOBRE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFIA,

OBRA POSTUMA

DE

D. TOMAS DE IRIARTE

DIRIGIDA

A LA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

NUEVA EDICION

Añadida con los Sumarios de la Historia Eclesiástica y de España, que compuso en verso el P. JOSE FRANCISCO DE ISLA de la compañía de Jesus, y continuada la de España hasta el presente; y con los indices de que carecian las anteriores.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA PROFANA.

MADRID :
IMPRENTA DE BOIX, 1837.

Das. Iuliana

PARTE HISTÓRICA.

LIBRO SEGUNDO.

BREVE NOTICIA DE LOS PRINCIPALES

IMPERIOS ANTIGUOS.

LECCION PRIMERA.

Del imperio de los egipcios.

El imperio de Egipto pasa por uno de los mas antiguos del mundo; y por consiguiente, su historia, que empieza poco despues del diluvio, es sumamente obscura. Se cree que su primer soberano fue Menes, ó Mesrain, y que muerto éste, se dividió aquel imperio en cuatro reinos: el de Tebas, ó Egipto superior, el de Egipto inferior, el de This y el de Menfis. Asi permanció muchos siglos: y á los mil novecientos veinte y seis años antes de la venida de Jesucristo, Amenofis, rey del Egipto inferior, redujo á su dominio todo el pais Sesostris, sucesor de Amenofis acrecentó el imperio con grandes conquistas. Conserváronle sus descendientes,

hasta que Cambises, Jerjes y Artajerjes, reyes de Persia, se apoderaron de él, siendo infructuosas las varias tentativas de los egipcios para sacudir el yugo de los persas.

Conquistóles, al fin Alejandro Magno, y por su fallecimiento pasó el gobierno á Ptolomeo, uno de sus generales, cuyos sucesores le gozaron hasta que los romanos hicieron á Egipto provincia suya, despues de la derrota de Marco Antonio, y muerte de la reina Cleopatra.

Cuando el imperio romano se dividió en dos, una de oriente y otra de occidente, los emperadores de oriente quedaron dueños de Egipto; pero en el siglo séptimo le sometieron los sarracenos mandados por el califa Omar. En mil ciento setenta y uno el célebre sultan Saladino estableció en Egipto el imperio de los mamelucos; y en mil quinientos diez y siete destruyó á estos Selim, emperador de los turcos. Desde entonces poseen los otomanos aquellos estados, gobernándolos por medio de sus Bajaes.

Fueron los egipcios antiguamente muy celebrados por sus invenciones en las artes y ciencias, por su política, legislacion, comercio, y virtudes morales que practicaban, bien que las deslucieron con su inclinacion á la mas supersticiosa idolatría.

LECCION II.

De los imperios de Babilonia, Asiria y Media.

La historia de los asirios y babilonios es por mucha antigüedad tan confusa como la de Egipto. Nembrot, biznieto de Noé, fundó el imperio de Babilonia; y Asur, hijo de Sem, el de Asiria, que en lo sucesivo llegaron á estar unidos. Muchos siglos despues, reinando Sardanápolo, excitó Arbaces una revolucion en que del reino de Asiria se formaron tres diferentes, el de Babilonia, el de los medos, y el llamado propiamente de Asiria. De todos tres se apoderó al fin Siro, rey de Persia, y los conservaron sus descendientes hasta que Alejandro Magno, venciendo al rey, Darío, subyugó á los persas, y por consiguiente no quedó mas que la memoria de las monarquias de babilonios, medos y asirios tan famosos en otros tiempos.

LECCION III.

Del imperio de los persas y de los partos.

El reino de Persia no empezó á ser famoso en la historia antigua hasta que un hijo del Rey Cambises, llamado Ciro príncipe de

grandes prendas, se unió con los medos, destruyó el poder de los asirios y babilonios sometió el reino de Lidia quinientos cuarenta y ocho años antes de Cristo, y formó aquel vasto imperio, que ha conservado largo tiempo el nombre de Persia. Duró esta monarquía como unos doscientos años; y vencido su último rey Darío por Alejandro Magno en la batalla de Arbelas, quedaron los griegos dueños de la Persia.

Los partos que habían estado sujetos á los persas, y después á los macedonios, se rebelaron doscientos cincuenta y seis años antes de Cristo, acaudillando los Arsaces. El imperio de los partos que éste fundó, se fue extendiendo por gran parte del Asia bajo los sucesores de Arsaces; y Mitridates, uno de ellos, que empezó á reinar hácia el año de ciento sesenta y cuatro antes de la era cristiana, se adelantó con sus armas adonde no llegó el mismo Alejandro Mitridates segundo, apellidado el Grande, sostuvo felizmente la guerra contra los romanos; y su imperio permaneció glorioso hasta que en el año de doscientos veinte y seis después de Cristo, Artábano Quinto fue muerto por Artajerjes, soldado persa, que se decía descendiente de los antiguos reyes de Persia, y que estableció el imperio de su nación estinguido

en tiempo de Dario. Tuvo esta monarquía veinte y ocho soberanos hasta que los sarracenos se apoderaron de ella, los cuales al cabo de cuatrocientos diez y ocho años de dominacion fueron desposeidos en el de mil cincuenta y uno por el Sultan Gelal-Edin. Gobernaban los Sultanes el imperio de Persia, cuando Tamerlan, mandando veinte mil tártaros, le conquistó en mil trescientos noventa y seis. Sufrió la Persia infinitas revoluciones; y solo gozó tranquilidad desde que Ismael estableció el imperio de los sofies, el cual duró hasta el año de mil setecientos treinta y seis en que Thamas Kouli-Kan, venciendo á los turcos y tártaros, usurpó la corona. Murió este asesinado en mil setecientos cuarenta y siete.

LECCION IV.

De los fenicios, y reino de Tiro.

Fenicia fue una de las primeras provincias pobladas del Asia, y sus habitantes tienen fama de haber sido los mas antiguos navegadores, y mas hábiles comerciantes del antiguo mundo. Sidon, hijo mayor de Canaan, edificó la ciudad de su nombre, y los descendientes de este fundaron á Tiro, cuyo

comercio y riquezas la hicieron tan célebre. Siendo su rey Itobal, la tomó Nabucodonosor al cabo de trece años de sitio. Los de Tiro, que con anticipacion se habian acogido á una isla cercana, fundaron en ella una nueva ciudad, que despues se rindió á las armas de Alejandro. Reparó sus ruinas la nueva Tiro; pero Antigono sucesor de Alejandro, volvió á destruirla, de modo que jamás recobró su antiguo esplendor. Reedificóla el emperador Adriano á los ciento veinte y nueve años despues de Cristo, haciéndola metropolitana de Fenicia. Despues que los cristianos conquistaron la tierra santa, fue Tiro arzobispado; mas hoy se ve reducida á una aldea sujeta al dominio del Gran Señor.

Cartago, en lo antiguo floreciente colonia de los tirios, ha dejado nombre eterno en la historia por haber sido competidora de la república romana.

LECCION V.

Del imperio griego.

La historia griega contiene tres partes, y en cada una de ellas hay tanto que aprender, que con dificultad puede compendiarse.

Pero á fin de formar una idea general de lo mas importante de dicha historia, dejaremos aparte los tiempos fabulosos, y los que llaman heróicos, en que las ficciones mezcladas con la verdad la desfiguran de modo que cuando mas, resultan algunos hechos probables y ninguno cierto.

Se cree que Sicione, ciudad del Peloponesso, fue el reino mas antiguo de la Grecia, contándose en él diez y seis reyes hasta Agamenon. Argos fue otro reino, en que dominaron quince soberanos hasta Acrisios cuyo nieto Perseo fundó el reino de Micenas.

El de Atenas fue establecido en mil quinientos ochenta y dos años antes de Cristo por Cécrops, que trajo de Egipto una colonia. Gobernáronle reyes hasta que se convirtió en república bajo la autoridad de unos gobernadores llamados Arcontes, los cuales primero fueron perpétuos, despues decenales ó de diez años, y últimamente anuales. Con las sábias leyes que estableció Solon, llegó la república de Atenas á un alto grado de prosperidad: y aunque Pisistrato, y sus dos hijos Hiparco é Hippias suscitaron en ella muchas disensiones, intentando sujetarla al gobierno monárquico, subsistió el republicano.

Los persas que quisieron hacerse dueños

de Atenas, fueron vencidos en varias batallas principalmente en la célebre de Manton, y en la de Salamina, que se dió cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. Desde entonces floreció Atenas en armas y letras, pero sus enemigos los lacedemonios, despues de aquella guerra llamada del Peloponeso que sostuvieron por mas de veinte y siete años contra los atenienses, conquistaron á Atenas, estableciendo el gobierno de treinta magistrados conocidos por el nombre de *treinta tiranos*. Estos fueron espelidos á los tres años por Trasibulo, volviendo desde entonces la república á su antiguo estado de esplendor.

A los trescientos cuarenta y un años antes de Cristo, Filipo, rey de Macedonia, movió guerra á los atenienses, continuándola Alejandro Magno y Casandro, que por varios medios maquinaron contra la libertad de aquella república; pero al fin pudo esta eximirse de sufrir el yugo de los macedonios.

Fue Atenas saqueada por los romanos ochenta y siete años antes de Cristo. Augusto la hizo tributaria suya, y despues Vespasiano la incluyó en el número de las provincias romanas.

Lacedemonia ó Esparta, fue tambien en sus principios un estado gobernado por va-

rios reyes desde Lelex, que se cree fue el primero, hasta Cleómenes que fue el último, y murió doscientos veinte y ocho años antes de la era cristiana. Estinguida ya la monarquía, se gobernó Lacedemonia en forma de república; y después de haber sido una de las mas florecientes del orbe, así por sus leyes como por el valor de sus capitanes, quedó reducida á provincia romana ciento cuarenta y seis años antes de la citada era.

Lebas, reino fundado por Cadmo, tuvo catorce reyes; y por muerte de Janto, el último de ellos, se convirtió en república. Los tebanos durante una larga paz aumentaron su poder; y habiéndose aliado con los lacedemonios, dieron ocasion á la guerra del Peloponeso en que tomó partido toda la Grecia. Subyugóles Filipo, rey de Macedonia, y después su hijo Alejandro, á cuya obediencia intentaron negarse. Por último vinieron como los demas pueblos griegos, á sujetarse á la dominacion de los romanos.

Corinto fue otro reino de la Grecia, que pasó á ser república setecientos cuarenta y nueve años antes de Cristo. Cipselo á su hijo Periandro usurparon la autoridad, gobernando tiránicamente; y Corinto no recobró su libertad hasta después de muerto Periandro. Desde entonces creció su comer-

cio y riqueza; y ciento cuarenta y cinco años antes de la era cristiana cedió el poder de los conquistadores romanos.

El reino de Macedonia que á los principios apenas era digno de la atención de los griegos, llegó despues á ser el primero no solo en Grecia, sino en todo el orbe, por la estension y gloria que con su valor y política le adquirió Filipo, hijo de Amintas. Alejandro Magno, hijo y sucesor de Filipo, no menos esforzado que ambicioso, se alzó con la soberanía de casi todos los reinos y repúblicas de Grecia, y venciendo á los persas y á otras naciones del oriente, formó el imperio mas dilatado que se conoció en aquellos tiempos.

Las acciones de este conquistador y las de otros muchos insignes caudillos que dieron eterna fama á la Grecia, son dignas de referirse muy individualmente; pero no da lugar á ello la suma brevedad que nos hemos propuesto observar en esta noticia de los principales imperios antiguos.

LECCION VI.

Del imperio romano.

Despues de la historia sagrada no hay otra mas importante que la del vasto imperio

romano, como que de él se han formado casi todas las monarquías modernas.

No entraremos en la difícil y prolija relación de los hechos sumamente confusos, cuando no del todo fabulosos, en que abunda la historia de los reyes latinos, anteriores al establecimiento de Roma. Baste saber que setecientos cincuenta y tres años antes de la venida de Cristo fundó aquella ciudad Rómulo, su primer rey, al cual sucedieron los seis reyes, Numa Pompilio, que introdujo el culto y ceremonias de la religion, Tulio Hostilio, á quien debieron los romanos su primera disciplina militar, Anco Marcio, que aumentó mucho á Roma, Lucio Tarquino Prisco, en cuyo tiempo se acrecentó mucho mas, Servio Tulio, que murió asesinado por disposicion de su hija Julia, y Tarquino el Soberbio, esposo de esta, el cual cometió las mas violentas tiranías, haciendo insoportable á los romanos su gobierno.

Un hijo de Tarquino, llamado Sesto Tarquino, violó la castidad de Lucrecia, muger de Tarquino Colatino; y aquella famosa heroína, despues de haber declarado á sus parientes la violencia que habia padecido, se dió la muerte en presencia de ellos. Con este motivo Lucio Junio (apellidado Bruto

porque para libertar su vida del rigor de Tarquino el soberbio se habia fingido fatuo) fue el primero que excitó al pueblo no sólo á sacudir el yugo de aquel monarca, sino tambien á extinguir el gobierno de los reyes. Asi se verificó; y los romanos eligieron en lugar de soberanos perpetuos, dos magistrados anuales con título de cónsules, habiendo acaecido esta gran mudanza quinientos nueve años antes de la era cristiana.

Cuando lo pedian las urgencias de la república se nombraba un general de grande autoridad con nombre de Dictador, y ademas habia varios magistrados subordinados á los cónsules, como eran los pretores, tribunos, cuestores, ediles, censores, prefectos, etc.

Tarquino, desterrado de Roma, imploró el auxilio de Porsena, rey de los etruscos; pero resistió á las fuerzas de ambos el pueblo romano, ayudado del valor de Horacio Cocles, de Mucio Escévola, y de Clelia. Tampoco mejoró Tarquino de suerte, con haberse valido del favor de los reyes latinos; porque estos fueron enteramente vencidos, y él murió luego de edad de noventa años.

Poco despues Coriolano, el mas insigne caudillo de Roma, fue desterrado por el pueblo. Praa tomar venganza de este agravio marchó contra su patria, capitaneando á los

volscos, enemigos de los romanos; pero se aplacó por los ruegos y lágrimas de su madre.

Habiendo los romanos traído de Atenas las leyes de Solon, eligieron unos magistrados llamados *Decemviro*s, que cuidasen de su recopilacion y observancia. Empezaron estos á ejercer una autoridad tan despótica que fueron ó depuestos, ó desterrados, ó muertos, contribuyendo á esta revolucion el trágico suceso de Virginia, á quien el Decemvir Apio Claudio quiso robar el honor, y á quien su mismo padre traspasó el pecho por no verla deshonrada por el tirano.

Restablecióse el consulado, y despues se crearon tribunos militares que alternaron durante algunos años con los cónsules.

Por aquel tiempo saquearon los galos á Roma; mas luego los venció el valeroso dictador Camilo.

Siguiéronse despues prolijas guerras contra los samnites, y otros pueblos vecinos de Roma, como asimismo con los galos, y con Pirro, rey de Epiro, en las cuales se acreditó admirablemente el valor de los romanos.

Suscitóse la primera guerra púnica, originada de varias disensiones que hubo en la isla de Sicilia. Una parte de sus habitantes imploró el auxilio de los romanos, y la otra el de los cartagineses. Al cabo de veinte

y cuatro años vencieron los romanos, imponiendo á los de Cartago duras contribuciones. Renovóse otra guerra contra los galos, triunfando igualmente Roma; y á los doscientos diez y ocho años antes de la era cristiana empezó la segunda guerra púnica, que aunque de menos duracion, fue mas sangrienta y peligrosa que la primera. Entonces mostró su esfuerzo y conducta Anibal, general de los cartagineses, que en tres batallas derrotó á los romanos, y en la cuarta, que fue la famosa de Cannas, hizo el mayor destrozo que cuentan los anales de Roma. Hubiera perecido aquella república á no ser por la prudencia y valor de sus dos generales Quinto Fabio Máximo y Claudio Marcelo y por el escelente arbitrio que tomaron los romanos de llevar la guerra á Africa, poniendo asi á Anibal en precision de dejar á Italia para acudir al socorro de su patria Cartago. Al fin se determinó despues de diez y siete años aquella funesta guerra con una paz ventajosa á los romanos, en la cual se obligaron los cartagineses á pagarles tributo.

Dos guerras muy señaladas sostuvieron los romanos contra los macedonios; y en la segunda acabó la Grecia de perder su libertad, estableciendo Roma su dominio en Asia.

Deseaban los romanos un pretesto de

rompimiento para aniquilar á Cartago, y le hallaron muy oportuno en la guerra que aquella república seguia con Masinisa, rey de Numidia. Tomó Roma el partido de este; y Publio Cornelio Escipion se apoderó de Cartago, destruyéndola á sangre y fuego. Asi acabó aquella antigua competidora de Roma, que por espacio de un siglo la habia disputado el imperio del orbe.

La ciudad de Corinto fué destruida como la de Cartago; y con la toma de Numancia quedó toda España sujeta á la dominacion de Roma, como se verá cuando, tratando de la historia particular de España, contemos lo que en ella obraron los romanos.

A estas victorias se siguieron dentro de la misma Roma grandes disensiones cuando Tiberio Graco y su hermano Cayo Graco sublevaron al pueblo contra la nobleza para establecer un estado de perfecta igualdad entre una y otra clase; pero ambos héroes perecieron miserablemente.

Entretanto vencieron los romanos y trajeron prisionero á Aristónico, rey de Pérgamo. Igual desgracia tuvo Yugurta, rey de Numidia, sometido por Mario. Éste abatió á los teutones, cimbro y otras naciones del Norte, que se habian introducido en las Galias, en España y en Italia.

el Pacificados algunos pueblos del Lacio que habian suscitado discordias civiles, se dió principio á la guerra contra Mitridátes, rey del Ponto, que habia hecho dar muerte á todos los romanos establecidos en sus dominios, y apoderádose de algunas provincias de Asia, aliadas, ó tributarias de Roma.

Confióse aquella empresa al cónsul Sila; mas luego entró Mario en su lugar. De aqui se originaron dos partidos, uno á favor de Mario, y otro por Sila. en cuya ocasion perecieron muchos ciudadanos, tanto en Italia como en España, adonde se habia retirado Sertorio, parcial de Mario, al segundo año de la guerra civil.

Aunque habiendo sido vencido Mitridátes, pidió la paz, y se la concedieron, Murena, lugarteniente de Sila, faltó á la observancia del tratado, y empezó de nuevo la guerra. Mitridátes, aliado con Tigranes, rey de Armenia, triunfó de los romanos, y se apoderó de Bitinia; pero el cónsul Lúculo alcanzó dos victorias del rey de Armenia, y hubiera terminado felizmente la guerra, si no se hubiese encomendado el mando del ejército al cónsul Glabrio, que dió lugar á Mitridátes de recobrar su reino, y talar la provincia de Capadocia. Entónces Pompeyo, caudillo ya famoso por haber concluido di-

chosamente en España la guerra de Sertorio, y la de los piratas en Cilicia, marchó contra Mitridates, le echó de sus dominios, persiguiéndole hasta Armenia, y despues de haberle vencido á orillas del Eufrates, le puso en términos de darse desesperadamente la muerte. Para hacerse dueño del Asia, sometió la Armenia, unió la Siria al imperio romano, y redujo la Judea á provincia de la república, volviendo á Roma lleno de laureles y tesoros.

Puso en gran consternacion á los romanos la conjuracion de Lucio Catilina, hombre noble, pero disoluto, que concibió el arduo designio de avasallar á Roma. Ciceron, tan buen ciudadano como orador excelente, descubrió la conspiracion, precaviendo sus fatales consecuencias; murió Catilina combatiendo al frente de las tropas que habia juntado, y destrozadas éstas, fueron degollados los principales cómplices.

Pompeyo, Craso y Julio Cesar con no menos atrevimiento que maña, llegaron á reunir en sí la soberanía, formando el primer triunvirato, origen de grandes discordias, y de la ruina de la república, porque ni Cesar ni Pompeyo habian nacido para consentir la igualdad ó la superioridad de otro en el mando.

Obtuvo Cesar el consulado y el gobierno de las Galias por cinco años; y quedando en Roma Pompeyo y Craso, marchó á estender sus conquistas, y echar los cimientos del universal dominio que meditaba. Rindió á los suizos, á Ariovisto rey de los suevos en Alemania, y á los belgas ó flamencos. Sometió con increíble celeridad todas las Galias, y aun hizo tributarios á los ingleses, sin haber tardado en estas conquistas mas que ocho años.

Murió Craso en un combate contra los partos; y Pompeyo embidioso de la gloria de su competidor Julio Cesar, intentó despojarle del gobierno; pero Cesar con sus fieles tropas marchó á Roma, de donde huyó Pompeyo con sus partidarios. Cesar, reelegido consul, ganando al pueblo con sus liberalidades, y amedrentando á los enemigos con su valor, persiguió á Pompeyo, que se habia retirado á Grecia, y despues de varios acontecimientos vinieron á las manos ambos campeones en los campos de Farsalia. Declaróse la fortuna por Cesar, que fué tan elemente despues de la victoria como esforzado en la pelea.

El caudillo vencido hubo de retirarse á Egipto; pero creyendo Ptolomeo, rey de aquellos estados, dar gusto á Cesar, mandó

asesinar á Pompeyo. y presentó su cabeza al vendedor, el cual no pudo menos de tributar algunas lágrimas á la memoria de tan valeroso capitan.

Dispuso entonces proclamar reina de Egipto á la bella Cleopatra, despues que su hermano Ptolomeo se habia ahogado en el Nilo por huir de Cesar, ya declarado enemigo suyo.

De alli marchó rápidamente contra Farnaces, rey del Bósforo, y saliendo con felicidad de aquella empresa, dió parte de ella á Roma en tres palabras: *Llegué, ví, vencí.*

Intentaron los dos hijos de Pompeyo vengar la muerte de su padre; pero léjos de conseguirlo murió el mayor de ellos. y huyó el segundo, quedando sus tropas enteramente derrotadas. En esta guerra, Caton, el gran republicano, se dió la muerte por no ser testigo de la esclavitud de su patria.

Habia llegado Julio Cesar al colmo de su fortuna, y se hallaba nombrado dictador perpetuo con título de emperador, que entonces equivalia á general, cuando le asesinaron en el Senado Bruto y Casio con ayuda de otros conjurados. Acaeció este suceso cuarenta y cuatro años antes de la era cristiana, teniendo Cesar cincuenta y seis de edad.

Muerto el emperador, se originaron en

Roma los mayores disturbios. El cónsul Marco Antonio y Emilio Lépido, general de la caballería, ambiciosos uno y otro, aspiraban al mando. Los de un partido querían se vengase la muerte del dictador, y los del otro defendían á los asesinos como á republicanos restauradores de la libertad.

Octavio ú Octaviano, llamado despues Augusto, sobrino de Julio Cesar, se hizo entonces dueño de la república, para lo cual procuró que el Senado declarase á Marco Antonio enemigo de ella, y logró que marchasen contra él los dos cónsules Hircio y Pansa. Estos, aunque vencedores, perecieron en la batalla; pero Antonio, sin desmayar en aquel lance, se ayudó de Lépido, empeñándose en desacreditar á Augusto con el Senado. Entonces Octavio tomó el partido de unirse con Antonio y Lépido; y formaron el segundo triunvirato que oprimió á Roma á los cuarenta y tres años antes de Jesucristo.

Tuvo Augusto la ingratitud de dejar á Ciceron abandonado al furor de Antonio su enemigo mortal, no obstante que aquel orador con sus consejos y diligencias le habia favorecido tanto en el Senado; y murió el gran Ciceron asesinado por los emisarios de Antonio.

Unido Augusto con Marco Antonio y con Lépido, hizo revocar el decreto en que el Senado los habia declarado enemigos de la patria; y se convinieron los tres en dividir entre sí el imperio, mandando Antonio en las Galias, Lépido en la España, Octavio en África y Sicilia, y los tres juntos en Italia y en el oriente.

Marcharon Octavio y Lépido contra Bruto y Casio, que se habian retirado á Grecia, y los vencieron en los confines de Macedonia, obligándolos á darse la muerte á sí propios, luego que perdieron las esperanzas de sostener el partido republicano.

Volvió Octavio á Roma, y Antonio pasó al Asia. Entonces cautivó á éste con los atractivos de su hermosura Cleopatra, reina de Egipto; y él la concedió el dominio de Chipre, de una parte de la Cilicia, de la Arabia, y de la Judea, con otros paises. Indignados los romanos de que Antonio desmembrase el imperio por una reina estrangera, y de que por ella abandonase á su propia muger Octavia, hermana de Augusto, resolvieron tomar las armas contra él. Mandólas Octavio, y llegando con su armada á Epiro ganó cerca de Accio, treinta y un años antes de la venida de Cristo, aquella famosa victoria que le hizo dueño absoluto de la

república. Hayó Cleopatra, y con ella Marco Antonio, persiguiéndolos Octavio hasta el mismo Egipto. Antonio despechado se dió la muerte, y le imitó Cleopatra.

Restituido Octavio á Roma, fué recibido en triunfo; y aunque dejó al Senado una apariencia de autoridad, vino á ser único Señor del imperio romano, debiendo esta fortuna á su astuta política, á su felicidad en las armas, á la moderacion de su gobierno, con que hizo olvidar las pasadas crueldades, á su beneficencia para con el pueblo y fidelidad con sus amigos, y á la señalada proteccion que concedió á las artes y ciencias.

Conquistó por medio de sus generales el Egipto, la Dalmacia, la Pannonia, la Aquitania, la Iliria, la Cantabria y otras muchas provincias remotas; y habiendo adquirido el dictado de *Padre de la Patria*, murió en Nola de edad de setenta y seis años, á los catorce de la era cristiana.

Tiberio hijo adoptivo de Augusto, gobernó el imperio por sus ministros, entregándose á las mas infames torpezas; y ayudado del malvado consejero Seyano, cometió crueles iniquidades. Murió á los veinte y tres años de su reinado, y á los treinta y siete de la era cristiana.

20 Sucedió á Tiberio Cayo Calígula, hijo de un sobrino de Tiberio, llamado Germánico. La vida de este príncipe fué todavía mas viciosa y abominable que la de su predecesor, por lo cual conspiraron contra él Casio y Sabino, capitanes de sus guardias, y antes de cumplir cuatro años de reinado, le asesinaron en su palacio.

— Claudio, primo hermano de Calígula, subió al trono cuarenta y un años despues de la venida de Jesucristo, y empezó gobernando con tanta justicia, que adquirió el título de *Padre de la Patria*; pero despues se acreditó de débil, insensato y cruel. Sometió á los ingleses, y volvió triunfante á Roma, tomando el dictado de *Británico*. Su muger Mesalina fué un mónstruo de disolucion, y su mismo esposo la mandò asesinar, casándose despues con Agripina, sobrina suya, la cual le dió veneno á los trece años de su reinado.

En el año de cincuenta y cuatro de la era cristiana empezó á reinar Neron, hijo de Agripina y de Domicio su primer marido. Agripina habia conseguido con sus artificios que Claudio dejase nombrado sucesor suyo á Neron en perjuicio de Británico, hijo del mismo Claudio, y príncipe muy estimable. Manifestó Neron al principio algunas virtu-

des; pero descubrió luego los mas indignos vicios, decayendo en su tiempo la gloria y poder del imperio romano. Mandó prender fuego á Roma, complaciéndose en aquel espectáculo. Hizo dar muerte á su madre Agripina, á Burio su ayo, á Séneca su maestro, á Octavia su muger, á su dama Popea, al poeta Lucano y á otros infinitos; y fué el primer perseguidor de los cristianos. El senado declarándole enemigo de la patria, le sentenció á ser precipitado de una alta peña al rio Tiber; pero Neron se quitó la vida con un puñal, teniendo entonces treinta y un años, y habiendo reinado cerca de catorce. Con la muerte de este inhumano principe se estinguió el linage de Augusto.

Galba, Senador de ilustre sangre, y caudillo acreditado, fué proclamado emperador por los españoles y por los galos. Reinó solo siete meses, en que dió muestras de una vil avaricia, y murió de edad de setenta y tres años asesinado por sus mismas tropas á instancias de Oton.

Subió éste al imperio sin embargo de que se le disputaba Vitelio auxiliado de los alemanes. Venció Oton á Vitelio en tres combates pero quedando despues derrotado en una batalla campal, se dió la muerte, sin haber reinado mas que noventa y cinco dias.

Obtuvo Vitelio la corona, y en poco mas de ocho meses que reinó, cometió repetidas atrocidades, entaegándose tambien á los mayores excesos en comida y bebida. Indignado el pueblo romano contra él, le dió ignominiosa muerte, y despues de haberle arrastrado por las calles, arrojó su cuerpo al Tiber.

Vespasiano, que aunque de obscuro linage, habia llegado por su valor y prudencia á la dignidad de cónsul, y que habia conseguido victorias en Palestina, fué proclamado emperador á los sesenta y nueve años de la era cristiana. Reinó diez; y despues de haberse hallado en treinta y dos batallas, murió con gran sentimiento del Senado y del pueblo por las virtudes de humanidad, esfuerzo y cordura que le adornaban. Unicamente fué tachado de avaricia; aunque algunos la llaman economía necesaria.

Tito, hijo de Vespasiano, mereció le apellidasen *el amor y las delicias del género humano*, y supo ganar la voluntad de sus vasallos con su elocuencia, valor, liberalidad y modestia. Mereció los honores del triunfo juntamente con su padre Vespasiano, por haber conquistado á Jerusalem. Ambos emperadores consolaron á Roma de la desgracia que habia tenido en ser gobernada por

los Tiberios, Calígulas, Nerones, y Vitelios. Murió Tito á los dos años y dos meses de su reinado, dejando por sucesor á su hermano menor Domiciano, que al principio dió muestras de clemente y generoso; pero despues no quedó vicio de que no se dejase arrastrar, ni delito con que no se hiciese odioso. Sus mismos criados le dieron muerte dentro de palacio el décimo quinto año de su reinado con general satisfaccion del pueblo.

Á estos doce emperadores desde Julio Cesar hasta Domiciano da la historia por escelencia el nombre de *Césares*.

Pasó la corona á Nerva, anciano virtuoso y respetable, y de ilustre familia, el cual tomó por socio ó compañero en el imperio al español Trajano, su pariente. Murió Nerva á los setenta años de edad, habiendo reinado poco mas de uno.

Trajano, que le sucedió, fué por su pericia militar y política digno de la estimacion de los romanos. Sostuvo felizmente varias guerras, ya contra los alemanes, ya contra los partos; subyugó la Dacia, la Armenia, la Iberia, la Arabia y otros reinos del Asia, llegando con sus armas hasta la India; y sujetó á los judios, que se le habian rebelado. Cogióle la muerte en Cilicia el vigésimo añ

de su reinado á los sesenta y tres de edad; y en elogio suyo baste decir que el pueblo deseaba á sus emperadores *la dicha de Augusto*, y *la bondad de Trajano*.

Adriano, tambien español, pariente, aliado y sucesor de Trajano, príncipe de grandes virtudes, pero mezcladas con bastantes vicios. Viajó largo tiempo por casi todas las provincias del dilatado imperio romano, estableció la disciplina militar; dejó en Roma monumentos públicos de su magnificencia, y murió despues de haber reinado cerca de veinte y un años.

Sucedióle Antonino, apellidado *Pio*, por su afabilidad y clemencia, el cual esterminó los viles delatores y calumniadores que tantos daños habian causado en los reinados antecedentes, y rigió el imperio con felicidad por mas de veinte y dos años, habiendo reprimido á los ingleses que se le sublevaron, como tambien á los mauritanos y á los egipcios.

Marco Aurelio, yerno de Antonino Pio, gobernó juntamente con Lucio Vero, á quien dió su hija en matrimonio. Aunque era Marco Aurelio de genio benéfico, amante de las letras, sabio, político y de arreglada conducta, y Lucio Vero, bien al contrario, hombre de vida relajada, y sin aplicacion á

los negocios políticos y militares, reinaron ambos en buena armonía.

Lucio Vero marchó contra los partos: pero no fué él quien los sujetó, sino sus tenientes. Falleció á los nueve años de reinado, y Marco Aurelio gobernó solo, con la mayor prudencia y benignidad, habiendo vencido á varias naciones septentrionales. El feliz reinado de este emperador filósofo, duró diez y nueve años; y despues de él tuvo el imperio romano la desgracia de ser gobernado casi siempre por principes inicuos y viciosos. Tal fué Cómodo indigno hijo de un padre como Marco Aurelio.

Por muerte de Cómodo fué proclamado emperador Helvio Pertinaz, Prefecto de Roma, á quien pronto dieron muerte los soldados de su guardia.

Siguióse Didio Juliano, que tambien murió asesinado; y luego Septimio Severo, que sostuvo valerosamente muchas guerras, y murió en York el décimo octavo año de su reinado.

Sucedieronle sus dos hijos Caracala y Geta. Aquel quitó la vida á éste, y gobernó tiranicamente seis años, cometiendo torpes excesos y crueldades, hasta que le asesinó uno de sus soldados.

Igual fin tuvo Opilio Macrino; y las tropas

reconocieron por emperador á Marco Aurelio Antonio, apellidado Heliogábalo, en quien se juntaron cuantos vicios pueden hacer á un hombre aborrecible. Murió este monstruo á manos de sus soldados, y subió al trono Alejandro Severo, bien diferente de su antecesor, porque fué justo, benigno y amante de los sabios. A pesar de sus buenas prendas, uno de sus oficiales llamado Maximino le hizo dar muerte en Maguncia, como asimismo á su madre Julia Mamaea.

Este Maximino, hijo de un aldeano godo, pasó de pastor á soldado, y despues de haber sido buen general, llegó á ser malísimo príncipe, ejecutando increíbles atrocidades; principalmente contra los cristianos. Era hombre naturalmente feroz, agigantado y extraordinariamente forzado. Los pueblos se le rebelaron muchas veces, y al fin le dieron muerte sus tropas.

Aceptó por fuerza el imperio el proconsul Gordiano, y tomó por compañero á su hijo, que tenia el mismo nombre. Vencido y muerto Gordiano el mozo en una batalla que dió á los númidas, su padre se ahorcó desesperado.

Eligió entonces el Senado por caudillo del ejército á Mauximo Pupieno, hijo de un herrero, y con él á Bálbino para que man-

dase en Roma; pero ambos Emperadores fueron asesinados antes de los diez meses.

Gordiano segundo, nieto de Gordiano el mayor, empuñó el cetro; y despues de haber vencido á los partos y persas, pereció por traicion de Filipo, general de sus tropas.

Reinó este juntamente con su hijo, llamado también Filipo, y uno y otro fueron asesinados, el padre en Verona, y el hijo en Roma.

Decio, que habia sometido felizmente á los escitas, recibió la corona imperial. Fue terrible enemigo de los cristianos; y habiendo muerto á los dos años él y su hijo, le sucedieron Treboniano Galo, y su hijo Volusiano. Quitáronles la vida sus tropas y dieron el gobierno al caudillo Emiliano, que solo le gozó tres meses, porque noticiosos los soldados de que Valeriano habia sido proclamado emperador en las Galias, dieron muerte á Emiliano.

Regieron el imperio Valeriano y Galieno su hijo, pero con suma desgracia; pues el rey de Persia Sapor hizo prisionero á Valeriano, y contra Galieno se levantaron treinta tiranos que se apoderaron del mando en varias partes del imperio dividido en facciones.

Muerto Galieno á los quince años de su turbulento reinado, le sucedió Claudio se-

gundo llamado el *Gótico* por haber hecho grande estrago en los godos y otras naciones bárbaras. Murió de peste á los dos años, siendo su falta muy sentida del pueblo.

Su hermano Quintilio solo reinó diez y siete dias ; y pasó la corona á las sienes de Aureliano, tan estimado por su valor, como temido por su inhumanidad. Venció á la célebre reina Zenobia, que mandaba en una parte del oriente, despues de haber fallecido su esposo Odenato, el cual se habia hecho aclamar emperador en tiempo de Galieno. Tuvo Aurelio la dicha de haber reducido á obediencia las muchas provincia que se habian revelado al imperio romano; pero aquel gran príncipe murió por traicion de un confidente suyo.

Eligió entonces el senado al anciano Tácito, hombre noble y prudente, que habia desempeñado los principales cargos de la república; mas solo reinó seis meses. Su hermano Floriano apenas llegó á reinar tres y en su lugar entró Probo, que por espacio de seis años acreditó su valor y conducta, venciendo á los alemanes, galos, Sármatas, getas y otros pueblos. Cuando marchaba contra los persas sus soldados le asesinaron injustamente en la Hiria.

Subió al trono Aurelio Caro, y con él sus

dos hijos Carino y Numeriano. Caro murió antes de los dos años á las orillas del Tigris, creyéndose que le mató un rayo. Numeriano fue cocido á puñaladas, y Carino entregado á horribles vicios, murió á manos de uno de sus tribunos.

Sucedió Cayo Valerio, conocido por el nombre de Diocleciano, y eligió por compañero en el imperio á Maximiano Herculeo, su amigo. Éste derrotó á los rebeldes de las Galias y de Alemania; y aquel á los sármatas, á los partos, á los godos y á otras naciones. Habiéndose suscitado dos levantamientos, uno en Egipto y otro en la Mauritania, conocieron los dos emperadores que no podían acudir á tantas partes, y disgustados del mando hicieron dimision de él para retirarse á vida mas tranquila. Diocleciano hubiera conseguido opinion de un gran príncipe, sino le hubiera hecho odioso su obstinada crueldad en perseguir á los cristianos.

Por la renuncia de Diocleciano y Maximiano, dividieron el imperio entre si Constancio-Cloro y Galerio. Constancio llegó á reinar dos años, y Galerio, desconfiando de sus propias fuerzas, eligió dos nuevos césares, Maximino y Severo. Indignadas las tropas contra Galerio, proclamaron emperador á Majencio, hijo de Maximiano Her-

culeó. Este mismo Maximiano, cansado de su retiro, quiso volver al trono; pero no le admitió el ejército. Murió Galerio después de haber honrado con la púrpura imperial á Licinio, general acreditado, quedando entonces dominado el imperio romano por cuatro emperadores, Majencio, Licinio, Maximino y Constantino, llamado el grande, hijo de Constancio.

Venció Constantino á Majencio y á Licinio; y por haber muerto Maximino en el oriente, quedó único dueño del imperio, trasladando la silla de él á la ciudad de Bizancio, á la cual dió el nombre de Constantinopla. En su tiempo floreció libre y pacíficamente el cristianismo, que cuenta por época memorable el reinado de Constantino Magno. Este emperador en los últimos años de su vida perdió parte de la gloria debida á su zelo en proteger la religion cristiana por la flaqueza que tuvo de favorecer á los arrianos, desterrando á san Atanasio y á otros santos obispos; pero recibió el bautismo poco antes de su muerte, que acaeció cerca de Nicomedia el año de trescientos treinta y siete á los treinta y uno ó treinta y dos de su reinado.

En medio de las grandes prendas de Constantino, le han tachado de ligereza en ha-

ber hecho dar muerte á su hijo Crispo por una falsa acusacion de la emperatriz Fausta; á la cual mandó despues quitar la vida. Igualmente se desaprueba su mala política en haber trasladado al oriente la silla imperial, dejando el occidente espuesto á las irrupciones de los pueblos bárbaros, y haber repartido el imperio entre sus tres hijos, despues que habia logrado reunirle felizmente en su persona.

En consecuencia de esta division sucedieron á Constantino sus tres hijos Constantino segundo, que gobernó la España y las Galias, Constancio, á quien tocó el Asia y Egipto, y Constante, que mandó en Italia, Sicilia y Africa. Constantino fue muerto en Aquilea por las tropas de su hermano Constante, y éste murió á traicion poco despues. Quedó Constancio en posesion del imperio, y le conservó durante un reinado poco glorioso de veinte y cuatro años, habiendo protegido el arrianismo.

Siguióse Juliano llamado el *apóstata*, que reinó poco mas de año y medio, y manifestó prendas muy estimables, si no las hubiera deslucido con su grande aborrecimiento al nombre cristiano.

Eligieron las tropas á Joviano por emperador; y su reinado, aunque solo duró

ocho meses, fue muy favorable al cristianismo.

Sucedióle Valentiniano, dotado de prendas dignas del trono; y repartió el imperio con su hermano Valente, dándole la parte de oriente, esto es, Egipto, Asia y Tracia, y reservándose la de occidente.

Graciano heredó á Valentiniano su padre; y muerto Valente, dió el imperio de oriente al gran príncipe español Teodosio, célebre por su valor, y por lo que amparó á los cristianos.

A Graciano sucedió en el imperio de occidente su hermano Valentiniano segundo; y por fallecimiento de Teodosio pasó el gobierno de oriente á Arcadio, y el de occidente á Honorio, hijos ambos de aquel insigne emperador.

Desde entonces, esto es, á fines del siglo cuarto y principios del quinto, experimentó su total decadencia el imperio romano. devastado por vándalos, hunos, suevos, alanos, francos, lombardos, hérulos, ostrogodos, visogodos y otras naciones bárbaras. Los débiles emperadores que gobernaron el occidente hasta Angústulo, el último de ellos, apenas han merecido nombre en la historia; pero entre los de oriente (cuya larga serie se omite por la brevedad que exige este su-

mario) hubo algunos que merecen distinguido elogio.

Muchos años despues, cuando en casi todo el occidente dominaban ya las naciones que hemos nombrado, Carlo Magno, hijo de Pipino rey de Francia, venció en Alemania á los sajones, y en Italia á los lombardos, y entrando triunfante en Roma, fue coronado emperador de occidente por el Papa Leon tercero, el dia de Natividad del año de ochocientos, renovando el imperio de los césares que habia espirado en Augústulo por los años de euatrocientos setenta y seis.

Carlo Magno, tan valeroso como prudente, protegió con admirable zelo la religion católica y las letras, y sus sucesores han conservado hasta el dia de hoy el título de emperadores y reyes de romanos.

PARTE HISTÓRICA.

LIBRO TERCERO

LECCIONES DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

INTRODUCCION.

Todos estamos obligados á saber la historia de nuestra patria, pero no todos con igual estension y puntualidad; porque si unos necesitan estudiarla radicalmente, ya como hombres empleados en los primeros oficios de la paz y de la guerra, ya como curiosos literatos, (otros que son los mas) deben contentarse con no ignorar los hechos y revoluciones notables, conservar una idea general de los reinados que han sido útiles y gloriosos, ó perjudiciales y desgraciados, y fijar en la memoria la serie de las épocas principales para no confundirlas, como por falta de instruccion acontece frecuentemente.

Este fruto, quizá el único que suele sa-

carse despues de haber leído dilatadas obras históricas, se puede lograr á menos costa con un compendio que ni peque de esteril, ni de difuso. El que ahora se da á luz, trata muy sucintamente la parte de nuestra historia que pertenece á los tiempos mas remotos y con alguna mayor individualidad lo acaecido en los posteriores, por que al paso que va creciendo la monarquía, crece tambien la importancia de los sucesos, y tienen estos mas inmediato y particular influjo en el estado presente de la nacion.

Los hemos recopilado no tanto por el orden de rigorosa cronología quanto por la calidad de ellos, y por la natural connexion que hay entre unos y otros. Tuvo, por egemplo, el rey Felipe segundo dos distintas guerras con Francia, otra en Italia, otra muy porfiada en los Países bajos, otra con los moriscos de Granada, y otras con el turco, con Portugal, y con Inglaterra. Si en la relacion de estas varias empresas militares se observase meramente el orden de los tiempos, seria preciso confundir la imaginacion del mayor número de lectores, transportándola sin cesar desde san Quintin á las Alpujarras, desde Oran á Bruselas, desde el golfo de Lepanto á Lisboa, y desde las islas Perceras á Londres, de suerte que dos ó mas accon-

tecimientos enteramente inconexos se hallarian tal vez reunidos en un mismo párrafo solo por la accidental circunstancia de haber sucedido en el propio mes ó año. Puede tener este método su utilidad en aquellos voluminosos anales que mas que verdadera historia, son como un depósito de materiales para escribirla; pero no parece tan conveniente á un resumen histórico que abrazando por mayor los acaecimientos sustanciales, debe enlazarlos de modo que lo seguido del discurso sirva de auxilio á la memoria, y se sujeten las fechas á la narracion y no la narracion á las fechas. En nuestro compendio se apuntan las mas esenciales, cuidando de escribirlas en letra y no en guarrismo para facilitar á los niños su lectura, y se insertan en el contesto de la obra, porque asi tendrán mas precision de leerlas, que si las viesen anotadas á la márgen.

Para disponer estas breves lecciones, muy fáciles de escribir, si se hubiese querido copiarlas de otros compendios, sin examen ni eleccion, se han tenido presentes los autores, que mas individualmente han tratado de la historia de España; y como el citar los diversos pareceres y obscuras controversias de muchos de ellos sobre puntos dudosos no corresponde á la naturaleza de un

sumario destinado particularmente à la enseñanza de los niños, se ha procurado omitir cuestiones, y seguir aquel dictamen que parece mejor fundado, sin adherir precisamente à la autoridad de un determinado historiador, ni impugnar à los que son de opinion contraria ni menos pretender que prevalezca la que aqui se adopta por mas probable. En ninguna historia como en la de España se hace tan necesario hablar con esta prudente desconfianza, porque en ninguna es tan difícil la investigacion de la verdad, segun lo estan reconociendo y confesando à cada paso nuestros doctos escritores, que despues de haber espuesto las conjeturas de unos y otros, suelen dejar à los lectores la embarazosa libertad de juzgar por si; arbitrio que si pudiese practicarse con los de tierna edad, nos hubiera escusado la mayor parte del trabajo.

Otros puntos hay que, aunque demostrablemente fabulosos, ó por lo menos inverosímiles, andan en boca de toda la nacion con apoyo de antiguas tradiciones y crónicas respetables; y no hemos podido dejar de insinuarlos, bien que añadiendo la breve censura que basta para correctivo, y para que no se dé à semejantes noticias mas crédito del que merecen.

Acaso entre las que referimos como ciertas habrá alguna que repugne á los delicados críticos; pero cuando estractamos la historia de España, no nos hemos propuesto reformarla, por que tan ardua empresa ni puede tener cabida en un compendio, ni es para un hombre solo, antes bien está reservada á las perennes tareas de muchos sabios capaces de desempeñarla prolija y ampliamente como el público lo desea.

Ha parecido conveniente añadir al principio de la historia de España el sumario que compuso en verso el Sr. José Francisco de Lata de la Compañía de Jesús, que los niños podían aprender de memoria para más fácilmente tener presente los sucesos principales de la historia.

Los reyes que en España reinaron
 Y sus hechos y sus reinados
 Distinguir el que ha reinado en cada uno
 Ocharon la cronología del mundo
 Roma entera y sus imperios
 Hace razón de estado y de guerra
 Que cuando se vea el mundo
 El siglo más antiguo
 Echó de España y de Portugal
 Y antes de que el mundo que el mundo
 Su soberanía en España
 De Adán á los reyes de España

ADVERTENCIA.

Ha parecido conveniente añadir al principio de la historia de España el Sumario que compuso en verso el P. José Francisco de Isla de la Compañía de Jesus, que los niños podrán aprender de memoria para más facilmente tener presente los sucesos principales de la historia.

SUMARIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

Retno de los cartagineses y de los romanos en España.

Libre España, feliz é independiente
Se abrió al cartagines incautamente,
Viéronse estos traidores
Fingirse amigos para ser señores,
Y el comercio afectando,
Entrar vendiendo para salir mandando.
Los tesoros que abriga en cada entraña,
Vivoreznos ingratos para España,
Rompiendo el seno que los cubre en vano,
Cebaron la ambicion del africano.
Roma envidiosa con mayor codicia,
Hace razon de estado la avaricia:
Que estando en posesion de usurpadora,
El serlo mas Cartago la desdora.
Echar de España intenta al de Cartago,
Y antes se sintió el golpe que el amago.
Su soberbia se humilla
De Asdrubal á implorar la infiel cuchilla:

Y á los ojos de Anibal en un punto
Ciudad , pueblo y ceniza fue Segunto.

Roma en cuatro funciones destrozada

Pasa á España en ejércitos-formada ;

Y el español rendido

Contra su libertad toma partido,

Y juntando su mano á las agenas

El mismo se fabrica las cadenas.

Cartago cede en fin ; Asdrubal huye ,

Y asegura Scipion lo que destruye.

Viriato , guerrero ,

Pasando de pastor á vandolero ,

Y de aqui á general , fuerte , animoso ,

Gefe fue á los romanos ominoso ,

Pues solo en catorce años con su gente

Seis veces venció á Roma heróicamente ;

Pero el cobarde bárbaro romano

Fraguó su muerte por traidora mano.

Numancia, horror de Roma fementida ,

Mas quiso ser quemada que vencida.

Desterrado Sertorio á las Españas ,

En Italia sangre sus campañas

Inundó vengativo :

Hasta que mas dichoso , ó mas activo .

El gran Pompeyo puso á sus furores

Sangriento fin de muertes y de horrores.

Atónita la España á galpe tanto

El valor cambió á miedo ; y con espanto ,

Cuando esperaba mas crueles penas

Agradeció á Pompeyo las cadenas.

Pero el mismo Pompeyo fue vencido

De Cesar su rival esclarecido.

Lérida lo dirá con sus murallas,

A un mar de sangre, márgenes y vallas:
 Como Munda lloró en sus baluartes
 La rota, en sus dos hijos, de dos Martes.
 Octavio entró en España y su milicia
 Riudió á Cantabria, Asturias y Galicia.
 Con que sujeta España á los romanos,
 Doradas las esposas á las manos
 De sus conquistadores,
 Convirtiendo en remedos los horrores,
 Recibió ceremonias,
 Lengua, ritos, costumbres y colonias:

PARTE SEGUNDA.

*Reino de los godos hasta la irupcion de los
 sarracenos.*

QUINTO SIGLO. = 400.

Despues del nacimiento de Jesucristo.

Al año cuatrocientos el alano,
 El godo, el suevo, el vándalo inhumano,
 De las cobardes manos que le tratan,
 La España á viva fuerza se arrebatan.
 Ataulfo valiente,
 En cuya heróica frente
 De los godos descansa la corona,
 Ocupando á Tolosa y á Narbona.
 Se acantona en Gascuña,
 Y estiende su cuartel á Cataluña.

Mas Valia, belicoso á los romanos
 Redujo suevos, vándalos y alanos.
 Teodoro y Aesio coligados
 En estrechos tratados,
 Con Merovéo, que reinaba en Francia,
 De Atila humillaron la arrogancia.
 Teodorico, hecho rey de fraticida,
 Que rindió á un fraticidio reino y vida,
 Al suevo orgulloso
 Privó de rey, de reino y de reposo.
 Hízole tributario;
 Pero Eurico mas vano, ó temerario,
 Le quitó la corona enteramente;
 Y estendiendo su imperio estrañamente
 A Toledo ocupó, y en marchas listas
 Dilató hasta la Francia sus conquistas.

SESTO SIGLO. = 500

La vida de Alarico fue trofeo
 En quinientos del grande Clodovéo;
 Y con su muerte, el godo
 Quanto en Francia ocupó perdióle todo,
 Amalarico en sus mas tiernos años
 Subió al trono por fuerza y por engaños;
 Y ultrajando á Clotilde cruelmente,
 Aunque ésta esforzó un tiempo lo paciente.
 Cansada la paciencia y la esperanza,
 Le hizo sentir al cabo su venganza.
 A Thendis mortalmente un puñal hiere,
 Que quien á hierro mata á hierro muere.
 El francés acomete á Zaragoza;
 Y cuando casi su posesion goza,

Reprimido el encono,
 A vista de Vicente su patrono,
 Retrocede en efecto,
 Y el que antes fue furor pasó á respeto,
 Teudiselo cruel y lujurioso,
 Ya torpe, ya furioso,
 Todo lo mancha, todo lo atropella,
 No perdona casada, ni doncella,
 Hasta que al fin, cansado el sufrimiento,
 Con su sangre lavó su atrevimiento.
 Agila en lo lascivo no le imita,
 Mas en lo ocioso sí: con esto irrita
 Tanto el desprecio del soldado fuerte,
 Que comenzó motin y acabó muerte.
 A los franceses se uné Atanagildo,
 Y al débil Liuva sigue Leovigildo:
 Padre, herege y tirano de un Rey Santo,
 Al griego, al suevo, al cántabro es espanto.
 Su hijo Recaredo le sucede,
 Con quien tanto la luz, la verdad puede,
 Que á sí, y á su nacion, de secta arriana,
 Obediente rindió á la Fe romana.

SEPTIMO SIGLO.=600.

Liuva, Witerico y Gundemaro,
 Con Sisebuto, (¡ caso extraño y raro !)
 Aunque poco hazañosos,
 Lograron unos reinos venturosos.
 Suintila en la guerra adquiere gloria,
 Y en la paz se afrenta en la memoria:
 Al francés, Sisenando, y á su espada
 Debe el tener la frente coronada:

En su reino (ahuyentada la injusticia)
Se abrazaron la paz y la justicia.
Sucedióle Chintila, despues Tulga;
Chindasvinto á sí mismo se promulga
Por Rey; y á Chindasvinto
Le sucede su hijo Recisvinto:
Wamba (; raro prodigio !) se resiste
A ser Rey, cuando el reino mas le insiste:
Y dándole á escoger corona ó muerte,
Aun dudó si erá aquella peor suerte.
El cetro admitió en fin para dejarle,
Despues de haber sabido vindicarle
De los que conspiraron
Contra el mismo á quien tanto desearon.
Mejoradas las leyes y costumbres,
A un monasterio oculto entre dos cumbres
Se retiró glorioso,
Dos veces de su reino victorioso:
No tanto por haberlo resistido,
Cuanto por no ser rey el que lo ha sido.
La corona que Hervigio en paz conserva,
Para el ingrato Egica la reserva.

OCTAVO SIGLO.=700.

Salomon al principio fue Witiza,
Pero Neron al fin escandaliza
Entregado Rodrigo á su apetito,
Triste víctima fue de su delito
Cuando Julian, vengando su deshonra,
Sacrificó á su rey, su patria y honra.

PARTE TERCERA.*Irrupcion de los moros en España.**Continuacion de los Reyes Godos en Asturias.*

Desde un rincon de Asturias Don Pelayo
 Hizo á España volver de su desmayo:
 Siguió Alfonso el Católico á Favila,
 Y al reino dilató feliz la orilla.
 Froyla á ser Soberano
 Ascendió, fratricida de su hermano :
 De triunfos coronado y de laureles
 Despues de haber vencido á los infieles,
 Y edificado á Oviedo, es hecho cierto
 Que por un primo hermano se vió muerto.

NOVENO SIGLO. = 800.

Un tratado afrentoso,
 Que rompió Alfonso el Casto generoso,
 Su reino y su memoria
 Llenó de años, de aplausos y de gloria.
 El grande Iñigo Arista,
 Rey de Navarra al Aragon conquista.
 De Aragon y Castilla los estados
 Son á un tiempo erigidos en condados.
 Los moros por Ramiro (fue el primero),
 Dando Santiago brios á su acero,
 Vencidos una vez junto á Logroño,
 Segunda vez lo fueron por Ordoño.

Siguió Alfonso Tercero su fortuna;
 Menguó en su tiempo la africana luna.
 Del moro su cuchilla
 Fue terror en los campos de Castilla,
 Però le hizo la dicha, siempre escasa,
 Un gran Rey, y un mal padre de su casa.

DECIMO SIGLO.=900.

Unidos contra el padre en novecientos
 García y sus hermanos turbulentos
 El reino anticipar quiso á la suerte,
 Y él con el reino se avanzó á la muerte.
 Ordoño, desgraciado en cuanto emprende.
 Cuanto mas oprimido mas se enciende;
 Perdieron al rigor de su fiera
 Los Condes de Castilla la cabeza.
 Castilla, sin tardanza,
 Medita, y egecuta su venganza;
 Y aunque á Froyla en el trono le consiente,
 Ella se hizo condado independiente,
 Y al gran Gonzalo (! arrojo temerario!)
 Proclamó por su Conde hereditario.
 Entonces fue cuando Pelayo, niño,
 Mártir de la pureza ilustró al Miño.
 Alfonso Cuarto el Monge fue llamado.
 No por virtud, por vicio retirado;
 Mas Ramiro Segundo
 De sucesos gloriosos llenó al mundo:
 Los rebeldes rendidos,
 Los sediciosos siempre reprimidos;
 En Osma y en Simancas los infieles
 Cubrieron sus anales de laureles.

Siguiéronle, aunque con desigual paso,
 Sus dos hijos Ordoño y Sancho el Craso;
 De San Estevan de Gormaz el día
 Llenó á Ordoño de gozo y alegría;
 Pero de la victoria:
 Solo Gonzalo mereció la gloria:
 Y la de Hasiñas, este español Marte,
 La logró sin tener Don Sancho parte.
 Ramiro y Veremundo las almenas
 Abrieron á las armas sarracenas;
 Cuando en guerra intestina encarnizados
 Hicieron de los moros sus estados.

UNDECIMO SIGLO.

Reinaba Alonso Quinto, dicho el noble,
 Cuando á Navarra la corona doble.
 Don Sancho el Grande hacia;
 A Aragon, y á Castilla ennoblecia,
 Pasando los condados
 A ser reinos dos veces coronados;
 Y en años no prolijos,
 A cuatro reinos concedió cuatro hijos.

PARTE CUARTA.

*Reyno de los principes franceses de Bigorre,
 y de Borgoña.*

Veremundo Segundo, sin tercero,
 Fue de los Reyes godos el postrero
 Y Fernando Primero de Navarra

Heredó de Leon la real garra.
Con gloria, y con trabajo
Dilató sus conquistas hasta el Tajo:
De Uceda, de Madrid de Salamanca
Las medias lunas victorioso arranca:
Y el reino de Toledo á su corage,
Atónito tu Ray, prestó homenaje.
Trozos son de los padres, ó pedazos
Los hijos (cuando no son embarazos)
Y á su reino Fernando con destrozos,
Por tres pedazos suyos le hizo trozos.
Don Sancho le sucede en la corona,
Y á sus mismos hermanos no perdona;
La muerte á sus intentos puso cabo,
Por dar lugar á Alfonso el Sesto, el Bravo.
Este ganó á Toledo,
Ayudándole el Cid, y con denuedo
Corriendo Marte ó rayo la frontera,
Rindió á Mora, Escalona y Talavera.
Al conde de Tolosa agradecido,
Y al Borgoñon tambien reconocido,
De amigos hizo yernos,
Dando en sus años tiernos
A Elvira de Tolosa
Y al Borgoñon á Urraca por esposa,
Llevándole por dote (y con justicia)
Tributario el condado de Galicia.
A Henrico de Capeto le interesa
La mano que le dió Doña Teresa.
Y juntamente con su blanca mano
Feudatario el condado Lusitano.

SIGLO DUODECIMO. = 1100,

Pero el año fatal de mil y ciento
Turbó á Alfonso la suerte y el contento;
Pues en Huesca y Uclés la infiel cuchilla
Luengos lutos cortó á toda Castilla.
Pero esta triste suerte
En dicha se trocó; pues con su muerte
Urraca, á quien Raymundo
Dejó viuda, y al tálamo segundo
De Alfonso de Aragon, rindió su mano,
Unió al aragonés y al castellano,
Juntando en sus sienes los blasones
De barras, de castillos y leones
Y Alfonso de Aragon esclarecido,
Su segundo marido,
De dos grandes batallas victorioso.
Y (lo que es mas glorioso)
Venciéndose á sí mismo heróicamente
Con tres coronas adornó la frente
De Alfonso de Aragon
En guerra se hace menos,
Y deshacen en paz los sarracenos.
Mientras en Portugal valiente
Se vió Rey de repente
Por el pueblo aclamado,
Y de Francia ayudado,
Venciendo cinco Reyes, que no huian
Mostró merecer ser lo que le hacian:
Sancho y Fernando á Alfonso sucedieron,
Y en sus dos reinos levantar se vieron
Las militares Ordenes gloriosas,

Al bárbaro africano pavorosas.
 Calatrava logró ser la primera,
 Siguióse de Santiago la venera;
 Y Alcántara al instante
 Nació á turbar las glorias del turbante.
 El Navarro vencido
 En rubor y venganza enardecido,
 Al castellano haciéndose implacable,
 Le hizo ser á los moros favorable.
 En Alarcos Alfonso derrotado
 Victorioso en Tolosa, y coronado,
 Recobrada su honra.
 A su vida dió fin, y á su deshonra.

DECIMOTERCIO SIGLO. = 1200.

Henrique de este nombre rey primero.
 Logró un reino fugaz y pasajero,
 Y en su tiempo de Alcázar la victoria
 A un rey de Portugal colmó de gloria.
 De la muerte de Henrique enjugó el llanto,
 Su sucesor Fernando el Grande, el Santo,
 El que (mientras el nombre
 De Jayme de Aragon, y su renombre,
 El valor y prudencia,
 Se eterniza en Mallorca, y en Valencia)
 A Baeza quitó á los africanos,
 A Córdoba, y á Murcia con sus llanos;
 Y Sevilla tomada
 Vasallo hizo al rey moro de Granada.
 Alfonso Diez, al que llamaron sabio,
 Por no sé que tintura de astrolabio,
 Lejos de dominar á las estrellas,

No las mandó, que le mandarou ellas.
 Mientras observa el movimiento al cielo
 Cada páso un desbarro era en el suelo;
 A su yerno, á su reino fastidioso,
 Solo contra los moros fue dichoso.
 Injustamente Sancho proclamado,
 Breve, inquieto y cruel fue su reinado.

DECIMOCUARTO SIGLO. = 1300. El siglo

Fernando el Emplazado en mil trescientos,
 Perdonando á los grandes descontentos,
 Las mismas manos, antes no tan fieles,
 Le llenaron de palmas y laureles.
 Alfonso el Justiciero
 Los sediciosos sujetó primero,
 Y despues sin tardanza,
 Volviendo su razon y su venganza
 Contra el aragonés y el lusitano,
 Y contra el africano,
 En seis nobles funciones
 Arroyó sus banderas y pendones,
 Dejando su renombre eternizado
 En la ilustre victoria del Salado.
 Don Pedro, á quien la gente
 El Cruel apellida comunmente,
 Y con igual pudiera fundamento
 Llamarle el lujurioso, el avariento,
 Perdió el reino y la vida
 Á impulsos de una daga fraticida.
 Á Pedro el avariento, el codicioso,
 Henrique el liberal, el generoso
 Sucedió, dando leyes,

Maestro de soldados y de reyes ;
 Y á su hijo Don Juan menos le deja
 En lo que cede, en lo que aconseja.
 Juan Primero, feliz con los ingleses,
 Fue desgraciado con los portugueses,

DECIMOQUINTO SIGLO. = 1400.

El siglo quintodécimo corona
 Á Enrique en paz, Tercero ; y su persona
 Aunque enfermiza, se hizo formidable
 Al orgullo intratable
 De los grandes con una estratagema,
 Con que añadió respeto á la diadema.
 Los Grandes, por vengarse,
 Á Juan Segundo intentan rebelarse:
 Ofrecen á Fernando cetro y trono,
 Pero Fernando con heróico entono,
 La perfidia á los Grandes reprendiendo,
 Y de real ejemplos repitiendo
 Al cetro superior, con larga mano,
 Le guardó para el hijo de su hermano,
 De Henrique la torpeza
 Pasó de vicio á ser naturaleza ;
 Y |cuanto en ella mas se precipita,
 Tanto mas el honor del reino incita.
 Uniendo sus estados
 Los dos reyes Católicos, llamados
 Fernando é Isabel, con lazos fieles,
 De toda España arrojando los infieles.
 Orán, Tunez, Granada, Argel, Bugía,
 Cedieron á su dicha y valentía ;
 Y á pesar de la Francia,

De Nápoles vencida la arrogancia,
 De Cádiz humilladas las almenas,
 Y rotas de Navarra las cadenas,
 Reconocieron, recibiendo leyes,
 Á los reyes Católicos por reyes;
 Y los tres Maestrazgos militares
 Unidos por motivos singulares
 Á la corona inseparablemente,
 Porque mandasen casi inmensamente
 Los Católicos reyes (bien lo fundo)
 La Providencia les abrió otro mundo

PARTE QUINTA.

Reinos sucesivos de Asturias y de Francia.

SIGLO DECIMOSESTO. = 1500.

Felipe en mil quinientos, el Hermoso,
 Reinó rey fugitivo y presuroso:
 Carlos Quinto, y Primero acá en España,
 Emperador invicto de Alemania,
 En Navarra, en Milán, en Roma³, en Gante,
 Victorioso y triunfante,
 Y en la baja Sajonia,
 Venturoso en Bolonia;
 Si en Metz, Renti y Marsella
 Algun tanto la dicha se atropella;
 Porque la inmortal gloria
 De Pavía se temple en la memoria
 Para triunfar de todo su heroísmo,
 No habiendo que vencer, vencióse él mismo.

Don Felipe el Prudente,
 Segundo de este nombre, heroicamente
 En San Quintin, en Portugal, en Flandes,
 Victorias logró grandes ;
 Pero siendo en la tierra tan dichoso,
 Contrario tuvo al mar por envidioso.

SIGLO DECIMOSEPTIMO. = 1600.

Don Felipe tercero,
 Mas devoto que ardiente ni guerrero,
 Desterró de su reino á los moriscos,
 De Africa á las arenas ó á los riscos.
 Á Mantua, á Portugal, Artois, Holanda,
 En una y otra bélica demanda,
 Al Casal, Rosellon (no dije harto)
 Y á Tréveris perdió Felipe Cuarto.
 Carlos Segundo, Carlos el Paciente,
 De la austriaca, augusta imperial gente
 El último en España, con vehemencia
 Armó contra la Francia su potencia,
 Y el que á la Francia odió con tal constancia,
 Dejó en muerte sus reinos á la Francia.

SIGLO DECIMO OCTAVO. = 1700.

Felipe de Borbon el animoso,
 Y el quinto de este nombre, hace dichoso
 Elcetro soberano
 Que empuña su real piadosa mano.
 Los reinos que mantiene,
 Y que á su augusta sangre le previene,
 Sin que al derecho la razon resista,

Hoy los hereda , luego los conquista.
 Luzara, Portalegre, Almansa, Gaya,
 Valencia y Aragón, despues Vizcaya,
 Sin que Brihuega falte en la memoria,
 Eternamente cantarán su gloria.
 El catalan se gozará rendido
 Menos á un rey, que á un padre enternecido,
 Relámpago ó aurora Luis se huye:
 Y el sol que nos cubrió nos restituye.
 Segunda vez Orán es conquistada,
 Nápoles á Don Carlos entregada.
 Don Felipe el valiente,
 Si la Mina rebienta felizmente,
 Haciendo al Piamonte hoguera ó Troya,
 Dará la ley á toda la Saboya.
 Quiéralo Dios; y quieran sus piedades
 Que en eternas edades
 Logre el Cetro español años completos,
 En Felipe, en sus hijos y en sus nietos.

LECCION PRIMERA.

Dominacion de los cartagineses en España.

El buen temperamento que goza España,
 la fecundidad de sus tierras, y las minas de
 oro y plata en que abunda, fueron antigua-
 mente poderosos atractivos para varias na-
 ciones, como los celtas, los rodios, los feni-

cios que vinieron à establecer colonias en los terrenos que con violencia, ó con astucia pudieron usurpar à los primitivos habitantes de esta bella península. Pero los cartagineses fueron los que principalmente lograron no solo introducirse, sino dominar en ella. Valiéronse al principio del pretesto del comercio, frecuentando la costa de Cadiz; edificaron despues en ella casas, templos, almacenes y aun fortalezas; y al fin se hicieron dueños de toda la Bética, ó Andalucía, empleando la fuerza cuando no alcanzaba el artificio. Hicieron resistencia los españoles, pero tarde; y Amilcar, padre de Aníbal, los sometió al dominio cartagines, descientos treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo, alargando sus conquistas hasta Murcia, Valencia y Cataluña, en donde fundó à Barcelona.

Muerto Amilcar en una batalla que dió à los saguntinos, le sucedió Asdrubal, su yerno, el cual edificó el puerto de la nueva Cartago, hoy Cartagena.

Los romanos enemigos de los cartagineses, conociendo cuantas utilidades sacaban estos de la rica parte de España que poseían, y asegurados de que habia muchos españoles descontentos de la ambiciosa tiranía con que los gobernaban aquellos africanos, re-

solvieron disputar á Cartago el dominio de tan apetecible region, y á este fin se aliaron con varios pueblos de ella, señaladamente con el de Sagunto, hoy Morviedro en el reino de Valencia.

Habiendo sido Asdrubal asesinado por un esclavo, se dió el gobierno de España á su cuñado Anibal, joven de gran valor y generalmente estimado; el cual despues de haber conquistado el reino de Toledo, sitió con todo su poder a Sagunto. Perdieron mucho tiempo los romanos en negociaciones infructuosas, y no dieron pronto socorro á aquella ciudad su fiel aliada; de suerte que viéndose los sitiados, al cabo de una vigorosa defensa, en precision de rendirse á Anibal por falta de viveres, tomaron la despechada resolucion de hacer una hoguera en medio de la plaza, y arrojarse valerosamente á las llamas con las alhajas mas preciosas, quemando tambien los edificios.

Luego que los cartagineses quedaron dueños de Sagunto, ó por mejor decir de sus ruinas, se encendió entre ellos y Roma la segunda guerra púnica ó cartaginesa doscientos diez y ocho años antes de Cristo. Partió Anibal á la misma Italia, y pasando los Alpes derrotó á sus enemigos en tres batallas, y despues en la famosa de Cánas, tan

fatal para los romanos, por haber perecido en ella lo mas florido de sus tropas y lo principal de su nobleza.

Antes de este desgraciado suceso habian enviado á España los romanos al valiente caudillo Cuyo Escipion, y despues enviaron á Publio Escipion su hermano, los cuales molestaron en gran manera á los cartagineses y á los españoles que seguian su partido, venciéndolos en varios encuentros.

Pero estaba reservada la conquista de España á otro Publio Escipion el mas célebre de todos los de este nombre, y el mismo que despues fué conocido con el dictado de *Africano*. Hiciéronle dueño no solo de las provincias españolas, sino tambien de los corazones, su raro esfuerzo, su cordura, rectitud, afabilidad y otras insignes virtudes morales. Conquistó desde luego la ciudad de Cartagena, doscientos y diez años antes de Cristo, y prosiguió ganando tantas victorias, que Asdrubal, general cartaginés, hubo de retirarse de España, dejándola casi toda en poder de los romanos.

Pocos años despues pasó Escipion á África, marchando contra Cartago. Venció á Anibal en una batalla decisiva, y con ella puso fin á la segunda guerra púnica.

LECCION II.

Dominacion de los romanos.

Gobernaban los romanos á España, enviando á ella dos pretores anuales; uno tenia á su cargo la España Ulterior (esto es, la Bética y Lusitania) y otro la España Citerior ó Tarraconense, en que se comprendian las demas provincias. Las estorciones que cometian los pretores indispusieron los ánimos de suerte que muchos españoles deseaban sacudir el yugo romano. Entonces Viriato de nacion lusitano, ó portugués, primero pastor, y despues capitan de bandoleros, hombre de valerosa resolucion, llegó hacerse caudillo de gran número de descontentos á quienes escitaba el deseo de recobrar la libertad; y con este auxilio persiguió á los romanos, venciendo en varias refriegas á sus mas valientes generales. Parece que ninguno hubiera triunfado de él, si el cónsul Quinto Servilio Cepion sobornando á tres de los confidentes del mismo Viriato, no los hubiese inducido á quitarle traidoramente la vida, como lo ejecutaron, cogiéndole dormido.

Quando con la muerte de Viriato queda-

ba ya sosegada y sujeta á Roma la España. Ulterior, se renovó vigorosamente la guerra contra Numancia, ciudad poco distante de donde está hoy Soria, y famosísima por el esfuerzo con que en defensa de su libertad resistió el poder de los romanos, haciendo gran destrozo en ellos repetidas veces. En vano habian procurado rendirla los cónsules mas guerreros y experimentados que tubo Roma; pero hubo de ceder por fin aquel gran pueblo á la hambre y á la pericia militar de Publio Cornelio Escipion el menor, (llamado tambien Emiliano) que por esto mereció el dictado de *Numantino*. Hicieron prodigios de valor los sitiados; y cuando ya les era inevitable el rendirse, y empezaron á matarse desesperadamente unos á otros, y se entregaron á las llamas con todas sus alhajas y habitaciones á imitacion de los saguntinos.

Despues de la destruccion de Numancia, que acaeció á los ciento treinta y cuatro años antes de Jesucristo, sostuvo en España con los romanos una porfiada guerra el intrépido y sagaz capitan Sertorio, que en las discordias civiles entre Sila y Mario seguia el bando de este último. Grangeó Sertorio las voluntades de muchos españoles, y señaladamente de los lusitanos, disciplinó sus tropas, fundó

escuelas públicas y un Senado á imitación del de Roma, y pretendió establecer en España una soberanía competidora de la de Italia. En medio de estos árduos designios le asesinó el traidor Perpena, subalterno suyo.

Luego redujo Pompeyo las provincias españolas á la dominación romana. Julio César completó la obra; y durante aquellas obstinadas competencias que despues se excitaron entre Pompeyo y el mismo César, acabó España de rendirse á las victoriosas armas de este emperador, que en la célebre batalla de Munda, dada cuarenta y cinco años antes de Cristo, derrotó al hijo mayor de Pompeyo.

Octaviano Augusto, sucesor de Julio César, aseguró á Roma el dominio de España, ya con las colonias que en ella fundó, ya con haber sujetado á los asturianos, á los gallegos y á los cántabros. Entonces empezó España á descansar de las prolijas guerras que la habian atormentado desde la entrada de los cartagineses; y enteramente avasallada por los romanos, tomó de ellos la religion, las leyes, las costumbres y el idioma.

LECCION III.

*Dominacion de los godos hasta el rey católico
Recaredo.*

Permaneció España bajo el dominio de los emperadores de Roma sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo quinto en que la tocó una principalísima parte de la revolucion que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los pueblos bárbaros del Norte. Reinaba el emperador Honorio por los años de cuatrocientos y nueve, cuando con formidables ejércitos, y ocasionado horrible estrago, se apoderaron de Galicia, Leon y Castilla la Vieja los suevos, de la Bética los vándalos y los silingos, de la Lusitania y la provincia cartaginense los alanos.

Poco despues se estableció en Cataluña Ataulfo, cuñado de Honorio y rey de los visigodos ó godos occidentales, distintos de los orientales, que se llamaban ostrogodos. Este rey, fundador de la monarquia goda en España, contento con los distritos que poseia, se resistió á los clamores de sus vasallos que deseaban hacer nuevas conquistas; por cuya causa se amotinaron y le dieron alevosa

muerte en Barcelona, año de cuatrocientos diez y seis.

Sucedióle Sigerico, que gozó el reino pocos dias, habiendo tenido tan desgraciada muerte como Ataulfo.

Walia, capitan de gran crédito, obtuvo la corona; y despues de haber pactado con el emperador Honorio que se le declararia soberano de las provincias que poseian los godos con tal que redimiese de la tiranía de los suevos, vándalos y alanos los países que estos habian usurpado al imperio de Roma; guerreó en efecto cóntra aquellos pueblos, y los sujetó á la dominacion romana. Asi reconoció á Walia el mismo emperador por legitimo rey de los godos en las Galias y en España.

Habiendo fallecido Walia en Tolosa año de cuatrocientos diez y nueve, empuñó el cetro su pariente Teodoredó, por otro nombre Teodorico. Hubo en su reinado grandes alteraciones. Encendióse la guerra entre vándalos y suevos; y aquellos, despues de haber causado los mayores destrozos en España, pasaron á África llamados por Bonifacio que alli gobernaba algunas provincias romanas, y que disgustado con el emperador Valentiniano habia determinado hacer dueños de ellas á los vándalos. De este modo

quedaron solamente los silingos en posesion de la Andalucía. Por otra parte se unió el rey Teodoro con Aecio, general romano, y con Meroveo, rey de Francia, para resistir al furor de Atila, rey de los hunos, que al frente de un numeroso ejército de aquellos bárbaros, ya vencedores en Italia, venia á destruir á Francia, amenazando á España con una nueva invasion. Los tres caudillos aliados alcanzaron completa victoria del enemigo en una famosa batalla dada en los campos cataláunicos el año de cuatrocientos cincuenta y uno; pero el rey Teodoro murió valerosamente en la pelea.

Turismundo, su hijo primogénito, fué aclamado rey de los godos. Poco despues le dió muerte su hermano Teodorico.

Ciñó éste la corona, y auxiliado de los francos y borgoñones, derrotó á los suevos, haciendo prisionero á su rey, y dejando casi estinguido aquel imperio; mas Eurico, hermano menor de Teodorico, le quitó la vida, como él á Turismundo, y subió al trono en cuatrocientos sesenta y siete.

Acabó Eurico de hacerse señor de España por medio de muchas y muy señaladas conquistas, sacudiendo casi del todo el yugo romano; y despues de haber llegado con sus victoriosas armas á las provincias meridio-

nales de Francia, murió en Arles á los diez y siete años de su reinado, que fué uno de los mas gloriosos para los godos.

Sucedióle su hijo Alarico, príncipe dotado de grandes prendas, que se empeñó desgraciadamente en guerras con Clodoveo, rey de Francia. Éste le venció y dió muerte en una sangrienta batalla por los años de quinientos y seis, perdiendo los godos desde entonces la Galia gótica.

Dejó Alarico un hijo de edad de cinco años llamado Amalarico, á quien pertenecía la corona. Gesaleico, hermano bastardo de éste, se la tuvo usurpada algun tiempo; pero Teodorico, rey de Italia, abuelo del niño Amalarico, le recuperó con las armas, y gobernó á España como tutor de su nieto. Casó despues Amalarico con Clotilde, hija de Clodoveo, la cual profesaba la religion católica y procuraba atraer á su esposo á ella. Él seguia el arrianismo como todos los reyes godos sus predecesores; y por esta causa la trató con tan inhumano rigor, que Childeberto, rey de Francia y hermano de Clotilde, resolvió vengar los duros ultrages que su hermana padecia. Logró rendir al rey Amalarico en una batalla dada cerca de Narbona el año de quinientos treinta y uno, de cuyas resultas Amalarico tomó la fuga, y

en ella fué herido mortalmente á tiempo que buscaba asilo en un templo de católicos.

Teudis ó Teudio, ostrogodo, que en la menor edad de Amalarico habia gobernado á España en nombre de Teodorico, rey de Italia, fue elegido soberano. Continuó poco felizmente la guerra con los reyes de Francia, y murió en quinientos cuarenta y ocho asesinado dentro de su mismo palacio por uno que se fingia loco.

Sucedióle Teudiselo, que habia sido general de sus tropas. Fue príncipe valeroso; pero se entregó tan desenfrenadamente á torpes liviandades, que varios señores de su corte conspiraron contra él, y le dieron muerte en Sevilla año de quinientos y cincuenta.

Agila se hizo aborrecible por el ocio en que vivió. Rebeláronse contra él sus vasallos, mandados por Atanagildo que aspiraba al trono, y al fin le quitaron ignominiosamente la vida en Mérida año de quinientos cincuenta y cuatro.

Llegó en efecto á reinar Atanagildo; y como para quitar el reino á Agila, hubiese implorado el auxilio del emperador Justiniano; introduciendo tropas romanas en España, y aun concediéndolas, segun se cree

algunos territorios, se vió despues en precision de pelear contra los mismos romanos, pretendiendo, aunque infructuosamente, espelerlos en España.

Muerto el rey Atanagildo en Toledo año de quinientos sesenta y siete, le sucedió por eleccion Liuva, que gobernaba la Galia gótica. Nombró por compañero suyo en el reino á Leovigildo su hermano, y se retiró á las Galias.

Venció Leovigildo á los romanos vasallos del imperio griego, desposeyéndolos de varias ciudades de Andalucía, como tambien á los suevos de Galicia, y á los cántabros que se le rebelaron.

Tenia de su esposa Teodosia, hermana de los santos Isidoro, Leandro y Fulgencio, dos hijos llamados Hermenegildo y Recaredo; y muerta Teodosia, casó con Gosvinda, viuda de Atanagildo cediendo el reino de Sevilla á su hijo primogénito Hermenegildo, que contrajo matrimonio con Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia. Profesaba esta la religion católica, por cuyo motivo Gosvinda, que era arriana, la persiguió y maltrató cuanto no es creible. Movieron á Hermenegildo el cristiano sufrimiento de Ingunda, y las eficaces exhortaciones de su tio san Leandro, arzobispo de Sevilla, á ab-

jurar el arrianismo, y hacerse católico. Su conversión irritó á Leovigildo, que despues de haber empleado inutilmente con su hijo al artificio y el halago, recurrió á medios violentos, sitiando á Hermenegildo en su corte de Sevilla, apoderándose de ella, y prendiendo al santo príncipe. Mientras le tenia encarcelado procuró con lisonjeras promesas atraerle al arrianismo; pero habiéndose resistido á ellas aquel héroe cristiano, le mandó degollar su padre.

Este, aunque le atormentaban íntimos remordimientos despues de haber cometido tan atroz iniquidad, no dejó de perseguir con la mayor tiranía á los católicos, y especialmente á los obispos.

Acometido, en fin, de una peligrosa dolencia por los años de quinientos ochenta y seis, dió algunas muestras de arrepentimiento, levantando el destierro á san Leandro, y entregándole la persona de su hijo Recaredo para que le instruyese en la fé católica; pero murió en la secta arriana, si bien se dice que con señales de ser interiormente católico.

LECCION IV.

Continuacion de la serie de los reyes godos hasta Ruderico, ó don Rodrigo.

El reinado de Flavio Recaredo, apellidado el *católico*, es uno de los mas célebres en nuestra historia, por que no solo abrazó aquel rey la verdadera religion, persuadido del ejemplo de su hermano el mártir san Hermenegildo, y de la doctrina de su tio san Leandro, sino que hizo católicos á sus vasallos los godos. Para lograr este arduo desig- nio, supo manejarse con tan prudente política, que cuando abjuró públicamente la secta de Arrio, le imitaron muchos grandes del reino, y despues casi toda la nacion. Tuvo que vencer muchos y muy graves obstáculos. Conspiraron contra su vida algunos arrianos; pero el cielo permitió se descubriesen estas inicuas conjuraciones, y el piadoso monarca llevó adelante la empresa, restituyendo á las iglesias y monasterios sus bienes, y á los obispos el libre uso de su ministerio, desterrando la heregia con la celebracion de concilios nacionales, principalmente el tercero de Toledo, que por el número de Prelados, y por la gravedad de los

puntos de que en él se tratò, fue el mas solemne y mas importante que hubo en el occidente por aquéllos tiempos.

Movieron guerra los franceses á Recaredo, pretendiendo vengar la muerte de san Hermenegildo y la persecucion que padeciò Ingunda, cuando huyendo de Leovigildo, se retirò á Africa con el príncipe su hijo, en donde ambos murieron; pero el rey, que de todo estaba inocente, mereciò que Dios le concediese cerca de Carcasona dos victorias memorables, á las cuales se siguió la paz y el matrimonio de Recaredo con Clodosinda, hermana de Childeberto, rey de Austrasia. Sosegó con las armas los levantamientos de los griegos y de los vascones navarros, y falleciò colmado de lauros y de las bendiciones de los buenos católicos en el año de seiscientos y uno. Heredó la corona su hijo Linva Segundo, que daba grandes esperanzas de un feliz reinado; pero antes de dos años le mató alevosamente Witerico, general de las tropas de su padre. Este se apoderò del reino, y le gobernó con tiranía, hasta que unos conjurados le dieron muerte en seiscientos y diez.

Pasó el cetro á Gundemaro, que solo reinò dos años, y despues á Sisebuto, digno de elogio por su religiosidad y valor. Este se

manifestó en las victorias que alcanzó de los griegos, y aquella en el zelo con que protegió el catolicismo; bien que se le vituperó la imprudencia de haber recurrido para este fin á medios injustos y violentos que desdican no menos de la mansedumbre cristiana que de la sana política. Murió Sisebuto en seiscientos veinte y uno; y su hijo Recaredo segundo, que le sucedió de muy tierna edad, apenas se cuenta en la série de los reyes godos por haber muerto antes de los tres meses.

Entró en el reino Flavio Suintila, hijo menor de Recaredo el *católico*. Mostró á los principios admirables virtudes y prendas militares, destruyendo enteramente á los griegos, vasallos del imperio romano; con lo cual tuvo la gloria de hacerse absoluto y pacífico señor de toda España; pero en los últimos años de su reinado se entregó con tal estremo á una vida afeminada y sensual, que abandonó el gobierno en manos de su esposa Teodora, y de su hermano Geila, para no cuidar de otra cosa que de satisfacer sus viles apetitos. Escitó el odio de los vasallos, y valiéndose de la ocasion Sisenando, uno de los principales señores del reino, pidió ayuda al rey Dagoberto de Borgoña, y con un formidable ejército francés abatió las fuerzas

de Suintila , le quitó el trono, y no subió á el en seiscientos treinta y uno, con universal aplauso de los godos.

Rigió Sisenando justa y piadosamente la monarquía , y restableció la disciplina eclesiástica.

Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, que sucesivamente gobernaron á España desde la muerte de Sisenando (acaecida, segun se cree, en el año de seiscientos treinta y cinco) hasta el reinado de Wamba , que empezó en seiscientos setenta y dos, no ofrecen acciones muy memorables en la historia; pues ni por lo tocante al gobierno político, ni por lo que mira á la religion hubo en aquellos tiempos mudanza alguna notable.

Era Wamba un noble magnate godo , de reverentes prendas, prudente, desinteresado virtuoso, y como tal se resistió á admitir la corona que le ofrecian ; mas se la hicieron aceptar por fuerza, y fue ungido rey con solemne ceremonia , no usada en España hasta entonces. Habiéndosele rebelado la Galia gótica, la Navarra y otras provincias , encargó la pacificacion de ellas á su general Paulo, el cual tuvo industria para ganar no pocos parciales que le aclamaron rey : pero el animoso Wamba marchó contra los sublevados, y abatiendo su orgullo, los redujo á obediencia.

cia. Venció en un combate naval á los sarracenos ; protegió la religion católica y el estado eclesiástico, y dió sabias leyes á la monarquía y á la corte de Toledo dió adorno, defensa y estension, con suntuosos edificios y fortalezas.

Despues de una repentina y grave enfermedad, renunció la corona, nombrando por sucesor á Flavio Ervigio, pariente del rey Chindasvinto; y se retiró á vivir con hábito de monge en un monasterio, donde pasó siete ú ocho años desde el de seiscientos ochenta y uno en que hizo la renuncia.

El gobierno de Ervigio fue en lo general bueno y tranquilo asi para sus vasallos como para la iglesia; y habiendo muerto en seiscientos ochenta y siete, le sucedió su yerno Flavio Egica, sobrino de Wamba, á quien en vida habia ya asegurado el cetro con beneplácito de los grandes de la nacion.

Egica reinó como unos catorce años, y en el de seiscientos noventa y siete tomó por compañero en el trono á su hijo Witiza, que empezó á gobernar por muerte de su padre en setecientos uno.

No hay en los anales de los godos memoria que sea tan odiosa como la de Witiza; aunque no ha faltado quien haya emprendido su defensa. La comun tradicion es que

habiendo empezado su reinado con bien merecida opinion de prudente, benigno, justo y religioso, despues se dejó arrastrar de infames pasiones, y sobre todo de una torpeza escandalosa. No contento con violar todos los fueros de la religion y de las leyes, autorizó á sus vasallos para que pública é impunemente pudiesen violarlos en muchas maneras, y cometió inauditas crueldades, ya quitando sin razon la vida á Favila, padre de don Pelayo, é hijo del rey Chindasvinto, ya haciendo sacar los ojos al infante Teodofredo, hijo del mismo rey, y padre de Ruderico, ó segun comunmente se llama, Don Rodrigo. Tales inhumanidades y desórdenes irritaron á los vasallos; que sacudiendo el tiránico yugo de Witiza, eligieron por soberano á Rodrigo, hijo, segun queda dicho, de Teodofredo, sin que se sepa con seguridad si falleció Witiza en Toledo de muerte natural, como lo aseguran muchos, ó si el mismo Rodrigo, segun escriben otros, le abrevió la vida desterrándole á Córdoba, y mandándole sacar los ojos en venganza de igual atrocidad ejecutada con Teodofredo.

Halló Rodrigo el reino en tan infeliz estado por la deprabada conducta de su antecesor Witiza, que necesitaba mucha virtud y mucho teson para reformarle; mas, por

desgracia , lejos de tener alguna de estas prendas , era no menos vicioso que pusilánime , y en su reinado se completó la pérdida de España.

Hay antigua noticia , aunque no muy admitida por los mejores críticos , de que este monarca robó con violencia el honor á una hija del conde D. Julian , conocida vulgarmente con el nombre de la *cava* que le dieron los árabes. Bien fuese por esta afrenta , como generalmente se cree , ó bien por otras razones de disgusto , ó de ambicion política lo cierto es que el conde D. Julian , entonces gobernador de las provincias cercanas al estrecho de Gibraltar , determinó entregar los reinos de España á los sarracenos ó agarenos , que ya se hallaban dueños de la Arabia , de Egipto , y de aquella parte del Africa llamada Mauritania , de donde les vino el nombre de moros.

Tarató el conde D. Julian acerca de sus pérfidos designios con Muza , que era gobernador de las provincias de Africa por el Miramamolín Ulit , príncipe soberano de los árabes ; y Muza confirió á su capitán Tarik , ó Tarif , la empresa de pasar con alguna gente á España por el estrecho de Gibraltar. Tuvo gran fortuna Tarif en su expedicion , ganando victorias y despojos de los descui-

dados cristianos. El abandono en que estaban las plazas y la disciplina militar, el descontento que reinaba en los vasallos, ya indignados del desarreglado gobierno de Witiza y de la viciosa flojedad de Rodrigo, la fama de los primeros triunfos conseguidos por los árabes, todo contribuía á facilitarles la rápida conquista de la parte meridional de España. Juntó Rodrigo el ejército que pudo y cerca de Jerez de la Frontera á orillas del río Guadalete se opuso á los moros y á los godos rebeldes, aliados de D. Julian, presentándoles batalla; pero la perdió y con ella el reino. Los hijos de Witiza, y algunas tropas godas con el traidor D. Opas, prelado de Sevilla, y hermano del mismo Witiza, se pasaron al partido de los enemigos, convirtiendo las armas contra su patria. Desapareció el rey al fin de la pelea, sin que se hubiese podido averiguar su paradero.

Los sarracenos aprovechándose inhumanamente de la ventaja que lograban, hicieron horrible destrozo en los nuestros. Animado Muza con el éxito venturoso de sus armas, vino despues á Andalucía capitaneando otro ejército; y antes de tres años quedó lo principal de España sujeto á la bárbara dominacion de los mahometanos, y obscurecido el lustre del imperio godo, que habia

durado mas de tres siglos. No concuerdan los historiadores sobre el verdadero año en que hicieron los árabes su primera irupcion en España, queriendo unos que la batalla de Guadalete se diese en el de setecientos once y otros que en el de setecientos catorce.

Desde que empezaron á mandar en España aquellos infieles acostumbraba su califa, ó príncipe supremo enviar á ella gobernadores que cuidasen de las provincias conquistadas, y generales que siguiesen conquistando otras; pero cada uno de ellos, valiéndose de la misma autoridad y armas que se le confiaban, establecia su corte y se hacia soberano. De aqui se originó la multitud de reinos moros, que se formaron sucesivamente en Cordoba, en Zaragoza, en Valencia, en Sevilla, en Toledo, en Granada y otras comarcas. Escitábanse discordias entre aquellos reyes particulares; y la guerra que mutuamente se hacian contribuyó á su destruccion tanto como las hazañas con que, segun veremos en adelante, supieron los cristianos recobrar el dominio perdido.

LECCION V.

Principio de la restauracion de España y serie de los reyes de Asturias ó de Oviedo, hasta Don Ordoño el segundo, rey de Leon.

Don Pelayo, hijo de Favila y nieto del rey Chindasvinto, despues de haberse hallado, segun la mas comun opinion, en la batalla de Guadalete se retiró á las montañas de Asturias seguido de algunos godos y españoles, no menos leales á su patria que zelosamente afectos á nuestra santa religion, y fue proclamado rey en setecientos diez y ocho. Marchaban los moros á apoderarse de aquella comarca, cuando el héroe Pelayo, que el cielo destinaba para restaurador de España, ayudado de los suyos, en quienes el esfuerzo suplía por el número, derrotó á los infieles, y con la fama de esta victoria acudió mucha gente á alistarse bajo la bandera cristiana. Continuó el generoso Pelayo en hacer la guerra á los árabes, estendiendo cada dia mas sus felices conquistas. Tomo la ciudad de Leon, y desde este principe empezó á contarse en España la serie de los ilustres reyes de Asturias, ó de Oviedo, que

despues se llamaron reyes de Leon. El piadoso y valiente Pelayo, cuyo nombre será perpetuamente grato y venerable para los españoles, falleció en el año de setecientos treinta y siete, y le sucedió su hijo Favila, que solo reinó dos años, habiendo muerto despedazado por un oso, mientras se divertia en la caza.

Alfonso, ó Alonso primero, apellidado el *católico*, yerno de don Pelayo, y descendiente de Recaredo, reinó desde el año setecientos treinta y nueve hasta el de setecientos cincuenta y siete, y persiguió á los sarracenos, quitándoles muchas ciudades de Galicia, Leon y Castilla con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los reyes mas gloriosos que ha tenido España.

Su hijo Fruela, ó Froila, venció á los infieles en una sangrienta y célebre batalla, en que murieron cincuenta y cuatro mil de ellos, y quedó pacífico dueño del reino de Galicia, y de los demas territorios que sus predecesores habian ya libertado de la irrupcion africana. Quitó Fruela la vida á su hermano Bimarano por infundadas sospechas; pero él tambien perció á manos de un primo hermano suyo llamado Aurelio, el cual se apoderó del cetro en setecientos se-

tenta y ocho, y le conservó seis años. Recayó el gobierno en Silo, casado con una hermana de Aurelio; y nueve años después en Mauregato, hijo natural de don Alfonso el *católico*. Reinó Mauregato cinco años habiendo hecho aborrecible su nombre por el infame tratado que ajustó (según cuentan) con el moro, de pagarle un tributo anual de cien doncellas, cincuenta nobles, y otras tantas plebeyas; aunque muchos creen que ya estaba pactado aquel tributo desde el tiempo del rey Aurelio, y aun hay quien niegue haberse hecho jamás tal pacto.

Por muerte de Mauregato, acaecida en setecientos ochenta y ocho, ciñó la corona Bermudo ó Veremundo, el *diácono*, sobrino de don Alfonso el *católico*. Estos últimos cuatro reyes Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo fueron en rigor usurpadores del imperio porque le obtuvieron en perjuicio de don Alfonso segundo, llamado el *casto*, al cual había dejado de muy tierna edad su padre don Fruela. Al fin Bermudo, conociendo por una parte que el cetro no le pertenecía de justicia, y por otra que era incompatible con su dignidad de *diácono*, cedió la monarquía á don Alonso el *casto*, en el año de setecientos noventa y uno; y este rey la gobernó hasta fines del de ochocientos

cuarenta y dos ó principios del siguiente. Su largo reinado fue próspero y memorable para los españoles, pues los alivió de la opresion de los sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo á que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo éste muchos y muy señalados combates con los moros, derrotándolos principalmente cerca de Ledos en Asturias, y junto á Lugo en Galicia, de suerte que la primera de estas batallas les costó setenta mil hombres, y la segunda cincuenta mil.

Desde allí persiguió á los bárbaros hasta Lisboa, y no solo conquistó aquella importante ciudad, sino tambien otras plazas fuertes, obligando á los infieles á levantar los sitios que habian puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora.

Las historias refieren que la infanta doña Jimena, hermana del rey don Alonso, casada secretamente con don Sancho Diaz, conde de Saldaña, tuvo por fruto de su matrimonio al celebrado Bernardo del Carpio, de cuyas aventuras y proezas militares hay tanto escrito en nuestras novelas y antiguos romances, con no pocas fábulas y exageraciones. Tambien es fama que noticioso el rey de la flaqueza de la infanta y del atrevimiento del conde, se dignó en tal grado, que man-

do sacar los ojos á éste y aprisionarle toda su vida en el castillo de Luna, encerrando á doña Jimena en un monasterio. Hizo dar noble educacion al infante Bernardo, cuyo valor fue despues muy útil á España en las batallas con sus enemigos; pero la inflexibilidad con que Alonso se resistió á los ruegos de Bernardo dirigidos á obtener la libertad de su padre, escitó el resentimiento de aquel intrepido joven, que convirtió las armas contra su rey, aunque no por eso logró la corona á que la sangre le daba algun derecho.

Conviene muchos historiadores en que reinando Alfonso vino á España el emperador Carlo Magno, el cual rindió á Pamplona y llegó con sus armas hasta Zaragoza; pero no consta bastantemente el verdadero motivo de la venida de aquel gran príncipe. Asimismo aseguran que volvió segunda vez para ayudar á echar de España á los moros, animándole á ello la promesa que dicen le habia hecho don Alonso de dejarle en premio la sucesion del reino; pero que habiéndose opuesto el cumplimiento de semejante pacto la principal nobleza española, hubo de arrepentirse y retractarse don Alonso. Lo que parece menos dudoso es que por desavenencia y rompimiento que ocurrió entre

ambos soberanas el ejército español, aliado con Marsilio rey moro de Zaragoza, y ayudado del valor de Bernardo del Carpio, vino á las manos con el francés en Roncesvalles á las faldas de los montes Pirineos, y que le destrozó enteramente. La confusion que reina en los autores españoles y estrangeros sobre estos acontecimientos, cuya fama ha llegado hasta nosotros por medio de tradiciones no siempre desapasionadas, ha dado motivo á que los españoles hayamos atribuido á Bernardo del Carpio, y los franceses á su héroe Roldan, increíbles hazañas, careciendo de noticias claras é individuales acerca de aquellas guerras, y de los motivos que hubo para ellas.

Es tradicion muy recibida que en el reinado del mismo don Alonso el casto, se descubrió en Galicia el sepulcro del apóstol Santiago á quien habia debido España la predicacion del Evangelio. Se ha propagado celosamente hasta nuestros dias la devocion á este glorioso patrono de España, acudiendo desde entonces á visitar el santo cuerpo innumerables fieles de todo el orbe cristiano.

Coronado el anciano don Alonso de laureles adquiridos en largas campañas, y amado de todos por sus virtudes, religiosa piedad y magnificencia en edificar templos,

falleció nombrando por sucesor suyo á don Ramiro primero, hijo del rey don Bermudo, segun la mas comun opinion.

No dejó Alonso descendiente alguno, habiendo guardado perpetua continencia aun en el estado del matrimonio; y es muy verosímil que por esto le diesen el dictado de el *casto*, mas bien que por la mencionada abolicion del feudo de las cien doncellas.

Entre las felicisimas victorias que alcanzó de los mahometanos el rey don Ramiro se cuenta como la mas señalada la que ganó en los campos de Albelda no lejos de Logroño con tropas bien inferiores en número á las de los enemigos, pero alentadas con la proteccion del apóstol Santiago, que el rey dijo hábersele aparecido en sueños, exhortándole á pelear y que, durante la refriega, aumentó la confianza de los cristianos, ofreciéndoseles á la vista en un caballo blanco. Conseguido aquel célebre triunfo con que tan abatido quedó el orgullo de la morisma, se apoderó don Ramiro de Clavijo, de Albelda y Calahorra.

Antes habia reprimido al rebelde conde Nepociano, que intentaba coronarse rey en Asturias; y despues rechazó valerosamente á los normandos que desembarcaron en las

playas de Galicia con un ejército de cien mil combatientes.

Corria el año de ochocientos y cincuenta, cuando, por muerte de don Ramiro, subió al trono su hijo don Ordoño primero, digno de sucederle no menos por su piedad que por su esfuerzo, y que venció á los agarenos en diferentes choques, recobrando no pocas ciudades, principalmente á Soria y Salamanca, y reedificando otras, como Tuy, Astorga y Leon, que habian padecido mucho en las antecedentes guerras.

Muerto Ordoño en ochocientos sesenta y dos, ó segun otros, en ochocientos sesenta y seis, heredó la corona de su hijo don Alfonso tercero, y la obtuvo hasta el año de novecientos y diez, en que la renunció. Estendió este monarca sus conquistas mas que ninguno de sus predecesores, de suerte que mereció por ellas ser apellidado el *magno*, titulo que igualmente le correspondia por su clemencia, firmeza de espíritu, liberalidad con los pobres, y celo del culto divino. Aunque se le revelaron varias veces algunos magnates ambiciosos de reinar, solo, ayudado de su prudencia y valor, sosegar aquellas alteraciones. Con la misma felicidad rindió en frecuentes combates á los árabes, conquistando á Coimbra, Simancas y Dueñas con

toda la tierra de Campos; mas tuvo desgracia en lo interior de su corte por las gravísimas desazones que le causaron los de su propia familia. Su esposa Jimena, Ordoño y Fruela sus hijos, don García, que era el primogénito, y Nuño Hernandez, suegro de éste y conde de Castilla; se unieron contra Alonso, quien se vió precisado á resistir con las armas aquella persecucion hasta prender á don García y encerrarle en un castillo. Ultimamente, cansado el rey de esta guerra doméstica, entregó solemnemente la corona de Leon á García, y el señorío de Galicia á Ordoño; pero aunque privado de la soberanía por ingratitud de sus hijos, no quiso tener ociosa la espada; y marchando contra el moro, añadió como mero soldado una nueva victoria á las muchas con que ya se habia señalado como rey. Retiróse cargado de despojos á Zamora, ciudad que él mismo habia reedificado y fortalecido como otras muchas y pasó á mejor vida. Reunió Alfonso con la pericia militar el amor á las letras, y en su nombre corre una crónica de los reyes sus predecesores, la cual empieza desde Wamba y sigue hasta don Ordoño primero.

A don García, que solo reinó tres años y ganó á los moros algunas victorias, sucedió su hermano don Ordoño segundo, el cual

se coronó en Leon, estableciendo en aquella ciudad su corte; por cuyo motivo él y sus descendientes se habian llamado reyes de Leon, y no de Oviedo como se habian intitulado sus antecesores desde don Pelayo.

No fue don Ordoño generalmente dichoso en las guerras contra los árabes, pues aunque en los principios los venció en Talavera de la Reina, y cerca de San Estévan de Gormaz, causándoles grande estrago en otras varias expediciones, padeció despues unido con el ejército del rey de Navarra, una fatal derrota en la sangrienta batalla dada en el valle de Junquera año de novecientos veinte y uno. Manchó la memoria de su reinado con la tirana muerte que dió á los condes de Castilla, segun lo explicara la siguiente lección

LECCION VI,

Serie de los reyes de Leon hasta don Fernando el primero.

Desde el tiempo del rey don Alonso el casto defendian á Castilla de las invasiones de los bárbaros unos gobernadores con título de condes dependientes de los reyes. Los primeros que consta haber gozado aquella dignidad fueron don Rodrigo, su hijo Diego

Porcellos y Nuño Belchides, yerno de éste, y fundador de la ciudad de Burgos. Sucedióronles Nuño Rasura, abuelo del famoso conde Fernan Gonzalez, y Gonzalo Bustos, ó Gustios, padre de los siete infantes de Lara Ordoño segundo, preocupado por siniestros informes y mal fundadas sospechas contra los condes de Castilla, de los cuales era el principal el mismo Nuño Fernandez que habia ayudado al rey don García, su yerno, en la empresa de quitar el cetro á don Alonso el *magno*, los mandó venir á su presencia con pretextos de tratar asuntos graves. Envió entonces presos á Leon á los desapercibidos condes, y los hizo degollar inhumanamente. Conmovióse con semejante atrocidad toda Castilla, y ya Ordoño se preparaba á tomar las armas para defender su inicuo proceder, cuando le cogió la muerte.

Su hermano don Fruela, segundo de este nombre, se apoderó injusta y violentamente del reino por los años de novecientos veinte y tres, gozándole solo catorce meses al cabo de los cuales murió de lepra, sin dejar otra memoria que la de sus torpezas y crueldades. A este rey negaron la obediencia los castellanos, y eligieron dos nobles caudillos con títulos de jueces que los gobernasen. Nombraron, pues, á Lain Calvo y á Nuño

Rasura, confiando al primero los asuntos militares, y al segundo los de la magistratura y mando político; pero no está bien averiguado cuanto tiempo duró entre los castellanos aquella especie de gobierno.

Alfonso cuarto, hijo de Ordoño segundo, empezó á reinar en novecientos veinte y cuatro, mirando con suma indiferencia y descuido los negocios del gobierno, se hizo monge, y renunció la corona en su hermano don Ramiro el segundo, para lo cual excluyó de ella á su propio hijo Ordoño. No gozó don Ramiro quietamente el reino, pues el mismo don Alfonso que se le habia cedido, salió despues del monasterio, y tomó las armas con el fin de recobrar el trono que poco antes le habia disgustado. Sitióle Ramiro en Leon, y apoderandose de aquella corte, le aprisionó. Marchó luego contra los hijos del rey don Fruela su tio, que tambien aspiraban á hacerse dueños de la monarquía; hizoles sacar los ojos, igualmente que al rey don Alfonso el Monge, y los envió con él á un monasterio, serenando al mismo tiempo la rebelion de algunos vasallos, que pretendian ceñir la corona al infante don Ordoño su sobrino, que aun no habia salido de la menor edad.

Sosegadas estas parcialidades, emprendió

la guerra contra los moros, en la cual les ganó y arrasó la villa de Madrid.

Era á la sazón conde de Castilla el noble y valeroso Fernan-Gonzalez que, para oponerse á las hostilidades de los sarracenos, pidió favor á don Ramiro. Partió el rey á dárselo; y aliadas las tropas de Leon con las de Castilla, destrozaron completamente al enemigo cerca de Osma, y despues hicieron tributario al rey moro de Zaragoza. Con éste unió sus fuerzas el de Córdoba y entraron ambos en Castilla mandando un formidable ejército. Presentóles don Ramiro la batalla junto á Simancas; puso en fuga á los bárbaros, é hizo en ellos una increíble matanza, cogiendo prisionero al rey moro de Zaragoza. Despues el conde Fernan-Gonzalez acabó de desbaratarlos en la retirada; sin quedar apenas quien llevase á Córdoba la noticia del estrago.

Casó luego don Ramiro á su hijo el infante don Ordoño con doña Urraca, hija del conde. despues de cuya union, y de repetidos triunfos conseguidos contra todo el poder agareno, murió en Leon y fue sepultado en el monasterio de San Salvador fundacion suya.

Sucedió Ordoño tercero á su padre don Ramiro en el año de novecientos y cincuen-

ta; pero le disputó la corona su hermano menor don Sancho el *gordo*, ayudado del rey de Navarra don Garcia Sanchez su tio, y del conde Fernan-Gonzalez. Defendióse animosamente de ellos don Ordoño, cuando le sitiaron en Leon, y resentido de la ofensa que le hacia su suegro el conde de Castilla, se divorció de doña Urraca, y tomó por esposa á una señora llamada doña Elvira, en quien tuvo á don Bermudo, que despues llegó á ser rey de Leon. Pacificó á los gallegos que se le sublevaron; y reconciliándose al fin con el conde Fernan-Gonzalez, le envió tropas para que con su auxilio persiguiese á los meros. Ganó en efecto el conde una insigne victoria junto á San Estevan de Gormaz; y el rey don Ordoño, despues que recibió esta plausible noticia; falleció en Zamora año de novecientos cincuenta y cinco.

Logró entonces ocasion de empuñar el cetro su hermano don Sancho el *gordo*; y aunque el conde Fernan-Gonzalez y los grandes de Leon, Asturias y Galicia conspiraron para quitársele y pasarle á don Ordoño. llamado el *malo*, hijo de don Alfonso el Monje, supo don Sancho con ayuda del rey moro de Córdoba hacer resistencia y mantenerse en la soberanía.

De esta alianza del rey de Leon con el de

Córdoba, resultó que el conde de Castilla tuvo que sostener sin mas fuerzas que las suyas la guerra contra los infieles, cuyo número era infinitamente superior; mas concedióle el cielo señalado patrocinio para que ganase una porfiada y célebre batalla junto á Piedra-hita y siguiese el alcance con gran mortandad de los enemigos.

Conviene nuestras historias en que reinando don Sancho, libertó Fernan-Gonzalez el condado de Castilla, de la sugesion y vasallage que reconocia á la corona de Leon; pero no constan los motivos que hubo para esta gran mudanza, pareciendo muy frívolos que se refieren en algunas crónicas.

Murió don Sancho de veneno que le dió cierto conde llamado don Gonzalo, el cual habia amparado en Portugal á unos foragidos de Galicia, rebelados contra aquel soberano.

Sucedióle en novecientos sesenta y siete su hijo don Ramiro tercero, y mientras le disputaba la corona don Bermudo segundo llamado el *gotoso*, hijo de Ordoño tercero, se aprovecharon los moros de la ocasion, y acometieron á los cristianos con tanta fortuna que conquistaron las plazas mas fuertes de Castilla, Leon y Navarra.

Muerto don Ramiro, subió al trono en no-

vecientos ochenta y dos don Bermudo el *gotoso*, declarado antes rey de Galicia. No fue á los principios mas dichoso que su antecesor, porque perdió gran número de pueblos; pero despues logró vencer á los sarracenos cerca de Osma en una memorable pelea con ayuda del conde de Castilla Garcí-Fernandez y de las tropas del rey de Navarra. Dejó don Bermudo por sucesor en novecientos noventa y nueve á su hijo don Alfonso quinto, apellidado el *noble*, que por su tierna edad no pudo perseguir á los infieles, como lo necesitaba la monarquía en aquel crítico estado de abatimiento.

Don Sancho el grande, rey de Navarra, el conde de Castilla Sancho García y Raymundo primero, conde de Barcelona fueron los héroes que con sus armas defendiendo entonces á España de tantos peligros; espellieron á los agarenos de los dilatados territorios á que se estendia ya su dominacion. No se sabe como el rey don Alfonso quinto incurrió en la estraordinaria vileza de dar á su hermana doña Teresa por esposa á Abdalá, rey moro de Toledo. Apenas hay elogios que basten á encarcerar la heródica firmeza con que la infanta se resistió á los alhagos del monarca mahometano, el qual la restituyó á don Alfonso, haciendo justas lala-

banzas de la virtuosa heroína. Adon Alfonso Quinto, que murió de un flechazo en el sitio de Viseo, plaza de Portugal, sucedió su hijo don Bermudo tercero en mil veinte y ocho. No dejó descendencia, y desde el año de mil treinta y siete, época de las mas principales y gloriosas de nuestra historia, empezó la série de los reyes de Castilla y Leon, que tuvo principio en don Fernando el primero llamado justamente el Grande.

LECCION VII.

Serie de los reyes de Castilla y Leon hasta el emperador don Alfonso sexto.

Dona Sancha, hermana de don Bermudo, y por consiguiente heredera del reino de Leon, estaba casada con don Fernando, hijo segundo del rey de Navarra don Sancho el mayor. Este monarca, que por su muger doña Mayor, hermana del conde de Castilla don Garcia, habia heredado los estados de Castilla, dividió entre sus quatro hijos las tierras de su dominio. A Garcia su primogénito dió la Navarra, á don Fernando la Castilla, haciéndola no ya condado sino reino, á don Gonzalo dejó la corona de Sobrarbe,

y Ribagorza, y á don Ramiro la de Aragon. De este repartimiento se originaron crueles guerras entre los hermanos, levantándose Aragon contra Navarra, y Leon contra Castilla. Presentó don Bermudo la batalla á su cuñado Fernando cerca de Carrion, y la perdió con la vida.

Reunió entonces en su persona don Fernando primero los reinos de Castilla y Leon, dando con su valor, piedad y prudencia nuevo ser á la monarquía española.

En veinte y ocho años que reinó no despreció oportunidad de abatir á los árabes, ya en Galicia, ya en las dos Castillas, ya en Estremadura y Portugal, haciendo tributarios suyos á los reyes moros de Sevilla, Toledo y Zaragoza, y mereciendo le llamasen emperador á causa del poderoso imperio que llegó á formar de tantos reinos adquiridos por herencia, ó por conquista.

Sobrevino despues grave discordia entre don Fernando y su hermano don Garcia, rey de Navarra, que fundándose en que era el primogénito, alegaba tener derecho á que se le reparase el agravio que habia recibido de su padre en la division de los estados, y á que el rey de Castilla le restituyese varios pueblos. Crecia su orgullo con la victoria que habia ganado de su hermano don Ra-

miro, el rey de Aragon, á quien obligó á huir de su reino; y llegó la desavenencia á terminos de recurrir á las armas los dos hermanos Fernando y Garcia. Avistados ambos ejércitos al pie de los montes de Oca, fueron inútiles las exhortaciones que para aplacar al rey de Navarra emplearon un ayo suyo y un santo abad; si bien el rey de Castilla se manifestó dispuesto á la reconciliacion. Trabóse el combate, y pereciendo con él don Garcia, quedó por don Fernando la victoria. Lloró el piadoso vencedor la muerte del imprudente hermano, y tuvo la generosidad de no apoderarse como podia de la corona de Navarra. Bien al contrario, la puso en las sienas de don Sancho, hijo y heredero del desgraciado don Garcia.

El titulo de emperador que habia logrado don Fernando, escitó algunas quejas de parte de Henrique segundo, emperador de Alemania, que protegido en un concilio de Florencia por el papa aleman Victor segundo, pretendia se declarase feudatario suyo el rey de Castilla y Leon. Entonces fue quando el valeroso y esclarecido caballero Rodrigo, ó Ruiz Diaz de Vivar, á quien despues llamaron el Cid campeador, y que tanto se acreditó por sus hazañas, aconsejó á don Fernando no reconociese dependencia algu-

na del emperador de Alemania; y con un ejército de diez mil hombres, entró por Francia determinado á defender con las armas la libre soberanía de su rey. Después de algunas conferencias que hubo en Tolosa, se decidió y estableció que los reinos de España estaban y debían permanecer exentos de todo reconocimiento al imperio romano-germánico.

Intentaron los moros de Toledo y los de algunas otras comarcas sacudir el yugo castellano; y porque la escasez del real erario no permitía emprender entonces contra ellos nuevas jornadas, la reina doña Sancha con heroica liberalidad franqueó para los gastos de la guerra todo el oro y joyas de su persona. Con este socorro juntó el rey su ejército, y haciendo grande estrago en los sarracenos, los redujo á pagar los acostumbrados tributos, llegó hasta Cataluña y Valencia, y volvió cargado de gloriosos despojos.

Pacificados ya, y estendidos de esta manera tus estados, se dedicó á promover fervorosamente el culto divino; ocupóse en ejercicios piadosos, y falleció en Leon año de mil setenta y cinco, edificando á todos con su muerte.

El tierno cariño que tenia á sus hijos les

obligó, contra lo que pedia la razon de estado, á dividir entre ellos la herencia que los políticos le aconsejaban dejase entera á Sancho su primogénito. A este, pues, declaró rey de Castilla, á Alfonso, rey de Leon, á Garcia rey de Galicia y Portugal, á Urraca dió la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro: division que despues fue causa de sangrientos y perjudiciales debates.

Don Sancho segundo, heredero de Castilla, á quien apellidaron el *fuerte*, concibió desde luego el ambicioso designio de unir á su corona los territorios repartidos entre sus hermanos; pero antes de dar principio á esta empresa se aliaron contra él, Sancho rey de Navarra, y Ramiro rey de Aragon. Hizoles resistencia el de Castilla, ayudándole el Cid Ruy Diaz, hasta que hubo de retirarse el de Navarra, y el de Aragon murió en el combate.

Pasó don Sancho el *fuerte* á Galicia, y desposeyó de aquellos estados á su segundo hermano don Garcia que primero le prendió en una reñida batalla, y despues fue preso por él, y permaneció en prisiones hasta su muerte. la cual acaeció en el siguiente reinado. Marchó luego el mismo don Sancho contra su hermano Alfonso y despojándole del reino de Leon, le obligó á buscar acogi-

da en la corte del rey moro de Toledo. No satisfecha con esto su codicia, determinó hacerse dueño de Toro y Zamora, señoríos de sus hermanas. Conquistó facilmente á Toro; pero halló gran dificultad en apoderarse de Zamora, por la vigorosa defensa que hicieron los vasallos de doña Urraca. Durante el sitio de esta ciudad, un hombre artificioso á quien las historias llaman Vellido Dolfos, salió de Zamora fingiéndose desertor, y ofreció á don Sancho le mostraria un portillo por donde podria darse con buen exito el asalto. Creyóle el rey demasiado ligeramente, y pereció á manos del traidor en ocasion que éste le conducia á reconocer el parage por donde habia supuesto seria facil ganar la plaza.

Levantaron los castellanos el sitio; y con noticia que recibió en Toledo el rey de Leon don Alonso. de la muerte de su hermano don Sancho, partió á Zamora, en donde fue muy bien recibido de todos, y particularmente de doña Urraca. Aclamáronle en Burgos rey de Castilla, de Leon y Galicia. Mas adelante tomó el título de emperador, y le llamaron el *bravo*, á causa de su espíritu guerrero, con cuya prenda juntaba entre otras, la de una gran liberalidad.

Antes de ceñir Alfonso sexto la corona en el año de mil setenta y dos le obligó el Cid á hacer público y solemne juramento de no haber tenido parte en la alevosa muerte del rey don Sancho. Ofendióse Alfonso de que un vasallo le precisase á semejante ceremonia; y anadiéndose á este resentimiento los influjos de algunos cortesanos, envidiosos de la fama que el Cid habia ganado con su estremado valor, perdió aquel célebre capitán la gracia de su soberano, y tardó en volver á ella; mas no por eso dejó de guardarle la mayor lealtad, y de servir con su invencible brazo á la monarquía, siendo el terror de los moros en Andalucía en ambas Castillas, en Aragon y Valencia. Andan en boca de todos las proezas de este insigne varón, celebradas en verso y prosa; y aunque es cierto que las oímos desfiguradas con innumerables fábulas, fueron realmente superiores á todo elogio.

Reconocido Alfonso á los favores que habia recibido de Almenon, rey de Toledo, mientras permaneció refugiado en su corte, le dió auxilio contra el rey de Córdoba; y por no faltar á la fiel gratitud que le debia, suspendió la conquista de Toledo hasta que murieron Almenon y su hijo. Entonces sitió aquella capital; y despues de varios cu-

cuentros y asaltos tenazmente repetidos durante el largo cerco, la rindió en el año de mil ochenta y cinco con auxilio del valiente Cid, y prosiguió conquistando muchas importantes plazas de las cercanías y jurisdicción de Toledo hasta formar una nueva provincia, conocida con el nombre de Castilla la Nueva.

Hizo á Toledo arzobispado, y^o le declaró primado de las iglesias de España. Poco despues abolió el uso del rezo divino gótico, introduciendo el romano que se fue estendiendo de la iglesia de Toledo á las demas de España.

Dedicóse don Alfonso á redificar y poblar á Salamanca, Avila, Segovia, Osma, y otras ciudades, siendo esta una de las providencias mas útiles de su reinado. como que importa mucho mas al bien del reino y al de la humanidad una aldea que se puebla, que una provincia que se conquista destruyéndola.

A este rey sobrevinieron bastantes desgracias, y algunas por culpa suya. Estaba casado de terceras nupcias con Zaida, hija de Benabet, rey moro de Sevilla, la cual despues de convertida tomó el nombre de Isabel. Rendido Alfonso á las instancias de su suegro, y de su esposa escribió á Tefin ó Texu-

fin, rey de los moros almorabides en Africa, para que pasase con tropas á España. Aspiraba Benabet á valerse de aquel socorro para hacerse dueño de los reinos que poseian en España los agarenos, mientras el rey de Castilla se prometia sacudir el yugo árabe, uniendo sus fuerzas con las de Benabet y Tefin, ambos se engañaron; porque habiendo enviado Tefin con un poderoso ejército de almorabides á su general Hali, este, lejos de unirse con Benabet, volvió contra el las armas, le venció y dió muerte en un combate, y se apoderó del reino de Sevilla. Acudió mucha morisma á alistarse bajo las banderas de Hali, el cual se intituló Miramolin, ó príncipe supremo de los mahometanos en España, y entrando en el reino de Toledo, empezó á llevarlo todo á fuego y sangre.

Conoció entonces don Alfonso el grave yerro que habia cometido, y procuró enmendarle, oponiéndose á los bárbaros, mas perdió dos batallas. Marchó tercera vez contra Hali, y logró preciserle á encerrarse en Córdoba, y á rendirse con obligacion de pagar por entonces una crecida suma, y despues un tributo anual á Castilla.

Tefin con nuevo ejército de almorabides pasó á España determinado á reprimir la in-

solencia del rebelde Hali, y perseguir de camino á los cristianos. Tuvo la fortuna de conquistar á Sevilla y á Córdoba, prendió á Hali, y lo mandó degollar. Pero el emperador don Alfonso juntó sus fuerzas contra los moros, y los precisó á huir de Castilla, volviéndose Tefin á Africa.

Por este tiempo don Sancho rey de Aragon tenia sitiado al rey moro de Huesca en su misma capital; y don Alfonso, envidioso al parecer de las gloriosas conquistas del rey de Aragon, tuvo la debilidad de enviar tropas en socorro del de Huesca; mas hubieron de rendirse maltratadas. Muerto don Sancho de un flechazo, su hijo el rey don Pedro alcanzó de los infieles una completa y memorable victoria en la llanura de Alcoraz.

Falleció Tefin, y sucedióle un rey llamado Hali, que vino á España con grueso ejército, y llegó hasta el mismo Toledo, causando horroroso estrago, sin perdonar ni aun á los niños y mugeres, talando los campos y saqueando las ciudades. En esta consternacion alistó nuevas tropas el emperador don Alfonso, y no pudiendo mandarlas por su vejez y achaques, puso á la frente de ellas al infante don Sancho su hijo, aunque de tierna edad. A este acompañaban siete condes, y el principal de ellos el valeroso don Garcia,

conde de Cabra. Trabóse la batalla con furor cerca de Ucles, y declarándose la victoria por los enemigos, que eran muchos, murió el infante, á pesar del esfuerzo con que peleo don García por defenderle.

Perdida esta batalla, que las historias llaman de los *siete condes*, y entregado don Alfonso al mas vehemente dolor por la muerte de su único hijo, volvió á juntar soldados, y acaudillándolos, no obstante su avanzada edad, dió sobre la morisma y la rechazó primero hasta Córdoba, y despues hasta Sevilla, recogiendo preciosos despojos y muchos cautivos. Acometió luego á los moros de Zaragoza; pero faltándole la salud, se retiró á Toledo; y sus generales, que continuaron la guerra, ganaron á Cuenca y Ocaña.

El Cid Ruid Diaz despues de haber conquistado á Valencia. murió en el año de mil noventa y nueve, y el emperador don Alfonso en el de mil ciento y ocho, heredando la corona su hija doña Urraca.

LECCION VIII.

Série de los reyes de Castilla y Leon, hasta don Fernando Tercero el Santo.

Antes de entrar á referir los sucesos del rei-

nado de doña Urraca, conviene para la claridad de nuestra narracion esplicar brevemente los matrimonios y sucesion del emperador don Alfonso sexto. Su primera muger legitima fue doña Ines; la segunda doña Constanza, madre de la reina doña Urraca; la tercera doña Berta, que dicen era toscana la cuarta Zaida, la hija del rey moro de Sevilla, y madre del infante don Sancho que murió en la batalla de *los siete condes*; la quinta doña Isabel de Francia; y la sesta doña Beatriz.

De otra noble señora llamada Jimena, que segun unos fue legitima muger, y segun otros amiga del emperador, tuvo una hija llamada doña Teresa, que casó con don Enrique de Borgoña en el año de mil noventa y cinco, llevando en dote el condado de Portugal. Este don Enrique y doña Teresa fueron padres de don Alfonso, que (como despues veremos) se hizo rey de aquel estado.

Habia tenido doña Urraca de su primer esposo el conde don Ramon de Borgoña un hijo, que despues fue el emperador don Alfonso séptimo, y de segundas nupcias estaba casado con Alfonso primero rey de Aragon y Navarra, llamado el *batallador*. Desde el año de mil ciento y nueve en que empezó á reinar doña Urraca, hasta el de mil

ciento veinte y seis en que murió, no se vió libre de turbaciones el estado. Parece que debia ser esta la época en que reuniéndose las coronas de Aragon , Navarra , Castilla, Leon y Galicia , habia de formarse un poderoso y pacífico imperio que afianzase la felicidad de España; pero la providencia lo dispuso de otro modo. El poco recato de doña Urraca escito el resentimiento de su marido; y divididos los dos consortes, se dividió tambien en facciones el reino. Puso el rey á su esposa en un castillo, divorciándose de ella públicamente, con pretesto de ser nulo el matrimonio á causa del parentesco que entre ambos habia. Destruyéronse en lastimosa guerra unos á otros los castellanos y aragoneses; y alzaron rey los gallegos al infante don Alfonso, ayudados de muchos caballeros castellanos y leoneses, hasta que al cabo de largas disensiones y sangrientos combates, en que padecieron infinito los miserables pueblos, cedió el rey de Aragon, declarando rey de Castilla á su hijastro don Alfonso, el cual casó con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona.

A los disturbios entre el rey de Aragon y doña Urraca, se siguieron otros entre ésta y su hijo don Alfonso, que se disputaban la corona. Varias veces se reconciliaron; pero

nunca sólidamente, hasta poco antes de morir la reina.

Convirtieron al fin sus armas los príncipes cristianos contra los moros. Alfonso de Aragón ganó de ellos repetidas victorias, que justamente le adquirieron el renombre de el *batallador*; y Alfonso el de Castilla, destruyéndoles los reinos de Sevilla y Córdoba, puso por términos de su imperio la Sierra Morena. Después de muerta su madre doña Urraca, continuó todavía con mas vigor la guerra contra los infieles, tomándoles innumerables plazas y castillos, y llegando con sus armas hasta Almería en la costa de Granada, de cuyo puerto se apoderó.

Uno de los acaecimientos mas notables del reinado de don Alfonso el séptimo, llamado por escelencia el *emperador*, fue la revolucion acaecida en Portugal. Alfonso hijo de don Enrique y de doña Teresa, poseedor de aquel condado fue proclamado por sus tropas rey de Portugal en el año de mil ciento treinta y nueve; y habiendo vencido á cinco reyes moros, eligió por blason cinco escudos pequeños, que hoy llamamos *quinas*, en memoria de los cinco estandartes reales que tomó en aquella batalla. De aquí traen su origen los monarcas de Portugal, que desde entonces empezaron á gobernar

con independenciam de los de Castilla.

El valiente y piadoso emperador don Alfonso hubiera sin duda alguna espelido de España á los sarracenos, si las desavenencias con los reyes de Aragon y Navarra no le hubiesen distraído frecuentemente en guerras particulares, cuyos varios y complicados accidentes merecen narracion separada, no compatible con la brevedad de este compendio.

Murió aquel esclarecido principe en mil ciento y cincuenta y siete, dejando los reinos de Castilla á su primogénito Sancho tercero (llamado el *deseado*) y los de Leon y Galicia á Fernando, su hijo menor, que entre los reyes de Leon fue segundo de aquel nombres.

De esta division resultaron funestas discordias entre los monarcas cristianos, y de ellas se aprovecharon los infieles para recuperar las pérdidas que iban acelerando su ruina. Don Sancho, rey de Navarra, empleó entonces sus armas contra el de Castilla, y el de Leon; pero éstos le escarmentaron en dos batallas.

Reinó don Sancho tercero de Castilla poco mas de un año, y en su tiempo tuvo principio la orden militar de Calatrava. La de Santiago, no menos ilustre, empezó mucho

antes según algunos autores ; pero otros con mayor verosimilitud la creen algo posterior á la de Calatrava. Lo cierto es que su instituto no fue aprobado hasta el año de mil ciento setenta y cinco. De la de Calatrava dimanó como filiacion suya la de Alcántara ; y las tres, según su loable instituto se distinguieron á porfía, sirviendo á la cristiandad contra los moros en aquel siglo, y en los siguientes, ejemplo que imitó despues la orden de Montesa, instituida en Valencia por el rey don Jaime segundo de Aragon en mil trescientos diez y siete.

Al morir don Sancho el *deseado* dejó de edad de tres ó cuatro años á su hijo Alfonso, que despues fue rey de Castilla, y octavo de éste nombre en ella. Muchos grandes del reino, y particularmente de los dos linages de Castro y de Lara, se disputaron el gobierno de la monarquía en la menor edad de Alfonso ; y su tio el rey don Fernando segundo de Leon en medio de aquellas turbulencias se apoderó de las principales ciudades de Castilla ó con nombre de gobernador de los reinos de su sobrino, ó como hijo del emperador don Alfonso septimo. Por otra parte don Sancho, rey de Navarra se hizo dueño de Logroño y otros pueblos de la Rioja, y toda Castilla ardía en parcialidades.

Ultimamente algunos leales del rey don Alfonso octavo , y señaladamente los de Avila, que desde su tierna infancia le habian criado y defendido en aquella misma ciudad, le proclamaron soberano antes que cumpliese los once años. Lleváronle por varios pueblos de Castilla, los cuales le recibieron con gran fidelidad y júbilo, porque las amables prendas del nuevo rey se conciliaban las voluntades de todos , tanto que por su clemencia y generosidad fue apellidado el *bueno* y el *noble*.

Entrando Alfonso en la mayor edad, y dueño ya de Toledo y otras ciudades de Castilla, acudió á vengar los agravios que su corona habia recibido de los reyes de Leon y de Navarra. Marchó con su ejército á la Rioja; y despues de castigar á los navarros , fue contra Leon, talando los campos, abrasando y saqueando los lugares del rey su tio. Recobró luego á Cuenca, que estaba en poder de moros; y por evitar nueva guerra con el rey de Aragon, tuvo la prudencia de entregarle el pueblo y castillo de Ariza.

Poco despues, con motivo de haber el rey don Fernando de Leon reedificado á Ciudad-Rodrigo, movió las armas contra él, su suegro don Alfonso, rey de Portugal. Vencióle don Fernando en una batalla, y quiso don Alfonso

despicarse acometiendo á Badajoz , que si bien era ciudad de moros, estaba á devocion de don Fernando. No tardó éste en oponerse al rey de Portugal , y rindiéndole segunda vez , le hizo prisionero ; pero le trató con singular humanidad : mandó le curasen las heridas que habia recibido en la accion , y le puso en libertad , sin exigir del vencido mas que la restitucion de algunos lugares que le habian tomado en Galicia. No contento con este proceder tan heroico , le socorrió despues, cuando los moros le tenian sitiado en Santaren, derrotando al mismo tiempo á los infieles ; generosidad tanto mas admirable quanto aquel monarca portugués era el que se habia rebelado contra el padre del mismo don Fernando. Murió el rey de Leon en mil ciento ochenta y ocho, y heredó aquella corona su hijo don Alfonso el nono.

Al cabo de algunos años marchó el rey de Castilla don Alfonso octavo á contrarestar el impetu de un formidable ejército de moros que amenazaba al reino de Toledo. Los castellanos no quisieron esperar á que llegasen las tropas auxiliares de Leon y de Navarra, por ganar ellos solos la gloria y las ventajas del triunfo ; pero luego pagaron su demasiada intrepidez, porque dándose la batalla cerca de Alárcos, fueron enteramente vencidos por

la muchedumbre de los árabes, y estos corrieron la tierra de Toledo, causando lastimosos daños. Muchos atribuyeron entonces aquella fatal derrota á particular castigo del cielo por la ilícita pasión y trato del rey con una hermosa judía, á quien se habia entregado escandalosamente; y así, algunos grandes del reino se arrojaron á darla muerte dentro del mismo palacio. A este golpe que recibió el rey se siguieron las nuevas irrupciones de los infieles en Castilla, el hambre, la peste, y las correrías que hicieron en sus estados los reyes de Leon y Navarra. Con tales desgracias volvió sobre sí Alfonso octavo; y empleando su valor en defensa de la patria, y su prudencia en los cuidados del gobierno, lavó las manchas que con los pasados extravíos, y con la derrota de AlárcoS habia padecido su buena opinion.

Apenas espiró la tregua de diez años que se habia visto obligado á pactar con los moros resolvió dirigir vigorosamente sus armas contra ellos, á cuyo fin trató de establecer pacífica alianza con los reyes don Alfonso de Leon, don Pedro de Aragon, y don Sancho de Navarra. Coligáronse estos principes, y dió calor á la empresa con sus piadosas exhortaciones, y eficaces diligencias el arzobispo de Toledo don Rodrigo Jimenez de Rada,

vieron de gran virtud, zelo, prudencia y sabiduría; y yo autor de una apreciable crónica de España; y yo el mismo arzobispo de Toledo.

Ademas de las tropas de Aragón y Navarra mandadas por sus dos reyes, se incorporaron con las de Castilla algunas que enviaron el de León y el de Portugal; y aun vino de Francia y otros países estrangeros gran número de caballeros con sus gentes de á pie y á caballo, bien que la mayor parte de ellos se retiró antes de la batalla. Dióse ésta contra todo el poder de los moros en las Navas de Tolosa al pie de Sierra Morena día diez y seis de julio de mil doscientos y doce, y peleándose con imponderable valor, quedó por los cristianos la victoria; en recuerdo de cuya felicidad celebra desde entonces la iglesia de España en aquel día una fiesta con el nombre de *triumfo de la Santa Cruz*.

Rompió el rey de Navarra las cadenas que defendian los reals del Miramamolín de los árabes; y para memoria de aquella acción puso en el escudo de sus armas unas cadenas. El número de combatientes fue por ambas partes el más breuido que jamás habia llegado á pintarse en España. El de los sarracenos que murieron en el combate subió á cien mil; y á sesenta mil el de los prisioneros, no faltando quien diga hubo muchos mas de los

unos y de los otros. Lo que mayor admiracion causa y se haria increíble, sino lo atestigüase el mismo arzobispo don Rodrigo, que se halló en la batalla, es que de los nuestros solo pereziesen veinte y cinco. Tomaron los cristianos á Ubeda y otras importantes plazas; y dos años despues de haber domado con tan memorable triunfo la soberbia mahometana, murió el rey de Castilla don Alfonso octavo, dejando inmortal fama de sus hazañas militares.

Sucedióle su hijo don Enrique primero, que solo tenia once años, y apenas reinó tres, habiendo muerto desgraciadamente de la herida que recibió en la cabeza por la caída de una teja. Cuidó del gobierno del reino, y de la tutela de don Enrique su hermana doña Berenguela, esposa del rey de Leon don Alfonso el nono; desempeñando acertadamente ambos cargos, que despues cedió á los condes de Lara, casa de gran poder y mando en aquellos tiempos.

Antes de divorciarse doña Berenguela del rey don Alfonso, á causa ó con pretesto del cercano parentesco, habia tenido de él, entre otros hijos, al infante don Fernando. Crióle á sus pechos, educóle con singular esmero, instruyéndole en las mas saludables máximas asi cristianas como políticas. Renunció

su favor el reino que de justicia le pertenecía, y le hizo oclamar rey de Castilla en mil doscientos diez y siete, aunque se pusieron á ello su padre don Alfonso y el conde de Lara don Alvaro Nuñez.

Animado el rey don Fernando tercero del piadoso y guerrero espíritu que aprendió en la heroica escuela de su madre, empezó á señalarse en la guerra contra los infieles.

Entretanto don Jaime primero de Aragón conquistó el reino de Valencia, y por las muchas victorias que alcanzó de los moros, llegó á merecer el renombre de el *conquistador*.

El rey de Leon don Alfonso el nono despues de haber ganado á Badajoz, Mérida y casi toda la Estremadura, falleció en mil doscientos y treinta; y aunque en su testamento dejó los reinos de Leon y Galicia á dos infantas, hijas de su primer matrimonio, olvidándose de su hijo don Fernando á quien nunca tuvo afición, pasó este á la ciudad de Toro, y los leoneses le reconocieron por su legítimo soberano. Con el derecho que le asistia, y con los prudentes y pacíficos medios que usó, de acuerdo con su madre doña Berenguela, reunió felizmente las dos coronas de Castilla y Leon, las cuales no han vuelto á separarse desde entonces.

Hizo don Fernando memorable su reinado

por las eminentes virtudes, que despues de haberle grangeado el dictado de *santo*, le hicieron digno de que como tal se le venere en los altares. Dió principio á la suntuosa fábrica de la iglesia metropolitana de Toledo, con ayuda del arzobispo don Rodrigo, y dejó otros muchos monumentos de su consumada piedad.

Los de su valor fueron igualmente insigu- nes y repetidos. La conquista de Ubeda, la del reino de Cordoba, y la voluntaria rendi- cion de Murcia, la entrada que hizo por el reino de Jaen, avasallando al rey moro de Baeza, el tributo que impuso al rey de Gra- nada, y últimamente el célebre sitio de Se- villa, y la gloriosa conquista de aquella ca- pital y demas pueblos de su dependencia, aseguraron á san Fernando la admiracion y eterno reconocimiento de los españoles, que jamas han obedecido á rey mas virtuoso, esforzado y benigno.

Francia tenia al mismo tiempo la fortuna de ser gobernada por san Luis, primo her- mano de san Fernando, como hijo que era de doña Blanca, hermana menor de doña Berenguela, de suerte que dos grandes rei- nas dieron entonces á dos grandes estados dos reyes igualmente santos.

Meditaba san Fernando pasar con sus

triumfantes armas á Africa, deseoso de aniquilar el imperio de marruecos, cuando Dios dispuso de su vida, y le llevó para sí en el año de mil doscientos cincuenta y dos. Se cree fue este ilustre soberano quien fundó el consejo de Castilla, poniendo en él doce magistrados, y dándoles el difícil y utilísimo encargo de ordenar el código de las leyes reales llamadas las *siete partidas*, bien que no se acabó esta insigne obra, ni tuvo su debida perfección hasta que reinó don Alfonso el sabio.

Trasladó á Salamanca la universidad que su abuelo don Alfonso octavo, trayendo de Italia y Francia los mas hábiles literatos, y recompensándolos liberalísimamente, habia establecido en Palencia, é incorporó aquellas escuelas con las que el rey de Leon don Alfonso el nono habia fundado en la misma ciudad de Salamanca.

Diez hijos de dos matrimonios dejó el bienaventurado monarca san Fernando; y el primogénito que era don Alfonso décimo, apellidado despues el *sabio*, empuñó el cetro de Castilla y Leon.

LECCION IX.

Serie de los reyes de Castilla y Leon , hasta don Alfonso el onceso.

Meració Alfonso décimo el dictado de *sábido* por la señalada proteccion que concedió à las ciencias , y por la inteligencia que en ellas tenia. Son pruebas de su estudiosa aplicacion las tablas astronómicas que llevan el nombre de Alfonsinas por haberlas él dispuesto con ayuda de los mejores astrónomos de aquella era, como tambien una crónica general de España en cuya composicion tuvo mucha parte, cuando no se quiera decir que es toda suya. Pero lo que ha dado mayor celebridad à su gran talento es la continuacion y conclusion de la obra de las *siete partidas* empezadas à recopilar en tiempo de su padre don Fernando el santo; libro precioso, y del número de aquellos pocos que immortalizan la fama de una nacion. Debíó mucho à este príncipe la lengua castellana; pues ademas de haberla ilustrado con su pluma, mandó se usase en todos los decretos y privilegios reales, y en las escrituras públicas que antes se escribian en latin. Igualmente

hizo traducir al castellano los libros de la escritura sagrada.

Fue electo emperador de Alemania por el alto concepto que de sus prendas tenían los electores, no menos que por ser nieto del emperador Felipe, suegro de san Fernando. Mas temeroso de abandonar los reinos de España en que las sublevaciones de los moros, y las de muchos magnates ó ricos-hombres ocasionaban peligrosas turbulencias, no pudo acudir con tiempo á tomar posesion del trono imperial, y por consiguiente fueron iuútiles los esfuerzos que despues hizo para conservar su derecho.

Asi como en vida de su padre el rey san Fernando babia ya dado muestras de valor y conducta militar, particularmente durante el sitio y conquista de Sevilla, las dió no inferiores cuando ya reinaba, ganando á los moros no solo las ciudades de Jerez de la Frontera, Medina-Aidonia y san Lucar, con otros pueblos de Andalucía que habian vuelto al poder de aquellos infieles, sino tambien el reino de los Algarbes, parte del cual cedió en dote á su hija doña Beatriz que casó con don Alfonso tercero de Portugal. Reprimió á los moros rebeldes de Granada; y entre tanto su sugro, y aliado del rey de Aragon don Jaime el conquistador, le entregó la

ciudad y reino de Murcia que acababa de quitar à los sarracenos, quedando asi unidos à la corona de Castilla aquellos estados, cuyo príncipe Hudiel se habia eximido del vassallage prestado voluntariamente al rey san Fernando.

Fue don Alfonso el sábio naturalmente espléndido y generoso; y lo acreditó cuando pidiéndole su prima Marta, emperatriz de Constantinepla, la tercera parte de una exhorvitante suma que necesitaba para el rescate de su esposo Balduino, cautivado por el soldan de Egipto, la dió aquella cantidad por entero: liberalidad que muchos vituperaron entonces como escesiva.

Á pesar de toda su sabiduría, valor y demas sobresalientes cualidades, estuvo don Alfonso muy lejos de ser feliz. A lemas de que sus vasallos se le mostraron desafectos en varias ocasiones, y creyeron tener motivos para rebelarse y perseguirle, su propio hijo don Sancho, cognominado el *bravo*, con ausilio de muchos nobles malcontentos se hizo aclamar soberano, y movió una fatal guerra civil, en que le ayndó el rey de Granada. No bien serenada aquella tempestad, mas que con armas, con negaciones y convenios sobrevino la desgracia de haber pasado á España un numeroso ejército de árabes

que confederados con los de acá, talaron los campos de Andalucía, y salieron victoriosos de los cristianos en dos combates.

Falleció en aquella sazón el infante don Fernando, llamado de la *cerda* por haber nacido con una cerda ó pelo muy largo en las espaldas. Era hermano mayor de don Sancho; y entonces renovó éste sus pretensiones á la corona, que ya juzgaba le pertenecía, sin embargo de haber dejado dos hijos el infante de la cerda. Juntáronse cortes en Segovia, y allí se vió precisado el rey don Alfonso á nombrar sucesor suyo á don Sancho, pidiéndolo así la tranquilidad del reino.

No contento el nuevo heredero con la esperanza de reinar, deseaba subir al trono en vida de su padre. Para este fin supo granjear con mercedes las voluntades de los principales señores, y en nombre de ellos por sentencia pronunciada públicamente se declaró al rey don Alfonso privado del cetro.

Después que con este sensible y extraordinario reves de la fortuna se vió aquel monarca abandonado de todos, menos de la ciudad de Sevilla que se mantuvo fiel, llegó al abatido extremo de tener que implorar el socorro de su propio enemigo el rey de marrocos, á quien pidió dineros prestados, enviándole en prendas su real corona, que ora

de mucho valor. Vino á España el rey de marruecos, y sitiò en Córdoba á don Sancho; pero hubo de alzar el cerco, y contentarse con hacer algun daño en las tierras comarcanas, sin sacar don Alfonso otro fruto de aquel socorro, y sin quedarle mas recurso ni desahogo que echar su grave maldicion al rebelde hijo.

Al cabo de tantas adversidades murió el rey don Alonso por los años de mil doscientos ochenta y cuatro; y en su testamento dejó por heredero á su nieto don Alfonso de la Cerda.

Sin embargo de tal disposicion, y en medio de la variedad de opiniones que habia sobre el legítimo derecho á la corona, prevaleció el partido del rey don Sancho, á quien llamaron el *bravo* por aquel valor suyo que participaba alga de ferocidad. Casó con doña Maria, hija de don Alfonso, señor de Molina, y nieto de don Alfonso el sabio, por medio de cuya alianza incorporó á la corona el señorío de Molina.

Habiendo ganado de los moros la villa de Tarifa, confirió el gobierno de ella á don Alonso Perez de Guzman el bueno progenitor de los duques de Medina-Sidonia, el cual defendió vigorosamente aquella plaza en el cerco que la pusieron los sarracenos, man-

dados por el infante don Juan, hermano del rey. Cayó en poder de los sitiadores un hijo de don Alonso; y ellos, para obligarle á rendirse, le amenazaron con que degollarían al hijo; pero el padre, lejos de intimidarse por tan dura proposición, arrojó desde la muralla un cuchillo para que se ejecutase el sangriento sacrificio, antes que faltar á la obligación de defender la plaza. Retiróse á comer; y oyendo luego los gritos que daban los soldados al ver degollar bárbaramente al niño, acudió á saber la causa, y dijo con increíble serenidad: “ Pensaba que habían entrado en la ciudad los enemigos: “ muestra de magnanimo patriotismo la mas señalada que se lee en las historias. Por ella conocieron los bárbaros adonde llegaba la intrepidez de Guzman el bueno; y desconfiados de conquistar plaza que tal defensor tenia, levantaron el sitio y se volvieron á Africa.

En el año de mil doscientos noventa y cinco falleció el rey don Sancho, despues de haber experimentado su reino gravísimas discordias ocasionadas por varios príncipes que con derecho, ó sin el, aspiraban á la monarquía.

Dejó por sucesor en ella á su hijo don Fernando cuarto, en cuya menor edad go-

berno su madre doña María, muger de elevado espíritu, y no menos dotada de virtud que de prudencia. Bien necesitó la reina valerse de una y otra para resistir á las poderosas facciones que escitaron contra su hijo y contra ella misma, ya el infante don Alfonso de la cerda, protegido de los reyes de Francia, de Aragon y de Granada; ya el infante don Juan, el que sitió á Tarifa, y que se intitulaba rey de Leon; ya don Enrique, tio del rey, que pretendia la regencia del reino; y ya finalmente las nobles casas de Haro y de Lara. Estos diversos bandos tan presto se hacian mútua guerra, tan presto se aunaban contra el monarca; sin que ninguno de los parciales aspirase á otra cosa que á engrandecer sus propios dominios en daño comun del estado. Multiplicábase los excesos públicos y particulares: odios, asesinatos, robos, todo era licito.

El hambre, la peste y enfermedades que padecian las tropas abanderizadas, dieron lugar á la reina de apaciguar con industrias de buena politica el ambicioso furor de los faccionarios. A los nobles sublevados contentó con cederles algunos pueblos ó territorios, y aplacó al rey de portugal don Dionisio, que favorecia al infante don Juan, ajustando las bodas del rey don Fernando de

Castilla con doña Constanza, hija del mismo don Dionisio, y las de don Alfonso, hijo y sucesor de éste con doña Beatriz, hermana del propio don Fernando. Los reyes de Aragón y Portugal, nombrados jueces árbítrós en las disensiones del infante de la cerda con el rey de Castilla, sentenciaron que el infante renunciase sus pretensiones á la corona, y que se diese por indemnizado con la cesion que se le haria de algunas tierras y lugares.

Luego que llegó don Fernando á edad de tomar las riendas del gobierno, supo ganar con afabilidad y clemencia los corazones de sus vasallos, perdonando generosamente á los delincuentes. En la guerra contra los moros, recogió el fruto de sus expediciones, conquistando algunas plazas de Andalucía, y entre ellas á Gibraltar.

A este rey llamaron el *emplazado*, porque habiendo hecho dar muerte sin suficiente probanza á dos hermanos del apellido de *Carvajal*, iniciados de haber cometido un asesinato, ellos le citaron y emplazaron con término de treinta dias ante el tribunal de Dios para que diese cuenta de la pena capital á que injustamente los condenaba. Verificóse puntualmente la muerte del rey á los treinta dias, y era difícil que el pueblo atri-

buyese á mera casualidad tan notable acontecimiento.

Sucedió á don Fernando cuarto en mil trescientos doce su hijo don Alfonso onceno en edad de poco mas de un año, bajo la tutela de su abuela la reina doña Maria, y de los infantes don Juan y don Pedro sus tíos.

Muriendo estos desgraciadamente en una batalla dada contra los moros de Granada, se renovaron los funestos debates sobre la regencia del reino. Falleció despues la insigne reina doña Maria y don Alfonso, que entrando en la mayor edad, empezó á gobernar por si, serenó las inquietudes que duraban en sus estados, valiéndose á veces del rigor, y á veces de la sagacidad y templanza.

Emprendió muy de veras la guerra contra los mahometanos; y señaló su reinado con la toma de Algeciras, y con una insigne victoria que consiguió cerca de Tarifa, á orillas del rio salado, en que se dice perecieron mas de doscientos mil infieles, y solo veinte de los cristianos: particularidad muy semejante á la que refieren de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los crecidos gastos de aquellas grandes expediciones obligaron á imponer sobre los géneros vendibles el tributo llamado *Alcabala*, conviniendo casi todas las ciudades de Es-

paña en satisfacer esta contribucion, necesaria entonces para la defensa del reino.

Mientras don Alfonso tenia puesto sitio á Gibraltar, que ya habia vuelto á poder de los moros, acometió á su ejército una terrible peste, y en ella murió el rey mismo, año de mil trescientos y cincuenta.

Este monarca, conocido con el renombre de *justiciero*, fue quien dió públicamente autoridad y fuerza á las leyes de las *siete partidas*, recopiladas por su visabuelo don Alfonso el sabio.

LECCION X.

Serie de los reyes de Castilla y Leon hasta don Juan el primero.

Los principios del reinado de don Pedro primero, ó por mejor decir, único de este nombre entre los reyes de Castilla y Leon, hijo sucesor de don Alfonso el último, fueron no menos turbulentos que los de su padre y de su abuelo. Empezó á gobernar antes de los diez y seis años, y á descubrir desde entonces inclinacion á los excesos con que despues obscureció la fama que por algunas buenas prendas merecia. No habiendo sabido refrenar los impulsos de su genio de

masiadamente rigoroso, adquirió con unos el dictado de *cruel*, y con otros el de *justiciero* (como su padre) por los frecuentes y severos castigos que mandó ejecutar.

En consideracion á los motivos que para ellos tuvo, no faltan historiadores que le defiendan y disculpen; pero seria desmentir á otros muchos para negar las muertes violentas, las prisiones, destierros y confiscaciones de bienes que en su reinado padecieron varios personajes, asi eclesiásticos como seculares. Acrimínale con especialidad la muerte de sus hermanos los infantes don Juan, don Pedro y don Fadrique, maestro de Santiago, la de doña Leonor de Guzman, dama de don Alfonso el onceno, la del rey *Bermejo* de Granada (que á la verdad habia quebrantado las treguas pactadas con Castilla;) y aun la de doña Blanca de Borbon, esposa del mismo don Pedro, á quien abandonó por dejarse arrastrar ciegamente del amor de una señora llamada doña Maria Padilla.

A la opinion del *cruel* en que generalmente se ha tenido á este príncipe, se le agregó la de incontinente y codicioso, no obstante que sus defensores sospechan que el rey don Enrique su hermano, que le sucedió despues de haberle quitado la vida, procuró desacre-

ditarle con hacer se le imputasen en su crónica tales vicios, exagerando artificiosamente los hechos.

Bien fuese por la dureza de la condicion de don Pedro, ó bien por la inquieta ambicion y poco sufrimiento de sus vasallos mas principales, ardió el reino en disensiones y guerras civiles, no siendo de las menos porfiadas y sangrientas la que tuvo con el rey de Aragon, llamado tambien Pedro, denominado igualmente el *cruel*.

Don Enrique, conde de Trastamara, y don Tello, señor de Vizcaya, hermanos, bien que bastardos, del rey don Pedro de Castilla, deseosos de vengar la muerte de su madre doña Leonor de Guzman, y otras violencias, se coligaron con un gran número de malcontentos, y tomaron las armas contra su hermano.

Hízose dueño don Enrique de algunos pueblos, y se coronó rey en Burgos; pero don Pedro, como mas poderoso, le venció en una batalla dada cerca de Nájera, y le obligó á refugiarse á Francia. Volvió el conde de Trastamara con socorro de tropas que allá obtuvo, y atravesando por Cataluña y Aragon, entró en Castilla con la fortuna de que muchas ciudades siguiesen su partido, y de que la de Leon se rindiese á sus armas.

Puso cerco á Toledo, y marchando desde allí al encuentro del rey don Pedro, le alcanzó en Montiel, villa de la Mancha. Pelearon los ejércitos de los dos hermanos, y despues de quedar la victoria por don Enrique, logró éste haber á las manos al rey don Pedro, que habia salido una noche del castillo de Montiel en donde estaba refugiado con algunos de los suyos, y le quitó violentamente la vida.

Por medio de tan arrojada accion entró á reinar don Enrique segundo en mil trescientos sesenta y nueve; y casi todos los vasallos de su hermano, incluso los de Toledo, le prestaron voluntaria obediencia. Llegó á ser generalmente bienquisto á causa de su afable condicion, y de la inexhausta liberalidad con que supo recompensar no solo á los suyos, sino á los estraños que le acompañaron y sirvieron en sus empresas. Llamábanle don Enrique de las *mercedes* por las muchas que hizo; y él mismo, conociendo que habian sido escesivas, ordenó en su testamento que solamente las disfrutasen los sujetos á quienes las concedió, y sus legítimos descendientes por línea recta; pero que faltando estos, volviesen á la real corona dichas mercedes, que todavia conservan en Castilla el nombre de *enriqueñas*.

El crítico estado de España no permitia á don Enrique gozar tranquilamente la corona. Tenian pretensiones á ella don Fernando, rey de Portugal, viznieto de don Sancho el *bravo*, y el duque de Alencastre, esposo de la hija primogénita del rey don Pedro. Todavía no se habia entregado Carmona, en donde estaban los infantes, hijos de este soberano; y por otra parte el rey de Aragon y el de Navarra empezaban á cometer hostilidades en tierras de Castilla, como en las de Andalucía el rey moro de Granada. Á todo acudió don Enrique, acreditando su diligencia y talento político; porque ajustó con el moro un armisticio, indispensable en aquellas circunstancias, y convirtió sus fuerzas de mar y tierra contra el rey de Portugal, dueño ya de Zamora, y de varios pueblos de Galicia que le reconocian por soberano. Desalojóle de ellos, tomó á Braga y Braganza; y destruidas no pocas poblaciones portuguesas, redujo á su competidor á aceptar la paz. Sitió á Carmona, y rindiéndola por hambre, á pesar de su vigorosa resistencia, prendió á los hijos del rey don Pedro.

Los portugueses, que renovaron la guerra quedaron segunda vez abatidos, hasta que terminadas las diferencias, se concertaron los desposorios de don Sancho, hermano del rey

de Castilla, con doña Beatriz, hermana del de Portugal, y de doña Isabel, hija natural de éste, con el conde de Gijon don Alfonso, hijo bastardo de don Enrique.

Igualmente se compusieron las discordias con el rey de Navarra, pactándose la restitucion de Logroño y Vitoria á la corona de Castilla, y las bodas de doña Leonor, hijo de don Enrique, con don Carlos, hijo del de Navarra.

Aunque despues se turbó por algun tiempo esta paz, volvió á consolidarse; y las condiciones fueron ventajosas para don Enrique, como que por su poder y diestra política era casi siempre suya la superioridad, y el arbitrio de imponer la ley á sus contrarios.

Las desavenencias con el rey de Aragon tuvieron dichoso fin, mediante el matrimonio de su hija doña Leonor con el infante don Juan, que en adelante fue rey de Castilla; y don Enrique afianzaba tan completamente la quietud de su reino, se aplicó á gobernarle con sabias providencias, restableciendo el orden y buenas costumbres, no menos que la disciplina militar, con lo cual se grangeó nuevamente la estimacion y respeto de los vasallos.

Por fallecimiento de su hermano don Tello, señor de Vizcaya, incorporó aquel se-

riorio en la corona, dejando esta memoria mas de la fortuna de su reinado.

A la Francia, que le habia ayudado á subir al trono, dió fieles muestras de reconocimiento, pues acudió con sus tropas en la guerra que aquella potencia seguia contra los ingleses; pero durante el cisma que alteró el sosiego de la iglesia, cuando se dividieron las naciones católicas sobre la obediencia al Papa Urbano sexto, que gobernaba en Roma, ó á Clemente séptimo que residia en Aviñon con aprovacion y valimiento de los franceses, tuvo bastante firmeza y cordura para mantenerse neutral por no esponer sus reinos á las crueles disensiones que otros muchos padecieron en aquellas fatales competencias.

Hallándose el rey don Enrique cercano á la muerte, dió á su heredero el príncipe don Juan los mas prudentes y saludables consejos, tanto sobre el cuidado de proteger la religion, como sobre la conducta que debia observar en el gobierno del estado.

Empezó á reinar don Juan el primero por muerte de su padre, en mil trescientos setenta y nueve; y desde luego envió en socorro de Francia una escuadra, la cual, llegando hasta Londres, puso en consternacion á los ingleses.

Sucitáronse desavenencias con el rey de Portugal, que primero habia ofrecido en matrimonio su hija doña Beatriz á don Fadrique, hermano del rey de Castilla, y después al infante don Enrique, primogénito del mismo rey, con cuyo enlace se habian de unir los reinos de Castilla y Portugal.

Mudó de dictamen el monarca portugués, y sobre el cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales le declaró la guerra el castellano, al cual sitió y ganó la plaza de Alencida. Su escuadra, después de un memorable combate naval, apresó veinte galeas portuguesas; pero ajustándose al fin la paz, se estipuló que la infanta doña Beatriz no se desposaría ya con don Enrique, sino con don Fernando su hermano menor, para que así no recayesen las dos coronas en un mismo soberano. Tampoco se verificó el nuevo casamiento; por que habiendo fallecido la reina doña Leonor, esposa del rey don Juan, se concertó y celebró efectivamente la boda de este con la infanta portuguesa, bajo la condicion de que los hijos que de su matrimonio naciesen, heredarían solo el reino de Portugal y nunca el de Castilla.

Don Juan, luego que murió el rey su suegro, partió acompañado de un buen ejército á tomar posesion de aquellos estados;

pero se la negaron los portugueses, y fue necesario que el rey de Castilla se valiese de las armas, cercando á Lisboa por mar y tierra. Malogróse aquella empresa á causa de la peste que empezó á declararse en el campo de los castellanos, y se levantó el sitio. Al mismo tiempo aclamaron por soberano los portugueses á don Juan, maestro de la orden de Avis, hermano natural del difunto rey; y aunque, entrando los castellanos por Ciudad-Rodrigo y Viseo, hicieron algun daño en Portugal, fueron despues vencidos en la nombrada batalla de Aljubarrota, cuya pérdida se atribuyó no solo al denuedo con que pelearon los portugueses en defensa de su libertad, sino muy particularmente á la ventaja del sitio, contra la cual se atrevió la juventud castellana á empeñar el combate, sin embargo del cansancio y hambre que padecian sus tropas, y sin dar oidos á los capitanes mas espertos que graduaban la accion de temeraria.

Animados con esta victoria, continuaron los portugueses felizmente la guerra en Andalucía, y llamaron en su auxilio al duque de Alencastre, que no olvidando el derecho con que juzgaba le pertenecia la corona de Castilla, vino gustoso á Galicia, y se apoderó de la ciudad de Santiago, y otros pueblos.

La escasez de viveres y las enfermedades disminuyeron tanto el ejército inglés, que no fue difícil ajustar la paz con el duque de Alencastre, y el matrimonio de su hija doña Catalina, nieta del rey don Pedro, con el infante don Enrique heredero de Castilla.

Tomaron los portugueses la ciudad de Tuy; pero luego la restituyeron, estipulando con los castellanos una tregua de seis años.

Corria el de mil trescientos noventa cuando murió desgraciadamente en Alcalá de Henares el rey don Juan el primero de resultas de la caída de un caballo. Siete años antes por determinacion tomada en unas solemnes cortes de Segovia, se empezó á adoptar en España el método de contar por los del nacimiento de nuestro Redentor, y no por la era de Augusto Cesar, como desde muy antiguo se acostumbraba.

LECCION XI.

Reyes de Castilla y de Leon hasta don Juan el segundo.

A don Enrique tercero, de este nombre, se habia dado en vida de su padre el título de príncipe de Asturias, siendo el primer infan-

te heredero con quien se puso en práctica esta distincion. Apenas pasaba de los once años, cuando empezó á reinar bajo la tutela de muchos grandes personajes del reino, que sobre ella tuvieron entre sí obstinados y gravísimos debates. Terminólos el rey con encargarse del mando de su monarquía antes de cumplir los catorce años; y luego manifestó prendas tan dignas del trono, que seguramente le hubieran colocado entre los mas insignes príncipes de España, si su quebrantada salud, por la cual le llamaron don Enrique el *enfermo*, le hubiera permitido aplicarse, como lo deseaba, á los árduos y continuados afanes del gobierno y de la guerra. Hizo, no obstante, infinito bien á sus vasallos, acostumbrando decir que mas temia las maldiciones de ellos que las armas de sus enemigos.

Hallábase exhausto el real erario asi por las liberalidades con que don Enrique segundo se habia visto precisado á contentar la ambicion de los nobles, como por las guerras que en tiempos tan calamitosos sobrevinieron á don Juan el primero; pero el joven don Enrique halló dos medios de reparar aquel daño: el uno fue la egemplar moderacion con que se redujo á vivir tan frugal y estrechamente, como pudiera un caballero

particular; y el otro, la eficacia con que reprimió á los usurpadores de su real patrimonio, habituados en los anteriores reinados á enriquecerse á costa de él y de toda la nacion.

Renovadas las antiguas alianzas con Aragon y Francia, y las treguas con Portugal, aseguró la paz en sus dominios, y cuando, por haberla quebrantado el rey moro de Granada con la toma de Ayamonte, se disponia Enrique á emprender contra élla la guerra, falleció con general sentimiento á principios del año de mil cuatrocientos y siete, dejando al prudente y animoso infante don Fernando, su hermano, y á la reina doña Catalina, su esposa, por gobernadores del reino, y tutores de su hijo el príncipe don Juan, que contaba poco mas de veinte meses.

Durante la menor edad del rey don Juan el segundo debió mucho la corona al valor y conducta del infante don Fernando, porque no solo recobró á Ayamonte, sino tambien otras muchas plazas, señaladamente la de Antequera, cerca de la cual venció al ejército de los moros de Granada. Este príncipe, conocido desde aquella gloriosa accion con el titulo de el *infante de Antequera*, es acreedor á los mayores elogios por la rara modestia, y magnánimo desinterés con que se negó á admitir la corona de Castilla que los

grandes le ofrecian inmediatamente despues de la muerte del rey don Enrique. No tardó el cielo en dar justa recompensa á este generoso proceder; porque habiendo fallecido sin sucesion el rey de Aragon y de Sicilia don Martin, tio del infante don Fernando, recayó en él aquella herencia, asi por el derecho que le asistia para ser preferido entre los muchos personajes que aspiraban conseguirla, como por las recomendables circunstancias que le conciliaban universal estimacion y crédito. A pesar de varias contradicciones, tomó don Fernando posesion de la corona de Aragon y las islas de Sicilia y Cerdeña, como reinos anejos á ella, le reconocieron por legítimo soberano.

A la edad de catorce años salió de tutoria el rey don Juan el segundo; pero las turbaciones que entonces mas que nunca alligian á Castilla, causadas por vasallos ambiciosos y malcontentos, pedian gobierno de un monarca menos joven, mas resuelto, capaz y experimentado que don Juan, el cual lejos de atender por sí á los importantes negocios del estado se fiaba débilmente de algunos validos y perniciosos lisongeros que abusaban de la mano que con él tenían para adelantar cada uno su fortuna, aunque fuese en detrimento del bien público.

El principal de ellos fue el condestable don Alvaro de Luna, maestro de Santiago, cuyo ilimitado poder, y los ricos estados y dignidades que debió al favor del rey don Juan, escitaron las quejas y envidias de casi todos los cortesanos. No hubo desorden, usurpación ni tiranía, de que sus enemigos no le acusasen, con cargos á veces bien, y á veces mal fundados, hasta que pudieron conseguir que el rey, no obstante el extraordinario afecto que profesaba á don Alvaro, y la ciega confianza que en él tenía, le privase de su gracia, y le condenase primero á destierro, y últimamente ó morir degollado en un cadalso: sentencia que se ejecutó en la plaza pública de Valladolid, y que jamás podrá borrarse de la memoria por el espantoso desengaño que nos ofrece la inestabilidad de la fortuna.

Vivió atormentado el rey don Juan con largas persecuciones de sus mismos vasallos y parientes, y ninguna mas obstinada que la que contra él movieron sus primos los infantes de Aragón don Enrique y don Juan, rey de Navarra, ansiosos de gobernar en Castilla con despótica autoridad. Llegó el caso de que el rey les prestase batalla junto á Olmedo; y de que los derrotase, saliendo mortalmente herido el infante don Enrique. Y

quedando prisioneros diferentes nobles de los que seguian su parcialidad.

Otra victoria aun mas importante alcanzó don Juan el segundo en la batalla de la Higuera, dada contra los moros de Granada con tanta felicidad que perecieron mas de diez mil de ellos, y varios pueblos suyos recibieron considerable daño.

Fue este rey muy aficionado á las letras humanas, singularmente á la poesia, que en su tiempo y con su patrocinio empezó á salir de la obscuridad, y abatimiento en que yacia despues de tantos siglos de barbarie; y si tienen razon los que le pintan como principe desaplicado é inepto para las tareas del reinado, no hablan con igual justicia los que le suponen totalmente simple, y casi privado de un racional discernimiento.

LECCION XII.

Reinado de don Enrique cuarto.

Habiendo muerto don Juan segundo de cuarenta y tres años en Valladolid por los años de mil quatrocientos cinquenta y quatro, le sucedió su hijo don Enrique cuarto, llamado el *impotente*, el cual esperiméntó igual fatalidad que su padre en las rebeliones y guerras civiles.

con que muchos magnates perturbaron la quietud del reino, si alguna empezó á gozar luego que se compusieron las diferencias con navarros y aragoneses. Las causas de tales discordias fueron como en el reinado anterior, la debilidad é indolencia del soberano, y su imprudente facilidad en exaltar á los palaciegos que le manejaban. Agregóse la inclinacion á no pocos cuidados amorosos, que aunque en rigor no pasasen de galanteos, escandalizaban como verdaderas liviandades; y el gran desperdicio de las rentas en premiar á los vasallos menos beneméritos.

Ademas de esto, el rey que no habiendo tenido hijos de su primera consorte doña Blanca de Navarra, la habia repudiado como á estéril, atribuyendo á defecto de ella lo que, segun la general opinion, era propio suyo, estaba casado de segundas nupcias con doña Juana de Portugal; y esta habia dado á luz una infanta, á quien pusieron el mismo nombre de su madre. Túvose por muy versomil que no seria hija del rey, y confirmaba semejantes sospechas la íntima familiaridad que con la reina tenia don Beltran de la Cueva, maestre de Santiago, y despues conde de Ledesma, y duque de Alburquerque, mayordomo de la casa real, y muy favorecido del monarca don Enrique, en cuya suposicion

llamaron siempre á la infanta la *Beltraneja*.

Sin embargo de que el rey la hizo jurar princesa heredera del reino, tales fueron las disensiones que en él se originaron con este motivo, que el mismo soberano revocó todo lo hecho, y convino en que se proclamase príncipe heredero á su hermano el infante don Alfonso.

No bastó aquella condescendencia para sosegar á los sediciosos coligados, porque á vista de la misma ciudad de Avila, que tan leal se habia mostrado siempre en servicio de sus reyes, levantaron un tablado, y colocada en él una estatua de don Enrique con todas las insignias reales, la despojaron ignominiosamente de ellas, declararon al monarca inhabil para el gobierno, y alzaron rey al príncipe don Alfonso, prestándole solemne juramento y vasallage.

Con dividirse la nacion en dos bandos fué necesario que el rey don Enrique tomase las armas contra la faccion enemiga.

La batalla se dió junto á Olmedo, y cada uno de los dos partidos se atribuyó la victoria, sin que se deshiciese la liga, ni menos despusiese el enojo y atrevidos intentos.

Duraban aun los disturbios, cuando murió de edad de quince años el nuevo rey don Alfonso; y los malcontentos pretendieron se

riores, reconoció de nuevo á doña Juana la *Beltraneja* por hija legítima, y la instituyó heredera, con esclusión de la reina de Sicilia.

Así renacieron las discordias, en que doña Isabel mostró la mas heroica firmeza hasta que logró reconciliarse con el rey su hermano poco antes de la muerte de este, acaecida en el año de mil cuatrocientos y cuatro. Ofrece la historia de todo el reinado de don Enrique cuarto gran número de curiosos é importantes acontecimientos por lo que toca á la sucesion de la corona, y á la varia fortuna de muchas casas grandes del reino; pero no es tan abundante en lo que pertenece al engrandecimiento de la monarquía, porque las disensiones internas no permitieron á aquel soberano llevar adelante la guerra que empezó vigorosamente contra los moros. Con todo, recuperó la plaza de Gibraltar, y taló repetidas veces los campos del reino de Granada.

LECCION XIII.

Principio del reinado de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

Aun despues del fallecimiento de don Enrique continuaban las alteraciones, porque

declarase heredera á la infanta doña Isabel, hermana del rey don Enrique, y princesa dotada de las relevantes prendas que mas adelante conoceremos, cuando la veyamos ocupar feliz y pacíficamente el trono de España con el glorioso dictado de *la reina católica*.

Causado el rey de tan porfiadas competencias, y persuadido de la acertada eleccion que habian hecho los confederados, al paso que satisfecho de la prudencia y fidelidad de doña Isabel en negarse á admitir, mientras su hermano viviese, el título de reina con que la convidaban, consistió que la jurasen princesa heredera, como se ejecutó con la debida formalidad; y al mismo tiempo capituló se divorciaria de la reina su esposa, desheredando á la infanta que él llamaba su hija.

Entre los varios casamientos que se proporcionaban á doña Isabel, ninguno parecia tan ventajoso para la tranquilidad de la monarquía como el que se trataba con su primo segundo don Fernando, rey de Sicilia y primogénito del de Aragon.

Celebróse prontamente el afortunado desposorio, sin noticia, ni aprobacion de don Enrique, el cual tenia otras miras acerca de la colocacion de su hermana; y por esto se indignó tanto, que siguiendo su inconstante genio, anuló las solennes declaraciones ante-

el partido de la pretensa herédera, bien que ya muy debilitado, no dejaba de oponerse por todos los medios imaginables á la poderosa parcialidad de la reina doña Isabel, y de su consorte don Fernando quinto. En vano el rey de Portugal, desposado con doña Juana su sobrina intentó restituirla al solio castellano. Sus tropas auxiliadas de las de Francia no consiguieron ventaja considerable contra los reyes católicos. Separóse Francia de la infructuosa alianza con el monarca de Portugal. Este se vió precisado á desistir solemnemente de sus pretensiones, ajustando la paz, y doña Juana á tomar el hábito de religiosa en el monasterio de santa Clara de Coímbra.

Llegamos á la plausible época en que logró España el incremento de su poder, gloria y prosperidad, y en que se puede decir que empezó á ser potencia respetable, y á obedecer casi toda á un solo rey, despues que habia permanecido tantos siglos dividida en varias soberanias. Muchas fueron las circunstancias favorables que concurrieron á facilitar aquella ventajosa mudanza; pero la mayor y mas rara fortuna consistió en ser don Fernando quinto, y su esposa doña Isabel dos principes nacidos para reinar.

No en vano, elogiando á aquel monarca se

no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí y para todos, quedando presente en la memoria de los hombres para ejemplo de los príncipes, y eterno en el deseo de sus reinos.

No menos admirables virtudes adornaban á la reina doña Isabel, que por su elevado espíritu, noble fortaleza, y maduro juicio fue la honra de su sexo, y aun pudiera serlo del varonil. La buena armonía en que vivió con su esposo, conspirando ambos de común acuerdo á todo lo que era bien público, no obstante que cada uno gobernaba particularmente sus estados, se manifestó siempre por la práctica que siguieron de autorizar todos los despachos con sus dos nombres dichosamente unidos.

Pero omitiendo alabanzas, pasemos á los hechos memorables de este reinado; aunque ni es fácil abrazarlos aquí todos, ni referirlos con la estension que merecen.

Por derecho de herencia, de conquista ó de descubrimiento acrecentó el rey católico la monarquía con los estados de Aragon, Cataluña, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, Granada, Navarra, las Indias occidentales, algunos territorios de Africa, y otros varios dominios.

lidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con el rigor. Amenazó con el castigo de pocos á muchos, ó con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real. Vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensobreció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. En aquella se prevenia para esta, ó en esta se industriaba para volver á aquella. Sirvióse del tiempo; no el tiempo de él. Obedeció á la necesidad, ó se valió de ella, reduciendola á su conveniencia. Se hizo amar ó temer. Fue facil en las audiencias. Oía para saber, y preguntaba para ser informado. No se fiaba de sus enemigos, ó se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco razon de estado; su confianza, cuidadosa; su difidencia, advertida: su cautela, conocimiento: su recelo, circunspeccion: su malicia, defensa; y su disimulacion, reparo. No engañaba: pero se engañaban otros en lo equivoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenia vencer la malicia con la advertencia) que pudiese desempeñarse sin faltar á la fé pública. Ni á su magestad se

atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió, sin vallimiento, de sus ministros. De ellos se dejaba aconsejar; pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí, no fiaba de otro. Consultaba despacio, y ejecutaba de prisa. En sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Encubría á sus embajadores sus designios, ó cuando quería que engañados persuadiesen mejor lo contrario. Supo gobernar á medias con la reina, y obedecer á su yerno. Impuso tributos para la necesidad; no para la codicia, ó el lujo. Lo que quitó á las iglesias obligado de la necesidad, restituyó cuando se vió sin ella. Respetó la jurisdicción eclesiástica, y conservó la real. No tuvo corte fija, girando como el sol, por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Ni afectó esta, ni rehusó aquella. Lo que ocupó el pie mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderosa con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas. Lo que pudo vencer con el arte, no remitió á la espada. Ponia en esta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de los escuadrones. En las guerras dentro de su reino se halló siempre presente. Obraba lo mismo que ordenaba. Se confederaba para quedar árbitro.

explica don Diego de Saavedra, al fin de sus *empresas políticas* en los términos siguientes, que trasladamos á la letra, como que representan el mejor retrato moral y político del rey Católico.

En su glorioso reinado se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñezes de este gran rey fueron adultas y varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Su ociosidad era negocio, y su divertimento atencion. Fue señor de sus afectos, gobernándose mas por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció de Dios su grandeza, y su gloria de acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar mas por oficio que por sucesion. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia: levantó la monarquía con el valor y la prudencia: la afirmó con la religion y la justicia: la conservó con el amor y el respeto, la adornó con las artes: la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua con fundamentos é institutos verdaderamente políticos. Fue tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan económico en él como en ellos. Mezcló la libera-

En mil cuatrocientos setenta y nueve heredó por muerte de su padre el rey don Juan la corona de Aragón; y la incorporó con la de Castilla.

Importa saber que en los años inmediatos á la entrada de los moros en España, así como aquellos cristianos que se retiraron á las montañas de Asturias eligieron por su principe á don Pelayo, así también los que se refugiaron hacia los Pirineos nombraron ilustres caudillos, ya con títulos de condes, ya con el de reyes, á fin de que los gobernasen y defendiesen de las incursiones de los bárbaros. De aquí provino la division de una buena parte de España en los varios reinos ó señoríos de Sobrarbe y Ribagorza, Aragón, Navarra, Barcelona y otros, que segun los tiempos tuvieron mas ó menos estension y poder.

Los respectivos soberanos de aquellos estados unas veces contendian entre si sobre estender su jurisdiccion, disputándose las conquistas que hacian á los infieles; otras veces se confederaban contra ellos, y estrechaban sus alianzas con recíprocos matrimonios.

El reino de Sobrarbe pasa por uno de los mas antiguos que tuvo España á los principios de su restauracion; y mediante el casa-

miento del rey Garcia Iniguez con doña Urraca, hija y sucesora de Fortun Jimenez, conde de Aragon, se unió con este condado.

Cuando don Sancho cuarto, apellidado *el mayor*, rey de Sobrarbe y Pamplona, conde de Aragon, y tambien de Castilla por el derecho de su esposa, dividió sus grandes dominios (segun queda apuntado al principio de la lección séptima) entre sus cuatro hijos Garcia, Fernando, Gonzalo y Ramiro, dejó al primero la Navarra, al segundo el condado de Castilla, al tercero los estados de Sobrarbe y Ribagorza, y al cuarto los de Aragon, dando título de reyes á todos cuatro. Entonces empezó Aragon á tener reyes; y don Ramiro, que fue el primero de ellos, no tardó en incorporar á su corona el reino de Sobrarbe y el condado de Ribagorza, luego que falleció su hermano don Gonzalo.

Tambien el reino de Navarra estuvo por algun tiempo unido con el de Aragon, principalmente desde el rey don Sancho, hijo de don Ramiro, hasta don Alfonso el Batallador, que murió en mil ciento treinta y cuatro; pero tuvo en lo general sus reyes propios é independientes antes que le conquistase don Fernando el católico en la forma que luego veremos.

El condado de Barcelona, cuyo primer

poseedor se llamó Bernardo, ó Bernaldo, y que desde los principios del siglo nono habia continuado en gobernarse por condes, se agregó igualmente á la corona de Aragon en mil ciento treinta y siete, mediante el matrimonio de doña Petronila, hija y heredera de don Ramiro el segundo, con el conde de Barcelona don Ramon Berenguer,

Dependen asimismo del dominio de Aragon las islas de Mallorca y Menorca con las demas llamadas Baleares; porque despues que el inclito rey don Jaime el conquistador ganó la de Mallorca en mil doscientos treinta, se adjudicaron todas á aquella corona durante el reinado de don Pedro el cuarto, apellidado el *ceremonioso*.

El mismo rey don Jaime conquistó en mil doscientos treinta y ocho el reino de Valencia, que así quedó sugeto á la metrópoli de Aragon.

Don Jaime segundo, y su hijo don Alfonso cuarto obtuvieron la investidura de los reyes de Cerdeña y Córcega; pero ni ellos, ni sus sucesores gozaron estas islas pacíficamente, hasta que don Alfonso quinto las ganó con las armas en mil cuatrocientos veinte.

El reino de Sicilia, y el de Jerusalem anejo á él, han pertenecido tambien á la sobe-

rania de Aragon desde el rey don Pedro tercero, cognominado el *grande*, los heredó por el derecho de su esposa Constanza, hija de Manfredo, poseedor de dichos reinos. Despues de largas revoluciones volvieron estos á la misma corona, por el casamiento de doña Maria, reina heredera de ellos, con don Martin el segundo de Aragon.

Todos los ricos estados de que acabamos de dar sucinta noticia, y otros de menos importancia, compouian ya la corona aragonesa, cuando el rey católico don Fernando la unió con la castellana.

Pero ni á él, ni á su magnánima consorte satisfacian tantos reinos heredados, mientras no acababan de desarraigar de España la morisma. Alentados de este loable anhelo, emprendieron la guerra contra los moros de Granada con tal esfuerzo, diligencia y dicha, que en el espacio de diez años cumplidos en el de mil cuatrocientos noventa y dos, remataron la alta empresa á que en mas de siete siglos y medio no habia podido alcanzar el valor de los reyes sus predecesores. Dieron los sarracenos ocasion á su propia ruina con haber quebrantado las treguas, tomando la villa de Zahara. El rey católico partió á castigarlos; y empezó la conquista por el castillo y pueblo de Alhama, de que

se apoderó por asalto. Siguióse la de Loja, Velez Málaga, Málaga, Baza, Almería, Guadix y otras ciudades, hasta que se rindió por asedio Granada, capital de aquel fértil y dilatado reino. Casi en todas las campañas que costó la gloriosa expedición se halló personalmente la esclarecida reina doña Isabel, animando á los suyos con admirable denuedo y dando acertadas providencias para la manutención del ejército, y caritativa asistencia de los enfermos y heridos, de manera que el venturoso logro se debió muy principalmente á heroína que tantas dificultades supo vencer, sin desmayar jamás en los mayores peligros. Contribuyó á la empresa con sus celosas exhortaciones el confesor de la misma soberana Fr. Hernando de Talavera, varón de acrisolada virtud y prudencia, el cual habia respondido una vez á la reina, cuando le instaba á que admitiese un obispado; *Señora, no tengo de ser obispo, hasta que lo sea de Granada*; y en efecto ocupó la silla arzobispal de aquel reino, inmediatamente despues de la conquista.

A este venerable prelado sucedió en el cargo de confesor de la reina el provincial franciscano Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, que mas adelante fue arzobispo de Toledo, y cardenal, hombre á todas luces

famoso por su religiosidad, doctrina, tino político, entereza y otras escelencias que no caben en nuestros concisos elogios; y á cuyo sabio influjo debió España grandes felicidades en aquella época.

LECCION XIV.

Continuacion del reinado de los reyes católicos, muerte de la reina doña Isabel, y reinado de su hija doña Juana y don Felipe primero.

En el mismo año de la conquista de Granada se consiguió por negociacion que Francia restituyese á la corona de Aragon los condados de Rosellon y Cerdania que pertenecian á Cataluña, y habian sido empeñados por don Juan el segundo de Aragon al rey de Francia Luis undécimo.

Poco despues dió principio al descubrimiento de las indias occidentales el célebre genovés Cristoval Colon. Persuadido de que hácia el poniente habia inmensas regiones no conocidas hasta entonces, propuso en Inglaterra y en Portugal la idea de navegar á descubrirlas; pero habiendo sido desechado su proyecto como fantástico, acudió á la corte de los reyes católicos, y consiguó se le diesen tres embarcaciones y otros auxilios

para la extraordinaria empresa. En cuatro viajes que hizo al Nuevo-mundo desde el año de mil cuatrocientos noventa y dos hasta el de mil quinientos y seis, descubrió las islas Lucayas, la española, ó de Santo Domingo, la de Cuba, la de Puerto-Rico, la Jamaica, y las demas llamadas Antillas, como tambien una parte de la costa de Tierra-firme, y tomó posesion de diferentes distritos en nombre de los reyes de Castilla. Siempre volvió á España cargado de riquezas que acreditaron la realidad é importancia de sus descubrimientos, por los cuales mereció los títulos de almirante, de duque, de Veraguas y de marques de la Jamaica, con otras varias mercedes, y sobre todo la gloria de haber inmortalizado su nombre. Llamáronse indias aquellos vastos paises, por semejarse en lo precioso y abundante de sus producciones á la que propiamente se denomina *india*, que es la oriental; y tambien se les dá el nombre de *América*, aunque sin otra razon que la de haber sido el florentin américo vespucio, uno de los náuticos y geógrafos que delinearon mapas y cartas de marear en las primeras navegaciones del Nuevo-mundo.

Ademas de las indias occidentales unieron los reyes católicos á su corona las islas de Canaria, bien conocidas ya de los anti-

guos, y conquistadas en gran parte á fines del reinado de don Enrique tercero, bajo el mando de Juan de Betancur, caballero frances. En los últimos años del siglo décimo quinto Pedro de Vera y el adelantado Alonso Fernandez de Lugo, concluyeron felizmente la conquista de la gran Canaria, Tenerife, y la Palma, con lo cual estas tres islas principales de las siete que hay pobladas se redujeron al cristianismo y al dominio español.

No fueron las Canarias el único territorio de África en que triunfaron las armas de don Fernando y de doña Isabel; porque durante su reinado se rindieron á ellas Melilla, Mazarguivir, Bugia, Tripoli, el Peñon de Velez y otros pueblos y fortalezas de las costas de Berbería. Entre tantas hazañas compite con lasmas memorables la toma de Oran, emprendida, al modo que otras expediciones semejantes por direccion, y á espensas del cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros, que se halló como caudillo en aquella jornada, y recogió el fruto de sus desvelos y prudentes disposiciones.

Como el rey católico por sobrino de don Alfonso quinto de Aragon, que habia sido rey de Napoles, y falleció sin hijos, tenia derecho á aquel reino, ó por otra parte le

pretendia el rey de Francia, se concertaron ambos soberanos, y dividieron entre sí los estados de Nápoles, privando de ellos y su rey don Fadrique, principalmente por causa de las inteligencias que se supo traía con el turco, enemigo del nombre cristiano. Pero originándose despues altercaciones entre los reyes católico y cristianísimo sobre la pertenencia de ciertas comarcas, se encendió una porfiada guerra de españoles con franceses. En ella mostró superior esfuerzo y pericia militar Gonzalo Fernandez de Córdoba, comandante general de aquella conquista, que fue por sus muchas proezas dignísimo del nombre de *gran capitán*. Sugetó á la dominacion española todo el reino de Nápoles; espeliendo de él á los franceses, despues de repetidas victorias, y señaladamente de la que ganó en la gloriosa batalla de Cirinola año mil quinientos y tres. La mas convincente prueba de que no hay hombre tan perfecto que no incurra en alguna flaqueza, es que el rey católico, apesar de su rectitud, causó disgustos á un héroe como el gran capitán, cuyos servicios no podia dejar de reconocer; pero tanto pueden, aun en ánimo como el de Fernando, los siniestros informes que dicta la emulacion en las cortes.

A fines del año de mil quinientos y cua-

tro falleció la reina católica doña Isabel con imponderable sentimiento de la nación, que la era deudora de mil beneficios. No es fácil determinar cual fue la mayor de sus virtudes baste decir que reunió todas las que nacen del valor y de la sólida piedad. Cultivó su entendimiento por medio de la lectura, y estudió con fruto la lengua latina sin que por esta y otras dignas ocupaciones olvidase las labores mugeriles, puese alababa de que el rey su esposo no se habia puesto camisa que ella no hubiese hilado y tejido; en lo cual dió aquella respetable matrona ejemplo de industriosa aplicacion á su familia y vasallos.

El único hijo varon que tuvo, fue el principe don Juan; pero este murió sin sucesion á los diez y nueve años: sensible pérdida que la reina llevó con cristiana resignacion. Asi heredó la corona su hija doña Juana, que casó con el archiduque don Felipe, llamado el *hermoso*, hijo del emperador Miximiliano primero, por cuyo enlace pasó el cetro español á la imperial casa de Austria, y entraron en la de Castilla los estados de Flandes, Borgoña, Bravante, y otros de gran consideracion.

Luego que falleció doña Isabel, hizo don Fernando proclamar reina de Castilla á la princesa doña Juana, que á la sazón se hallaba en Flandes con su esposo Felipe pri-

mero; y entretanto que ambos venian á tomar posesion de la monarquía la gobernaba el rey católico, segun cláusula del testamento de la reina su consorte, que disponia quedase á cargo suyo la administracion de los reinos de Castilla, mientras no cumpliese los veinte años don Carlos, hijo de don Felipe, y de doña Juana (que despues reinó con el nombre de Carlos primero de España y quinto de Alemania.)

Las voluntades y opiniones de los grandes se dividieron: porque unos, bien hallados con el rey don Fernando, deseaban se retardase la venida de los nuevos monarcas, y otros clamaban por ella, prometiéndose mejorar de fortuna con la mudanza de gobierno. Dilataba don Felipe su viage; y sobrevinieron mutuas desconfianzas y desunion entre yerno y suegro, las cuales no cesaron hasta que en el año de mil quinientos y seis se ajustaron las diferencias, y llegando á España doña Juana y su esposo, se retiró á Aragon el rey don Fernando, de donde partió á coronarse en Nápoles, despues de contraer segundas nupcias con Germana hija de Juan de Fox, vizconde de Narvona, sobrina del rey de Francia Luis duodécimo, y nieta de doña Leonor, reina de Navarra.

En Italia recibió aquel mismo año el rey

católico la inesperada nueva de haber muerto en la florida edad de veinte y ocho años don Felipe primero, cuando apenas empezaba á gozar la corona, y á dar esperanzas de un dichoso reinado.

LECCION XV.

Última parte del reinado del rey católico hasta su muerte.

Era notorio que la reina doña Juana padecía debilidad en las potencias, y que con dificultad se la reducía á la razon, cuando su perturbada fantasía la obligaba á decir ó ejecutar estravagancias. Por esto la llamaron comunmente doña Juana la *loca*, confirmando á todos en persuacion de ser cierta la demencia los arrebatados extremos con que manifestó su dolor despues de la pérdida del rey don Felipe el *hermoso*. Desde entonces se fué declarando mas el lastimoso desacuerdo de la reina, cuyo natural impedimento debia de conocer ella misma en algunos ratos, supuesto que escribió á su padre, instándole repetidas veces á que viniese á encargarse del gobierno del reino. Esta misma diligencia hicieron varias ciudades, considerando que, aunque el arzobispo Jimenez de Cisneros,

y otros graves personajes dirigian interinamente los negocios con acierto, era realmente el estado por entonces un cuerpo sin cabeza.

Restituido el rey á España tomó á su cuidado la administracion de los reinos de Castilla, guardando siempre á doña Juana los respetos de reina propietaria, bien que esta por su incapacidad para el mando, y por que en nada se complacia sino en vivir retirada del trato del mundo, estaba recogida, y oculta en el palacio de Tordesillas, y alli permaneció sin mejoría hasta su muerte, que acaeció en el año de mil quinientos cincuenta y cinco á fines del reinado de su hijo el emperador Carlos quinto.

Por la confederacion llamada la *Liga Santa* que habia hecho el rey don Fernando con los venecianos y con el papa Julio segundo, se halló en obligacion de favorecer á este con tropas durante la guerra suscitada entre Francia, y el estado pontificio. Dióse contra las órdenes del rey una reñida batalla cerca de Ravena en que fue grande el destrozo por ambas partes: pero el superior número de caballería dió alguna ventaja á los franceses, aunque no les sirvió de mucho, por que, disminuido al fin su ejército, hubieron de restituir las plazas que habian conquistado en Italia.

—Durante aquella guerra fue cuando resolviendo el rey católico marchar á Francia para unir sus fuerzas con las de Henrique octavo de Inglaterra, su yerno, que intentaba apoderarse del ducado de Guiena, pidió al rey de Navarra Juan de Labrit ó de Albert y á su esposa la reina Catalina de Fox le concediesen paso por sus estados, y se abstuviesen de seguir (como efectivamente seguian) el partido de Francia. No vinieron en ello los reyes de Navarra con las condiciones y seguridades que exigia el de Castilla, aunque el sumo pontífice los amonestó, y tambien el rey don Fernando volvió á requerirlos en términos de amistad. Llegando, pues, las cosas á estado de formal rompimiento, entró por Navarra la alta del ejército castellano mandado por don Fadrique de Toledo, duque de Alba, que con suma facilidad se hizo dueño de Pamplona año de mil quinientos y doce y consecutivamente de lo restante del reino, despues que el monarca de Navarra y su consorte se habian refugiado á Francia. De esta suerte el rey católico, apoyando con las armas los varios derechos así antiguos como modernos que tenia á la corona de Navarra, la agregó á la de Castilla, segun lo está al presente.

Continuaba todavía la guerra en Italia,

cuando à principios del de año mil quinientos diez y seis adoleció el rey don Fernando de una enfermedad que le ocasionó la muerte, tan llorada de sus vasallos como lo habia sido la de su esposa doña Isabel. En el tiempo que gobernó, ya en compañía de la reina catolica, ó ya solo, nada omitió de cuanto podia contribuir al aumento de la monarquía. Restableció la quietud interior de ella, la recta administracion de justicia, y las buenas costumbres; y publicó sabias leyes, principalmente las de Toro. Ayudado del vigilante y docto cardenal Jimenez de Cisneros contuvo la gran relajacion que se habia introducido en el clero, y en la mayor parte de las comunidades religiosas; aseguró á la corona el derecho de la presentacion de dignidades eclesiásticas que la corte de Roma solia conferir á estrangeros en perjuicio de los españoles beneméritos; y reunió á la corona misma los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, cuyos poseedores, olvidando su peculiar instituto de perseguir á los infieles, empleaban á veces su poder en fomentar y sostener parcialidades contra príncipes ó súbditos cristianos. Esta prudente incorporacion de los maestrazgos se hizo entonces solo durante los dias del rey catolico; y su nieto Carlos quinto fue quien la perpe-

tuó. Para seguridad de los caminos públicos instituyó don Fernando la santa hermandad, que se componia de unas cuadrillas ocupadas en castigar á los salteadores y otros facinerosos, á imitacion de una congregacion semejante que habia en Castilla desde el tiempo de don Alfonso octavo, y del rey san Fernando su nieto. Fundó diferentes chancillerías y audiencias, el real consejo de las ordenes, y el santo oficio de la inquisicion, y preponderando mas en su piadoso corazon y en el de su esposa el deseo de la pureza de la religion que la utilidad temporal de las riquezas que podian multiplicarse en España con la agricultura, industria y comercio de los moros judios ó judaizantes, procuraron ambos con el mas vigoroso zelo la espulsion de todos los que no se convirtieron: en lo cual se atendió igualmente á los daños políticos que resultaban la reina de abrigar en su seno á unos hombres por lo comun revoltosos, de cuya constancia y lealtad era muy espuesto fiarse.

Por este infatigable empeño en la exaltacion de la fe, adquirieron aquellos soberanos el dictado de *católicos*, que antes habian merecido y usado en España otros reyes como don Alfonso el primero, y Recaredo; pero que en don Fernando y doña Isabel no fue

un mero renombre, sino un título obtenido en forma solemne con autoridad pontificia, y conservado hasta hoy en todos los sucesores de la monarquía española.

LECCION XVI.

Reinado del emperador Carlos quinto.

Nombró en su testamento el rey católico por gobernador de los reinos de Castilla al cardenal Jimenez. A don Alfonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza encargó el gobierno de Aragon, y á don Ramon de Cardona el de Nápoles. El archiduque don Carlos primero de este nombre entre los reyes de España, y quinto entre los emperadores de Alemania, iba á entrar en los diez y seis años, cuando ocupó la herencia del imperio español, ya tan poderoso que con razon excitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa. No llegó á España hasta el año próximo siguiente al de la muerte del rey don Fernando; y muy poco despues falleció el insigne prelado don Francisco Jimenez de Cisneros. Fue grande su esperiencia en los negocios, su conducta la mas justificada y virtuosa, y admirable la prudencia con que, á pesar de su natural severidad é intrepidez,

sobrellevó las persecuciones que no podía dejar de padecer un celoso reformador de inveterados abusos tanto en lo eclesiástico como en lo civil. Débele su ser, lustre, y ornamento la universidad de Alcalá, en donde fundó el colegio mayor de san Ildefonso, y otros menores. Allí mismo hizo corregir é imprimir con increíble esmero y costa la Biblia llamada Complutense, arreglada á los mejores originales hebreos, griegos y latinos; y dejó esparcidos en toda España durables monumentos de su piedad, doctrina, y beneficencia.

Habiendo muerto en mil quinientos diez y nueve el emperador Maximiliano, nombraron los electores á Carlos quinto por sucesor en el imperio de su abuelo, no obstante la oposicion de Francisco primero, rey de Francia, que, aspirando al cetro imperial, empezó á ser competidor de Carlos, y émulo de sus glorias. Partió de España el recién electo emperador acompañado de algunos magnates españoles, y pasó á coronarse en Aquisgran, dejando el gobierno del reino al cardenal Adriano, natural de Utrac, y dean de Lovaina, que habia sido su preceptor, y despues ascendió á la dignidad de sumo pontífice con el nombre de Adriano sexto.

La ausencia del soberano contribuyó á

que se declarasen en Castilla las rebeliones que llamaron *comunidades*, teniendo parte en esta fatal guerra civil muchas grandes ciudades y algunos de los principales señores, y siendo caudillos de la sedicion entre otros, don Juan de Padilla y el obispo de Zamora don Antonio de Acuña. Los disgustos y quejas de los sublevados se fundaban en que varios flamencos, mal enterados de las leyes y costumbres de España, y atentos únicamente á su particular interes y engrandecimiento, se habian apoderado del mando, abusando, de la docilidad de un monarca joven y naturalmente bueno, de que resultaba el tiranizar á los vasallos españoles, y vender descubiertamente la justicia. Tomando, pues, las armas los sediciosos, negaron la obediencia al cardenal Adriano, y los tribunales, y ministros del rey, y cometieron todo género de atrocidades. Dos años duraron los desordenes, hasta que las tropas reales vencieron á las de los *comuneros* (que asi se llamaban) en la batalla de Villalar dada en mil quinientos veinte y uno; y las cabezas de la conjuracion recibieron prontamente el merecido castigo.

Mas adelante, cuando el emperador volvió á España, acabó de apaciguar todas las inquietudes, perdonando á los rebeldes con

singular clemencia; y en prueba de ella merece referirse la respuesta que dió á uno de sus cortesanos que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la faccion de los amotinados. *Mejor hubierais hecho, dijo el piadoso monarca al delator, en haber avisado á ese caballero que yo estaba aqui, que en avisarme á mi en donde está él.*

Conociendo el rey de Francia que las turbaciones de Castilla le proporcionaban ocasion favorable para debilitar el poder de Carlos quinto, emprendió la conquista de Navarra. Con efecto logró hacerse dueño de las plazas mas importantes, y aun se internó su ejército hasta sitiar á Logroño. Mientras esta ciudad se defendia bizarramente, acudieron los castellanos, y trabando combate con los franceses, dieron muerte á mas de seis mil de ellos, tomaron la artillería y bagages, hicieron prisionero á su general, y los obligaron á retroceder y abandonar á Navarra en el mismo año de mil quinientos veinte y uno en que la habian conquistado. Además de esto la plaza de Fuenterrabia, de que estaban apoderados los franceses, no tardó en volver al dominio español.

Por otra parte intentó el rey don Francisco primero recobrar el ducado de Milan, en cuya posesion habia estado algunos años hasta que

el cesar le privo de ella , venciéndole en repetidos encuentros. Carlos quinto para esperar de Italia á los franceses se alió con el sumo pontífice , que á la sazón era Clemente séptimo por fallecimiento de Adriano, si bien ayudó muy poco el papa en las campañas que se siguieron , y aun se inclinó últimamente al partido frances. Las armas imperiales experimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el emperador con una célebre batalla dada en mil quinientos veinte y cinco entre el ejército español y el frances junto á Pavia, á tiempo que Francisco tenia cercada aquella ciudad, y la defendia el animoso capitan Antonio de Leiva. Sin embargo del superior número de los franceses , animados con la presencia de su mismo soberano , á quien no se pueden negar las prendas de esforzado gurrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia bajo el mando y direccion del marques de Pescara, que se distinguia entre los principales caudillos, y á ningano cedia en espíritu y destreza militar. Quedó prisionero de guerra el rey Francisco, y como tal fué conducido á Madrid , en donde le visitó el cesar, y le concedió la libertad bajo muchas condi-

ciones de grande importancia, y la primera de ellas, que desistiendo de sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña, no diese ocasion á nuevas guerras, pues nada deseaba tanto el emperador como la paz, y que las armas cristianas no se empleasen en destruirse mutuamente, sino en abatir á los infieles. Fueron aceptadas estas condiciones por el rey prisionero en una solemne concordia firmada en Madrid, con la clausula de que si aquel soberano no pudiese cumplirlas, se volveria voluntariamente á la prision, para lo cual empenó su fe y palabra real. A pesar de tan formales promesas, no se verificó la observancia de aquellos pactos; antes bien negándose á ella el rey de Francia, envió embajadores á Carlos quinto, haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido. De aqui se originaron no solo sangrientas hostilidades entre España y Francia, sino tambien debates privados entre el emperador y el rey Francisco como de caballero á caballero, segun las leyes del honor.

Mientras se mantuvo preso en Madrid el monarca frances, causó grandes cuidados en Italia el engrandecimiento del poder del cesar, pareciendo que toda ella se rendiria an-

tes de mucho á su dominacion. Por esto el papa Clemente séptimo, los venecianos, y aun el mismo duque de Milan Francisco Esforcia, á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, se coligaron secretamente contra el vencedor. Al marques de Pescara, comandante del ejército imperial, hicieron indignas proposiciones para que convirtiese las armas contra el rey su amo, y llegaron á ofrecerle la corona de Nápoles, pero aquel leal y honrado vasallo le dió parte del inicuo designio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios menos infructuosos.

Concertaron, pues, una liga, que llamaron de la libertad de Italia, y por otro nombre *Clementina*, en la cual además del pontífice, la republica de Venecia y el duque de Milan, entraron los franceses, los ingleses, los florentines, y casi todos los principes menores de Italia. Oponen los cesarianos sus fuerzas á las de la Liga; y el duque de Borbon, condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador, y dado pruebas de sobresaliente soldado en la batalla de Pavia y en otras empresas, marcha con el ejército imperial contra Roma; la asalta vigorosamente, y pierde

la vida en la accion. Sucediéndole en el mando el príncipe de Orange, entran en la ciudad sus tropas, la saquean y destruyen con indecible furia por espacio de siete dias, y despues de hacer terrible matanza en los coligados, obligan á Clemente séptimo á refugiarse al castillo de Sant Angelo con algunos cardenales, y otros parciales suyos, y alli le cercan y estrechan basta que el papa entrega el castillo, quedando preso en él con la correspondiente guardia de españoles.

Aunque tenia Carlos quinto sobrada justicia en la guerra contra Clemente, cuando no fuese mas que por haber saltado éste á las treguas que por medio del embajador don Hugo de Moncada habia concertado poco antes del asalto de Roma con el emperador, á quien debia particulares beneficios, no por eso aprobó los insultos y violencias que tan desenfrenadamente cometieron sus tropas en la capital del orbe cristiano; bien al contrario, lo sintió de manera que al recibir la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento del príncipe que despues fue Felipe segundo, hijo primogénito del mismo Carlos, y de su esposa doña Isabel, hermana del rey de Portugal don Juan tercero, y nieto de los reyes católicos.

Con pretesto de poner en libertad al pontífice, envió Francisco primero á Italia nuevo ejército, el cual logró al principio no pocas ventajas, tomando á Génova y Pavia, y luego entró por el reino de Nápoles hasta llegar á sitiar la misma capital. Pero el valor de los imperiales, aunque reducido á escaso número, y la pestilencial enfermedad que cundió en las tropas francesas, las precisaron á retirarse, perdiendo lo conquistado. Por esta razón, y porque el papa veía con dolor su corte dominada de estrangeros, y su partido ya muy débil, llegó la hora deseada de restituir á Italia la quietud de que tanto tiempo habia carecido. El emperador, despues de haberse reconciliado con el pontífice, bajo condiciones decorosas, ajustó la paz con Francisco primero en Cambrai, año de mil quinientos veinte y nueve, estipulando que mediante la suma de dos millones de escudos de oro restituiria las personas del Delfin y su hermano menor, que el rey de Francia habia entregado en rehenes para seguridad del cumplimiento de la concordia hecha en Madrid. Obligóse Francisco á desistir de sus pretensiones á Flandes, y otros dominios; y casó despues con la infanta doña Leonor, hermana de Cárlos quinto.

Fue general esta paz, porque se compren-

dió en ella al papa, al rey de Inglaterra, y á todos los príncipes y republicas de Italia, menos Florencia. Pasó luego Carlos á Bolo-
 nia, y allí recibió de mano del pontífice la
 corona imperial con la mayor pompa, tuvo
 la generosidad de olvidar todos los senti-
 mientos que le habia dado con su ingrati-
 tud Francisco Esforcia, y de concederle de nue-
 vo la investidura del ducado de Milan. Lue-
 go redujo á los florentines con las armas á
 la obediencia de un sobrino del papa, lla-
 mado Alejandro de Médicis, á quien dió ti-
 tulo de duque, casándole con Margarita de
 Austria, su hija natural.

De Italia partió el emperador á Alemania,
 en donde hizo coronar rey de romanos á su
 hermano el infante don Fernando, ya rey
 de Hungría y Bohemia. Invadió estos reinos
 el emperador turco Soliman; pero Carlos
 quinto á la frente de un ejército compuesto
 de tropas de todos los príncipes del imperio,
 le obligó á retirarse con gran pérdida y de-
 saire: hazaña que no fue la menor del César,
 tanto por la innumerable gente que traia el
 orgulloso enemigo, como por la gravedad de
 la empresa en que se trataba de la libertad,
 ó de la destruccion de las potencias cris-
 tianas.

Volvió el emperador á España, pasando

por Italia, y entre tanto Barbarroja, atrevido pirata, que largo tiempo había infestado las costas del mar mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Mulei-Hacen, feudatario de los reyes de Castilla, acudió éste á implorar el socorro de Carlos, que recibién-dole bajo su proteccion, navegó con una armada á Tunez, y despues de haberse apoderado á viva fuerza de la Goleta, fortaleza que defiende la entrada de aquel puerto africano, y bien pertrechada por Barbarroja, ahuyentó á éste, y entró vencedor en Tunez año de mil quinientos treinta y cinco. Allí libertó crecido número de cautivos cristianos, algunos de ellos franceses; y restituyendo generosamente á Mulei-Hacen la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á ejecutar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbarroja con auxilio del turco continuó aun despues en molestar á los cristianos.

LECCION XVII.

Fin del reinado de Carlos quinto.

Nunca faltaron á Carlos quinto ocasiones en que manifestar su genio activo y belicoso, por que casi todo su reinado fue una

continuada série de campañas. Aun cuando hubiese querido evitar guerras, no le hubiese sido fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. El principal de ellos, que era el rey de Francia, volvió á inquietarles sobre el estado de Milan con motivo de la muerte del duque Francisco Esforcia. Renovóse la guerra, en que Francisco primero ganó varias plazas del Piemonte. El emperador por su parte no solo reprimió el ímpetu de los franceses, sino que conquistó algunos lugares de Provenza, y puso cerco á Marsella, no pudiendo continuarle por las enfermedades que padecieron sus tropas. Cuando asaltaba una torre cerca de Niza, murió en la demanda Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado la poesía castellana con su pluma, seguia la carrera de las armas, acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento. Indignado el Cesar por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó ahorcar á todos los villanos que defendian la torre.

En Flandes y en Picardia hizo Carlos quinto muy lentos progresos: y al fin, siendo medianero el papa Paulo tercero, sucesor de Clemente, ajustó en Niza una tregua de diez años con el rey de Francia, y se resti-

tuyó á España despues de haber quedado reconciliados los dos soberanos.

Confiaba tanto Carlos en la sinceridad de esta reconciliacion, que al año siguiente, que fue el de mil quinientos treinta y nueve, habiendo de marchar á Flandes para reprimir una sublevacion de los ganteses, pasó por Francia, y se hospedó en el palacio de Francisco primero, quien le trató con generosa magnificencia. Mas à pesar de semejantes muestras de amistad y buena fe, el rey de Francia, que jamas habia renunciado de veras el derecho que juzgaba tener al Milanesado, reiteró sus pretensiones, si bien no ignoraba que el emperador estaba resuelto á no condescender con ellas. Por último quebrantó la tregua; dando color á este rompimiento con las quejas que tenia de que dos embajadores suyos, cuando caminaban á Constantinopla, hubiesen sido asesinados en Italia, cuyo atentado atribuia á secreta disposicion del gobierno español.

Pareció á Francisco primero que se le proporcionaba ocasion muy oportuna de acometer á Carlos quinto, porque éste acababa de padecer una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, y apenas desembarcó cuando una furiosa tormenta destrozó la mejor par-

te de sus buques, de manera que sin haber empezado á pelear, hubo de retirarse, sufriendo con heróica firmeza aquella imprevisible adversidad.

Emprendió el rey de Francia la guerra contra el emperador por diversas provincias á un tiempo. El delfin sitió á Perpiñan; pero halló en aquella plaza tal resistencia, que levantó el cerco. El duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, consiguieron algunas ventajas; aunque los imperiales resarcieron muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla. El emperador, aliado con el rey de Inglaterra Enrique octavo, entró por Francia, rindiendo cuanto se oponia á sus armas; pero no se llegó á combate decisivo por haber tenido el francés la superioridad de las fuerzas del Cesar, que se acercaba á Paris, no sin terror de toda aquella comarca. Concluyóse finalmente la paz en mil quinientos cuarenta y cuatro, y Francisco primero ratificò la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros países, siendo esta guerra la última de las que tuvo con Carlos quinto.

Luego que cesaron las funestas discordias

entre España y Francia, ocuparon todo el cuidado del emperador las que afligian a Alemania con motivo de haberse propagado la heregia del pertinaz Lutero, favorecida de muchos príncipes, y particularmente del duque elector de Sajonia, y del Landgrave de Hesse. Al uno y al otro hizo prisioneros el cesar despues de una guerra en que no solo mostró su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, porque supo dar tiempo á que el poder de los enemigos se fuese debilitando, como en efecto debia suceder, siendo la liga de los protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino con las contribuciones de varias ciudades que se habia de cansar muy pronto de aquellos insoportables gravámenes. Apaciguáronse por entonces las revoluciones que la heregia causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente celo de Carlos quinto, si Enrique segundo, sucesor de Francisco primero, no hubiese distraído al emperador, moviéndole nuevas guerras. En ellas decayó bastante la fortuna de los imperiales; y el poderoso partido de los luteranos consiguió la libertad de conciencia que en otras circunstancias no se le hubiera tolerado. Tomaron los franceses la ciudad de Metz en Lorena; y el cesar in-

temó en vano recobrarla. Por otra parte cometia el turco repetidas hostilidades, cuyo conjunto de desgracias casi apuraba la constancia de Carlos quinto. Cansado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular ejemplo de lo desengañado que estaba del mundo y sus glorias, renunciando la corona de España en su hijo Felipe segundo, y la del imperio en su hermano el rey de romanos Fernando. Retiróse á vivir privada, y cristianamente en el monasterio de gerónimos de Yuste á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja. Allí permanció desde el año de mil quinientos cincuenta y seis en que hizo la renuncia hasta el de mil quinientos cincuenta y ocho en que falleció, despues de haber empleado en ejercicios piadosos los dos últimos años de su vida, con edificacion de todo el orbe cristiano, que no se admiró menos de la magnanimidad con que supo Carlos despreciar las grandezas humanas, que de los nobles afanes con que las habia adquirido.

Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viages á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos á Africa, habiendo navegado ocho veces

por el océano, y dos por el mediterráneo. En tiempo de este emperador se empezó à dar à los reyes de España el título de magestad en lugar del de alteza que hasta entonces usaban ; y se estableció formalmente la dignidad de grandes de España, que antes se llamaban ricos-hombres. Dió nueva planta al consejo de Estado, é instituyó el de las Indias, en cuyos negocios entendian desde el reinado de los reyes católicos algunos ministros escogidos de otros tribunales. Cedió à la religion de san Juan de Jerusalem la isla de Malta, despues que los turcos habian conquistado la de Rodas. Además de esto debe la cristiandad muy particularmente à su eficaz y católico influjo la celebracion del concilio de Trento, que empezó en el año de mil quinientos cuarenta y cinco, y habiéndose interrumpido varias veces, no vino à concluirse hasta el de mil quinientos sesenta y tres, cuando ya reinaba Felipe segundo.

El deseo de no interrumpir la narracion de las empresas de Carlos quinto en Europa, nos ha impedido hacer alguna mencion de las hazañas con que se ilustró el nombre español en las Indias occidentales.

Desde que Cristobal Colon halló el Nuevo mundo, no cesaron de hacer descubrimien-

tos y conquistas muchos insignes pilotos y caudillos españoles, como fueron Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Basco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solís, Rodrigo de Bastidas, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no menos dignos de memoria, Entre ellos sobresalió Hernan Cortés, natural de Medellín en Estremadura, varon de notable esfuerzo, penetracion y celo patriótico, que en el año de mil quinientos veinte y uno acabó de descubrir y conquistar felizmente el reino de Méjico, ó Nueva-España, bastando para muestra de su heroica intrepidez la resolución que tomó de barrenar, y echar á pique los bajeles para quitar á sus soldados la esperanza de volver atras, y empeñarlos en vencer ó morir. A esta importantísima y verdaderamente admirable conquista, como la llama su elegante historiador don Antonio de Solís, se siguió pocos años despues, la del reino del Perú, que otro animoso estremo, Francisco Pizarro, venciendo increíbles obstáculos, sujetó á la dominacion castellana.

Habia precedido á estos dos conquistadores Fernando de Magallanes, de nacion portugués, que se pasó al servicio de España, y en mil quinientos diez y nueve descubrió con

nueva y peligrosa navegacion el estrecho llamado de *Magallanes*.

LECCION XVIII.

Principios del reinado de Felipe segundo.

Aunque la monarquía, cuando entró Felipe segundo á gobernarla, llegaba despues de tantas conquistas á su mayor engrandecimiento, es fuerza confesar que las continuas guerras que habia sostenido Carlos quinto, la dejaron escasa de caudales y de poblacion, ademas de que ya empezaba esta á disminuirse por otra parte con las emigraciones de los muchos vasallos que pasaban á Indias. Hubiera sido entonces conveniente aspirar mas que á la adquisicion de nuevos dominios, á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados, con lo cual parece que hubiera conservado España un poder proporcionado á la estension de sus paises. Pero Felipe segundo quiso imitar á su padre en lo guerrero; y siendo menos afortunado, experimentó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia que, segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe tercero, creció en el de su nieto Felipe cuarto, y llegó á ser estremada

en el de su biznieta Carlos segundo, último de los reyes austriacos. No era Felipe segundo tan soldado como su padre, ni se halló personalmente como él en las batallas; pero tenia mayor talento político, por lo cual le dieron el dictado de *prudente*, mayor cautela é industria, mayor constancia en los peligros y adversidades; y desde su gabinete supo á veces mandar y hacerse temer tanto como Carlos quinto en la campaña.

Antes que este emperador renunciase la corona, su hijo el príncipe don Felipe, viudo entonces de la princesa doña María de Portugal, habia casado de segundas nupcias con doña María, reina propietaria de Inglaterra, hija de Enrique octavo, y de doña Catalina de Aragon; por cuyo matrimonio fue el mismo príncipe proclamado rey de Inglaterra. Reconcilió con la sede apostólica á los ingleses, que la habian negado la obediencia; pero habiendo fallecido despues sin sucesion la católica reina doña María, heredó la corona su hermana doña Isabel, que favoreció á los protestantes, y fue causa de graves desavenencias entre España é Inglaterra.

Los ánimos de españoles y franceses habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas; y en efecto las tomaron, empezando los franceses

por dar socorro al papa Paulo cuarto, que confederado con ellos movió guerra en Nápoles al rey católico. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que éste pasó repetidas veces con el sumo pontifice para evitar la perturbacion y escándalo de la cristiandad; y habiendo preso el papa á un embajador y á un ministro del rey don Felipe, entró por el estado romano el duque de Alba, que despues de ganar el puerto de Ostia, y otros varios lugares hasta dar vista á Roma, no se atrevió á renovar el fatal estrago que aquella capital habia padecido, cuando la saqueó el duque de Borbon. Las operaciones militares del de Alba, aunque menos sangrientas, bastaron para que el papa, desistiendo de las tentativas en que le habia empeñado la inquieta ambicion de sus sobrinos los Carafas, conviniese por fin en aceptar la paz con que España le estaba convidando.

Quando se redujo á ello, ya los franceses se habian visto obligados á abandonarle para acudir á defender la provincia de Picardía; pues el ejército del rey don Felipe acometia aquella parte de Francia, y tenia puesto sitio á la plaza de San Quintin. Cerca de ella se dió en el año de mil quinientos cincuenta y siete una memorable batalla,

consiguiendo los españoles el triunfo tan completo, que ganaron cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, y todo el bagage y artillería, é hicieron prisioneros á muchos nobles franceses. El rey, que estaba en Flandes, pasó á su campo despues del combate, y dispuso se diese el asalto á San Quintin. Tomóse en efecto aquella plaza, y tuvieron igual suerte las de Chatelet, Han y Noyon. El haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de san Lorenzo, fue la principal razon por que Felipe segundo ofreció dedicar á aquel santo mártir español el suntuoso y celebrado templo que mandó edificar en el Escorial, fundando tambien alli mismo un monasterio de gerónimos, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad y magnificencia, como de su buen gusto en las bellas artes, y del esmero con que las honraba y protegía.

Otra derrota poco menos funesta que sufrieron los franceses en la batalla de Gravelinas, los abatió de manera que trataron de proposiciones de paz. Ajustóse en mil quinientos cincuenta y nueve bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado casó de terceras nupcias el rey don Felipe con madama Isabel, que por esto

fue llamada *de la Paz*, hija de Enrique segundo de Francia.

En aquel mismo año confió el rey á su hermana natural Margarita, ya duquesa de Parma, el gobierno de los Países Bajos. al cual aspiraban el príncipe de Orange Guillermo de Nasau, y los condes de Horn, y de Egmont. Animados de este resentimiento, y deseosos de vengarse, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita, en nombre y por disposicion de Felipe segundo, zelaba la pureza de la religion católica, ejecutando severos castigos en los que la viciaban con adherir á las nuevas opiniones de Lutero, y otros heresiarcas de su escuela, que habian inficionado casi todas las provincias del norte. La nobleza y la plebe se rebelaron, prestando quejas sobre los tributos que el ministerio español las exigia, y sobre el establecimiento del tribunal de la inquisicion. El rey, que ya se hallaba de vuelta en España, no juzgó necesario acudir con su presencia y autoridad á Flandes, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de la ciudad de Gante, mucho menos temible que el de los Países-Bajos. Contentóse con enviar al duque de Alba don Fernando

Alvarez de Toledo, capitán el más hábil y respetado que se conoció en aquella era, dándole absolutos poderes y tropas con que reprimir á los malcontentos. Gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se pasó á Alemania, y á otros estados vecinos, los demás tomaron las armas. Prendió el duque de Alba á los condes de Egmon y de Horn, y los mandó degollar en Bruselas; pero el príncipe de Orange, implorando el auxilio de algunos soberanos protestantes, opuso un ejército al del duque, y se trabó la más sangrienta guerra, en que los rebeldes padecieron estragos, y también los causaron, destruyendo y saqueando los templos y las haciendas de los católicos. El genio del duque de Alba, incapaz de contemplaciones, era en aquellas circunstancias más propio para irritar que para serenar los ánimos; y las muchas justicias que hizo, lejos de curar el mal, le agravaron. Cuando Felipe segundo quiso aplicar remedios más benignos, ya era tarde. Su política, grande en la teórica, le fue inútil en la práctica; porque habiendo empezado á contener la rebelion con demasiada severidad, se vió precisado á recurrir á la clemencia después que los sublevados estaban tan sobre sí, que la creyeron debilidad más que clemencia ver-

dadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el monarca. Retirándose al fin el duque de Alba, gobernaron sucesivamente los estados de Flandes el duque de Medina-celi, don Luis de Zuñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, don Juan de Austria, hermano natural del rey don Felipe, Alejandro Farnesio, duque de Parma, hijo de Margarita, y los archiduques Ernesto y Alberto, sobrinos del rey. Todos se portaron con menos rigor que su antecesor el duque, y todos emplearon el valor y la prudencia ya en abatir, ya en atraer á los rebeldes; pero estos habian adquirido extraordinario poder. La principal parte de Flandes llegó á sacudir el yugo de la dominacion española, con negar la obediencia á Felipe segundo, rompiendo su real sello, y empezó á quedar en plena libertad asi de gobierno como de religion la república de Holanda que hasta hoy se mantiene con el titulo de los estados generales de las provincias unidas de los Países-Bajos.

Al considerar el esfuerzo, y constancia con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, y las árduas empresas que acometieron, á veces con felicidad, parece que el rey don Felipe hubiera reducido aquellos estados á la debida subordinacion.

sino hubiese divertido sus fuerzas á otras expediciones, cuales fueron las que tuvo que disponer contra los moriscos de Granada, contra el turco, contra Portugal, contra Inglaterra, y en favor de la liga católica que se oponia en Francia al rey Enrique cuarto y al partido de los calvinistas. De cada una de estas diferentes guerras daran noticia las dos lecciones siguientes.

LECCION XIX.

Continuacion del reinado de Felipe segundo.

A fines del año de mil quinientos sesenta y ocho los moriscos, ó cristianos nuevos de la ciudad y reino de Granada, dieron principio á un levantamiento que causò gran cuidado. Habíaseles prohibido la práctica de algunos ritos supersticiosos heredados de sus padres los moros, tomándose providencias para que observasen con exactitud las leyes del cristianismo que acababan de abrazar, hablasen lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades demasiado duras y sensibles entre una gente inquieta, como recién conquistada, y tenazmente adicta á los usos y costumbres de sus mayores, la sirvieron de estímulo, y tambien

de pretesto, para confederarse con secretas inteligencias, y tomar al fin las armas cuando mas desapercibido estaba el gobierno español. Eligieron los moriscos por soberano á Aben Humeya, hombre principal entre ellos, dándole título de rey de Granada y de Córdoba, y empezaron á acometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entonces muy á peligro de perder aquel importante reino, y de ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra quedaron sujetos los rebeldes, sin embargo de la obstinada resistencia que hicieron, fiados en los socorros que se les enviaban de Africa, y la fragosidad de las montañas llamadas Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos. Don Diego Hurtado de Mendoza refirió los sucesos de aquella guerra con tanto pulso, energía y magestad de estilo, que no podemos menos de recomendar muy particularmente la lectura de una historia tan bien escrita en todas sus partes.

La guerra contra los turcos duró muchos años, aunque con algunas interrupciones. En el de mil quinientos cincuenta y ocho llegó á Menorca una escuadra turca, y las tropas que de ella desembarcaron, despues de tomar por asalto el pueblo llamado Ciudadela, cau-

saron bastantes daños en aquella isla ; pero al fin se retiraron por verse muy disminuidas. Las piraterías del Arraez Dragut, gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gélbes, ó Gérbes, obligaron á juntar una mediana escurdra, con que emprender la conquista de dicha isla. Malogróse aquella jornada, asi por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades, y escasez de víveres que padecieron los cristianos, como por que, acudiendo la armada turca, ahuyentó á la nuestra, que perdió la mayor parte de sus galeras, y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazarquivir y á Oran; mas fueron rechazados de ambos presidios por el valor de las tropas españolas bajo la direccion de don Martin de Córdoba. El Peñon de Velez, que habia venido, como ya dijimos, á poder del rey don Fernando el católico, y vuelto al de los musulmanes, reinando Carlos quinto se rindió en mil quinientos sesenta y cuatro á las armas de Felipe segundo mandadas por dos grandes generales, don Sancho Martinez de Leiva, y el marques de Santa-Cruz don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, emperador de los turcos, acometió la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el

rey don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Por último, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entonces por los venecianos, ganó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagusta. La república de Venecia hizo liga con el papa Pio quinto, y con el rey de España para refrenar la arrogancia de los turcos; y aprestándose en mil quinientos setenta y uno una armada de mas de doscientos vajeles con cincuenta mil hombres de varias naciones, (aunque otros disminuyen este número) se confió el mando de ella al animoso y experimentado general don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, se avistaron las dos escuadras cristiana y turca, y se dió un reñido combate, eternamente glorioso para las armas católicas, por que en él quedó postrado el orgullo mahometano, pereciendo en la accion el general de los enemigos; doseientas galeras de las suyas fueron parte apresadas; y parte echadas á pique; los muertos y prisioneros turcos llegaron á veinte y cinco mil, y á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad.

Dos años despues de esta memorable batalla naval, cuando ya los venecianos, sepa-

rándose de la liga, habian hecho la paz con el imperio otomano , partió don Juan de Austria con otra armada contra Tunez y se apoderó facilmente de aquella ciudad por haber huido sus habitantes. Saqueóla y puso el gobierno del reino en manos de Muléi Hamet , hijo de Muléi Hacen, con quien el emperador Carlos quinto habia usado igual generosidad. Luego se le entregó voluntariamente la ciudad de Biserta, y dejando guarnicion en ella, se volvió á Sicilia. Mientras se estaba fabricando por disposicion de don Juan de Austria entre Tunez y el fuerte de la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, vinieron sobre ambas plazas una escudra turca, y un ejército de tierra mandado por los beyes de Argel y de Trípoli, que á costa de mucha sangre tomaron la Goleta, y se hicieron dueños absolutos de la ciudad y reino de Tunez año de mil quinientos setenta y cuatro.

LECCION XX.

Fin del reinado de Felipe segundo.

La reunion de la corona de Portugal con la de Castilla fue uno de los mas señalados acontecimientos del reinado de Felipe segundo.

Desde que, segun vimos en la leccion octava se separó Portugal de Castilla, le habian gobernado por espacio de cuatro siglos y medio diez y siete reyes. Fue el penúltimo de ellos don Sebastian, que murió sin hijos en una desgraciada expedicion que hizo á Africa, y el último su tio el cardenal don Enrique el Casto, que falleció en mil quinientos y ochenta. Pasó entonces el cetro portugués al monarca don Felipe, como que por su madre la emperatriz doña Isabel era nieto del rey don Manuel de Portugal. Contra el justo derecho de Felipe segundo alegaban los suyos el duque de Braganza, el de Parma, el de Saboya, y don Antonio, prior de Ocrato, hijo ilegítimo del infante don Luis de Portugal. Este don Antonio, que tenia ganadas las voluntades, no tanto de la nobleza como del pueblo, se hizo aclamar rey, y fue necesario que Felipe recurriese á las armas para librarse de aquel competidor, y asegurar la corona que él y los demas le disputaban. A este fin nombró por general de un grueso ejército al duque de Alba, que dejando el gobierno de Flandes, se hallaba á la sazón retirado en Uceda por disposicion del mismo rey; y fue tan rara la confianza con que el monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, como la lealtad con que, olvidando el duque sus par-

ficulares resentimientos, se sacrificó en servicio de la patria. No tardó en derrotar las tropas de don Antonio; obligóle á tomar la fuga; rindióse Lisboa, y quedó allanado todo el reino de Portugal, prestando obediencia al rey don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió perdon á los que le habian deservido. El prior de Ocrato, declarado por rebelde, se pasó á Inglaterra, implorando auxilio, y despues á Francia, en donde halló mas amparo; pues logró se le diesen setenta velas y seis mil ochocientos franceses. Con este socorro marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion, intentando fortificarse allí, y emprender la recuperacion de Portugal, cuando se hallase con bastante poder para ello. Pero se le frustraron sus designios; porque una escuadra española mandada por el marques de Santa-Cruz salió al encuentro de la francesa y la venció completamente. No se halló en esta batalla don Antonio por haberse refugiado con tiempo á la isla Tercera, desde allí se volvió á Francia: y dejando un gobernador en la isla, envió para su defensa una buena guarnicion de portugueses, franceses y ingleses.

A pesar de esta resistencia, la Tercera vino á poder de los españoles luego que el

mismo marques de Santa-Cruz la invadió con otra armada.

Incorporando Felipe segundo á su corona el reino de Portugal, adquirió por consiguiente las vastas posesiones que en las dos Indias oriental y occidental, habian descubierto y conquistado los portugueses, cuyo valor y pericia náutica se acreditaron admirablemente en ambos mundos.

Tambien empleó el rey don Felipe las armas contra Isabel reina de Inglaterra, que fomentando la heregía dentro y fuera de sus dominios, habia dado socorro á los sublevados de Flandes. Los corsarios ingleses perseguian las embarcaciones españolas, señalándose entre ellos Francisco Drak, que hizo frecuentes incursiones en la isla de Santo-Domingo, Cartagena de indias, en la Florida, en la Jamaica y en otros parages. Además de esto la reina Isabel habia mandado degollar injustamente á la reina de Escocia María Estuard; y los católicos de Irlanda, maltratados por los protestantes ingleses solicitaba la proteccion de Felipe segundo. Tales fueron los motivos que tuvo este monarca para mandarse equipase en mil quinientos ochenta y ocho una armada, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la

invencible. Encargóse del mando de ella el marques de Santa Cruz, y por muerte de tan valeroso y habil general, al duque de Medina-Sidonia. Pero el fortísimo armamento, despues de sufrir dos borrascas, experimentó la tercera y mas fatal cerca de las costas de Holanda. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos á que acogerse, fueron acometidos de las escuadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, pudieron aprovecharse del desorden en que habia puesto á la nuestra el furor de los elementos. Contra ellos y contra el enemigo peleaban á un tiempo los españoles: mas no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total pérdida de navios y de gente. La noticia del desgraciado suceso consternó á España, que en aquella ocasion perdió la flor de su milicia y de sus fuerzas marítimas. Solo el rey Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, diciendo cuando recibió el aviso: « Yo no los envié á combatir con las tempestades sino con los ingleses. » Animada la reina Isabel con esta especie de victoria que debió á los contratiempos del mar dispuso viniese una escuadra de setenta naves á hacer todo el daño posible en las riberas de Galicia y Portugal. Desembarcaron tropas inglesas en el puerto de la Coruña, y asalta-

ron la plaza; pero fueron rechazadas con gallarda intrepidez, y se retiraron sin conseguir otra cosa que haber saqueado el arrabal del pueblo. Igual tentativa hicieron contra Lisboa; pero tambien sin fruto, aunque causaron algunos estragos.

En mil quinientos noventa y seis volvieron los ingleses á España con nueva armada, y desembarcando cerca de Cádiz, se apoderaron de la ciudad, la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos.

Mandó Felipe segundo aprestar ochenta naves contra los ingleses; mas esta escuadra experimentó igual calamidad que la antecedente á causa de los temporales que la desbarataron por dos veces en las costas de Galicia; de suerte que apesar de la diligencia y exorbitantes gastos con que el rey procuraba tener en buen orden su marina, no pudo impedir que la inglesa destruyese con incessantes correrías muchas de nuestras posesiones en Europa y en Indias.

Para completar la noticia general de las principales expediciones que distrajeron á Felipe segundo de la empresa de Flandes, resta decir algo sobre la proteccion que dieron sus armas á la célebre liga católica, formada en Francia contra los calvinistas y hugonotes que reconocian por su fautor á En-

rique cuarto de Borbon, declarado heredero de aquella corona. En mil quinientos ochenta y nueve, luego que fue muerto alevosamente su predecesor Enrique tercero, recurrieron los coligados al favor del rey don Felipe el cual los auxilió con tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de la Bretaña, por la de Picardía, por la del Langüedoc y por la del Delfinado. El duque de Parma Alejandro Farnesio abandonó de orden del rey el gobierno de Flandes para acudir al socorro de los de la liga, en ocasion que era muy necesaria su presencia en aquellos estados por el grande incremento que habia tomado el partido de los rebeldes, no obstante haber ya muerto de un pistoletazo su primer caudillo el príncipe de Orange, y deberse al valor de los españoles algunos prósperos sucesos y conquistas de plazas. Vióse Enrique cuarto precisado por el duque de Parma á alzar el cerco que tenia puesto á la ciudad de Paris, como asi mismo el que puso despues á la de Ruan; y entretanto el duque de Saboya, yerno del rey don Felipe, consiguió felices victorias en Provenza. Enrique, en fin quitando á los confederados católicos todo pretesto de oponerse á su exaltacion al trono, abjuró el calvinismo, y reconciliado con la iglesia, fue recibido y aclamado

mado en Paris como legitimo soberano. Luego declaró formalmente la guerra á Felipe segundo , que no desistia de amparar á los coligados por mas que los veia en decadencia; con lo cual se renovaron las hostilidades. Tomó el frances por capitulacion la plaza de la Fera, y el archiduque Alberto, que por fallecimiento del duque de Parma le habia sucedido en el gobierno de los Países-Bajos, conquistó á Calés y otros pueblos. Tuvo igual suerte la ciudad de Amiens; pero Enrique cuarto marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió, sin embargo de haberla socorrido el archiduque.

Tan varios y poco decisivos fueron los sucesos de esta guerra, y tan crecidas las sumas de dinero que en ella habia espendido el rey don Felipe, sin considerable utilidad, que vino en ajustar la paz con el monarca frances año de mil quinientos noventa y ocho. Sintióse ya muy postrado del continuo trabajo del gabinete, y de la gota entre otras dolencias, conoció que se iba cumpliendo el plazo de su vida, y que habiéndole de suceder su hijo el príncipe don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pendiente la guerra con un competidor como Enrique cuarto.

En lo interior de España hubo algunos

disturbios durante el reinado de Felipe segundo pero sin grandes consecuencias. La mas notable alteracion, despues de la que hemos referido de los moriscos de Granada, acaeció en Zaragoza año de mil quinientos noventa y uno con motivo de haberse refugiado alli el secretario de estado Antonio Perez, hombre de sagaz ingenio, que hallándose preso en Madrid por graves cargos que se le hacian, logró evadirse de la prision. Halló defensores en Aragon su patria; y el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el secretario encarcelado de nuevo en aquella ciudad se amotinó, le libertó de las prisiones, y le facilitó el pasarse a Francia. Llegó la conmocion á términos de que el rey se valiese de las armas para contenerla, y castigase rigorosamente á los principales autores del tumulto, empezando por don Juan de la Lanuza, que á la sazón poseia la antiquísima y respetable dignidad de justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas reales.

Pocos dias despues de publicada la paz con Francia, en que se estipuló la restitucion de las plazas conquistadas por una y otra parte, falleció el rey don Felipe segundo en el real monasterio de san Lorenzo del Escorial,

dando patentes muestras de religiosidad y fervor cristiano. En medio de que su genio severo infundia en sus vasallos mas respeto que amor, y que por inevitables desgracias, ó por inadvertencias en que estan espuestos á incurrir los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía bastantes desmedros, fue muy sentida su muerte; y debia serlo, consideradas las virtudes verdaderamente reales que le adornaban. Sobresalian entre ellas el zelo en defender y propagar la religion; el infatigable desvelo con que atendia al despacho de los negocios; la heróica firmeza con que toleraba los infortunios y desgracias; el teson en sostener la causa que creía justa; la liberalidad en premiar á los sabios y aplicados á todo género de ciencias y artes, y el pródigo esmero que empleó en fundar útiles establecimientos, cuales fueron el real consejo de la cámara de Castilla, al cual dió nueva forma y autoridad, el archivo general de Simancas, la universidad y colegios de Duain en Flandes, y el aumento y dotacion de las escuelas de Lovaina, sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Consérvanla tambien las islas Filipinas, que tienen este nombre por haber sido descubiertas y con-

quistadas en su reinado, como igualmente lo fueron el nuevo Méjico, y otras provincias de Indias.

LECCION XXI.

Reinado de Felipe tercero.

No dejó Felipe segundo, aunque casó cuatro veces, otro hijo que Felipe tercero; pues el príncipe don Carlos, que nació de su primer matrimonio con doña Maria de Portugal, habia muerto de veinte y tres años asegurando en un encierro por disposicion de su mismo padre, dando motivo aquella prision y temprana muerte á varios discursos, que cuando no se quieran calificar de malignas sopechas, se han quedado en la clase de meras conjeturas muy dificiles de aclarar segun lo reservado del asunto, y de sus verdaderas causas. En el segundo matrimonio con doña Maria de Inglaterra careció el rey de sucesion, como ya insinuamos. Del tercero con doña Isabel de Valois, ó *de la Paz*, logró dos infantas; pero ningun varon; y aunque del cuarto con doña Ana de Austria tuvo á los príncipes Fernando, Carlos, Diego y Felipe, solo vivió este último, que entró á gozar la corona en el propio año de mil

quinientos noventa y ocho en que falleció su padre, y casó poco despues con su prima Margarita de Austria.

Para que no parezca exageracion nuestra lo que será forzoso decir sobre el lastimoso estado del reino á fines del siglo décimosesto nos valdrémos de las mismas palabras con que no pudo dejar de pintarle el cronista Gil Gonzalez Dávila, aun despues de haber encarecido sobre manera las acciones del rey Felipe segundo: „ España, dice, cabeza de tan dilatada monarquía, era sola la que por acudir á la conservacion de tanto mundo, estaba pobre, y mas en particular los leales reinos de Castilla, causada esta pobreza de los nuevos tributos que Felipe con voluntad de estos reinos habia impuesto; principio de la despoblacion y trabajos que andando el tiempo vinieron sobre Castilla, descaeciendo un reino tan opulento por la mucha priesa que le dieron con cargarle mas de lo que podian sus fuerzas; y el mismo Felipe se hallaba tan acabado que se le atrevió la necesidad poco antes que muriese, y le obligó á que saliese á pedir limosna de puerta en puerta (este nombre la dieron) por medio de algunas personas religiosas: y fue mas lo que perdió de reputacion que lo que se juntó de donativo; y causaba no poca admiracion en

los vasallos considerar la multitud de millones que habian venido de las Indias en tiempo de su reinado; y notaban con la curiosidad de la historia que en el año de mil quinientos noventa y cinco en el espacio de ocho meses habian entrado por la barra de San Lucas treinta y cinco millones de oro y plata, bastantes para enriquecer los príncipes de la Europa, y en el año de mil quinientos noventa y seis no había un solo real en Castilla y preguntaban *¿qué se hicieron, y adonde vinieron á parar rios ó mares tan caudalosos de oro?* La mar quedaba con pocos bajeles, y necesidad de armarse para poner freno á los corsarios de Africa, y piratas del Septentrion. En este estado dejó sus reinos Felipe segundo.

Bien que el nuevo rey Felipe tercero, cediendo á su genio benigno y pacífico, no emprendió las destructivas guerras que su padre, subsistieron, y aun se aumentaron en su tiempo las demas causas de la decadencia de España: Impusiéronse nuevos tributos sobre los comestibles y géneros de primera necesidad: lejos de establecerse manufacturas, se abandonaron las que había; y como el dinero va siempre á buscar los países en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del Nuevo mundo sino

como de paso para llegar á manos de naciones extranjeras. De este abandono y del de la agricultura provenia naturalmente la falta del comercio activo, agravándose estos atrasos con el mal reflexionado acuerdo que el rey tomó de duplicar el valor de la moneda de vellon cuya providencia ocasionó que subiese el precio de las cosas, y que los extranjeros introdujesen en cambio de nuestra plata grandes cantidades de moneda de cobre, fabricada por ellos. Cada dia se iba haciendo mas sensible la escasez de poblacion; y al paso que se enriquecian algunos validos despóticamente apoderados del gobierno del reino, los vasallos empobrecidos solo conservaban la sublime idea del poder y esplendor que habian gozado en algun tiempo, sin tener ya arbitrios efectivos con que sostener la gloria antes justa y loable, pero ya no bien fundada. Esto resulta de la historia, y esto debemos lamentar, examinando políticamente el reinado de Felipe tercero. Mas, por otra parte, si las prendas que deben adornar á un buen rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas se hallaria en nuestra historia reinado mas dichoso, porque ningun monarca le ha escedido en el celo católico, proteccion de la Iglesia, y caritativa liberalidad

en fundar monasterios, y otras obras pias, con ser tantos los que España ha tenido eminentes en esta virtuosa inclinacion.

Nada manifestó tanto su religioso espíritu como la providencia que se resolvió à tomar de espeler de España à los moriscos: determinacion no menos aplaudida por unos que vituperada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. Elógianla infinito los que atienden únicamente à la obligacion que nunca olvidó el catòlico rey conservar sin mezcla de supersticiones la pureza de la fe cristiana en sus dominios, y à la necesidad de libertarlos de unos enemigos domésticos muchas veces sublevados, y siempre tenaces en seguir tratos é inteligencias secretas con los moros de Africa, y otros adversarios del imperio español. Reprueban la providencia los que opinan que, sin llegar al extremo de una total espulsion, habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales à la religion, y à la monarquía, y para no privar à esta de mas de nuevecientos mil vasallos cuya falta habian de sentir la agricultura, la industria, y el comercio. Lo cierto es que Felipe tercero, no queriendo imitar el ejemplo de su padre, que despues de someter à los moriscos de Granada, tomó el arbitrio de alejar-

los de aquellas costas, y repartirlos por las provincias interiores del reino á fin de que no formasen un cuerpo poderoso y temible, se acercò mas á imitar al rey don Fernando el católico, que los persiguió severamente hasta espeler á los que no se convertian; pero con la notable diferencia de que los que entonces salieron de España eran verdaderamente mahometanos, y los que espelió Felipe tercero eran cristianos, aunque nuevos, y no todos bien confirmados en la fe. Permittedseles vender sus haciendas y alhajas, y habiendo empezado la espulsion en mil seiscientos y nueve, se concluyó cuatro años despues.

Ademas del destierro de los moriscos concurren á la despoblacion del reino, é influyeron en su decadencia otras causas que el consejo de Castilla representó al rey en una seria consulta que corre impresa, proponiéndole los principales remedios para atajar el daño. Pero asi como en este particular no llegó el caso de que siguiese Felipe tercero las prudentes máximas de su consejo, asi tambien esperimentó los inconvenientes de no haber observado la importantísima advertencia que de palabra y por escrito le habia repetido su padre sobre que procurase gobernar por sí, oyendo el dictamen de mi-

nistros celosos y no entregándose ciegamente á un solo privado que abuse de la autoridad. Tal fue cabalmente en su reinado el duque de Lerma, que llegó á ser absoluto dueño de los negocios, y no cayó de la privanza hasta que las multiplicadas y justas quejas manifestaron (tarde á la verdad) cuan grave era ya el desorden del reino contra lo que debía esperarse de un monarca á cuya justicia y sana intencion hubiera debido España su mayor fortuna si con estas virtudes no se hubiese mezclado la debilidad.

Conoció el rey que en la situacion de las cosas el principal beneficio de que estaba necesitada su monarquía era la paz, y así la ajustó con Inglaterra en mil seiscientos y cuatro, luego que falleció la reina Isabel; y en mil seiscientos y nueve estipuló con los holandeses una tregua de doce años, atendiendo á que la guerra que continuaba en los Países-Bajos, no habia traído á los españoles ventaja alguna, que no fuese estremadamente costosa. La empresa mas señalada de nuestro ejército bajo el mando del archiduque Alberto, y del marques de los Balbáses, Ambrosio Espinola, fue el largo y penoso sitio de Ostende. Esta plaza tenida por inespugnable se rindió finalmente á las armas católicas, siendo mayor la gloria que la

utilidad, ya porque costó muchas vidas y caudales, ya porque ocupadas las tropas españolas en aquel asedio, no pudieron acudir à la necesaria defensa de otras plazas no menos importantes, de que se fue apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de viveres, y ya no era posible mantener en aquellos países ejército bastante numeroso para conservar lo que en ellos poseia España, mucho menos para recabrar lo perdido. Entretanto los holandeses, aplicados al lucroso comercio y navegacion de las Indias orientales y occidentales, adquirian nuevo poder y arrogancia, de suerte que no pudo Felipe tercero concluir las deseadas treguas sino con dos condiciones sumamente duras para nosotros: la primera reconocer á la Holanda por república independiente; la segunda concederla el libre tráfico en Asia y América.

Al mismo tiempo florecia tanto la monarquía francesa, despues de apaciguadas sus anteriores guerras civiles, que no parecia ya prudente tenerla por enemiga; y á fin de consolidar la paz entra aquella potencia y la de España, se ajustaron en mil seiscientos y doce dos recíprocos matrimonios, el uno del príncipe de Austria don Felipe (que reinan-

do despues, fue el cuarto de este nombre) con la princesa Isabel de Borbon, hija de Enrique cuarto y el otro de doña Ana de Austria, hija de Felipe tercero, con Luis décimo tercio, que habia ya sucedido al mismo Enrique. Esta doña Ana fue madre de Luis décimocuarto, llamado el *grande* cuyo reinado es por tantos títulos célebre en la historia de Francia.

El rey, no obstante su declarada propension á la paz, no pudo dejar de empeñarse en algunas expediciones militares; porque habiéndose suscitado discordias en Italia entre el duque de Saboya, y el de Mantua sobre el ducado de Monferrato, y no consiguiendo Felipe se reconcillasen estos príncipes, segun lo habia procurado, entró el ejército español por el Piamonte, y ganó algunas plazas. Pero cedió el duque de Saboya, y se le restituyó lo conquistado.

Por motivo de haber Federico, elector Palatino, no solo pretendido, sino logrado mediante el favor de los protestantes las coronas de Hungría y Bohemia en perjuicio de Ferdinando segundo, socorrió don Felipe á éste con cuarenta y ocho mil hombres en dos distintas ocasiones, contribuyendo mucho tales auxilios á la victoria que al fin quedó por los austriacos despues de haber con-

tinuado aquella guerra muchos años.

No menos provechoso amparo concedió con sus armas á los católicos del pais de Val-telina, confinante con el Tirol y con el estado de Milan. Mientras sus vecinos los grisones adictos á la heregia, pretendian con apoyo de la Francia conservar aquel territorio, deseaba la casa de Austria mantenerle en poder de católicos para que la sirviese de paso y comunicacion entre los estados que poseia en Alemania y en Italia.

Los católicos de Inglaterra y de Irlanda le debieron tambien la mas generosa proteccion; y mientras duraban las ruidosas disensiones entre la sede apostólica, y la república de Venecia, mandó levantar y mantuvo con increíbles espensas un respetable ejército á las órdenes del conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de Italia, y se compusieron las diferencias entre Venecia y Roma sin llegar á las armas.

Por mar abatió repetidas veces á los turcos, acreditando su conducta y valor el marques de Santa Cruz, don Octavio de Aragon, don Juan y don Luis Fajardo, don Diego Pimentel, don Francisco Ribera, y otros ilustres caudillos, que en varios encuentros destruyeron muchas galeras enemigas, y ga-

naron ricas presas. El marques de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango, y la de los Querquenes. En mil seiscientos y diez adquirió el rey don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez de Berbería, y cuatro años después á fuerza de armas el de la Memora cerca de Tánger.

A los principios de su reinado, tuvieron en América los españoles una obstinada guerra contra los araucanos, indios belicosos del reino de Chile: y por el esfuerzo y buena disciplina de los nuestros fueron vencidos los enemigos en aquellas gloriosas batallas que celebró en verso castellano el poeta don Alonso de Ercilla.

Las islas Molucas ó Malucas, poseidas por dos portugueses en otro tiempo, y que después admitieron á los holandeses, fueron reducidas al dominio español. Los mismos portugueses, vasallos entonces del rey don Felipe, adelantaron mucho sus conquistas en la India oriental, ganando el reino del Pegú y otros países, y cerca de las islas Fidipinas fue derrotada por los españoles una escuadra holandesa que se dirigia contra ellas.

En el año de mil seiscientos veinte y uno

despues de haber hecho un viage á Portugal, falleció Felipe tercero, manifestando en el último trance todas las virtudes cristianas que le adquirieron el renombre de el *Piadoso*. Durante su reinado se constroyó el puerto del Callao de Lima, se repararon las fortificaciones de Portobelo, como asimismo las de Cádiz arrumadas por la invasion de los ingleses; aumentaronse las fuentes públicas de la villa de Madrid, edificóse su plaza mayor; y se empezó la fabrica del panteon del Escorial, destinado á la sepultura de las personas reales,

LECCION XXII.

Reinado de Felipe cuarto.

Luego que murió Felipe tercero subió al trono de edad de diez y seis años su hijo Felipe cuarto, á quien llamaron el *Grande*; titulo que si pudo convenirle por sus generosas prendas. no le conyino ciertamente en atencion á lo afortunado. Tan lejos estuvo de serlo, que en los cuarenta y cuatro años que reinó, vió sus dominios continuamente agitados de guerras, resultando mayores las pérdidas que las victorias, aunque de estas

logró algunas sumamente gloriosas para el nombre español.

La emulacion que desde el reidado de Carlos quinto habia escitado en casi todas las potencias estrangeras el engrandecimiento de la casa de Austria, se aumentaba al mismo paso que iban conociendo prácticamente no ser imposible contener sus progresos. La Francia fue quien por sí misma, ó por sus aliados movió las principales gneras contra España, ya mientras reinó Luis decimotercio, siendo su ministro el cardenal de Richelieu, célebre politico, ya durante el reinado de Luis decimotercio, que elevó su monarquía al mas alto grado de poder y esplendor, no solo en lo tocante á la fuerza militar, sino tambien en lo respectivo á las artes y ciencias.

Entregó Felipe cuarto su confianza y el gobierno de todos los negocios á su gran privado y confidente el conde duque de Olivares; y aunque empezó á reformar abusos de su corte, á moderar los gastos que agotaban el erario, y á fomentar con prudentes arbitrios la poblacion del reino, ó llegaban tarde, ó no alcanzaban estos remedios para reparar el abatimiento que desde los anteriores reinados experimentaba la corona. Los enemigos á quienes esta debia resistir eran

tantos y tan formidables, que nunca mejor que entonces se echó de ver adonde llegaban el valor y la constancia inseparables de los pechos españoles. En vez de admirarnos de lo mucho que se atrasó la monarquía en aquella época, admirémonos de que no se hubiese arruinado enteramente, porque así como en el auge y estension llegó á ser comparable al antiguo imperio romano, pudo tambien haberle imitado en la total decadencia y destruccion; y así parece que hubiera sucedido, estando en otras manos.

Seria tan molesto como ageno de nuestro proposito referir menudamente las muchas campañas que sostuvo por entonces nuestra nacion en diversas provincias dentro y fuera de sus estados. A un mismo tiempo, ó sucesivamente daban penosa ocupacion á las armas españolas Holanda, Flandes, Alemania, Italia Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa y las dos Indias.

Las treguas que Felipe tercero habia ajustado con Holanda espiraron luego que ciñó la corona Felipe cuarto. Renuévase la guerra, y continuando hasta el año de mil seiscientos cuarenta y siete en que se concluyó la paz de Múnster, y de Wesfalia, consiguen los holandeses algunas victorias por tierra, y

muchas por mar; pues si don Fadrique de Toledo les derrotó una armada junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la suerte de maltratar las nuestras en los mares de Nueva-España y el Perú, y cerca de Calés, aprensando tambien una rica flota portuguesa que venia de China. Saquearon la ciudad de Lima, recogiendo gran despojo, tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la Bahía de Todos-Santos, de la ciudad de San Salvador y de Fernambuco en el Brasil, aunque el mismo don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones. Si el marques Ambrosio Espinola rindió à Juliers al cabo de cinco meses de sitio, los enemigos se desquitaron con la conquista de otras plazas, y con el triunfo que obtuvieron junto á Luxemburgo, despues del cual llegaron á tal estado de superioridad y altivez, que rehusaron largo tiempo entrar en posesiones de ajuste con España. La mayor prueba de que la industria, el comercio y las artes proporcionan mas colmadas y sólidas ventajas que toda la fuerza de las armas es, que unos pescadores, cuales eran los holandeses, pudiesen hallar mediante su laboriosa aplicacion arbitrios con que sostener tan prolongada guerra contra una nacion temible, y

que mientras esta se aniquilaba con escesivos gastos, se aumentasen las riquezas y poblacion de aquella nueva república, cuya libertad é independendia quedó confirmada en el tratado de Múnster.

En las demas provincias del Pais-Bajo ardia igualmente la guerra. Felipe segundo, deseoso de calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un príncipe aleman, habia casado á su hija la infanta Isabel Clara con el archiduque Alberto, y la cedió en dote los Paises-Bajos. Pero falleciendo el archiduque sin dejar sucesion, se devolvió la propiedad de aquellos estados á Felipe cuarto, que, como señor de ellos, nombró gobernadora á la infanta archiduquesa viuda. Reiteraron entonces sus pretensiones los flamencos, empeñados en sacudir el yugo español, y aun intentaron establecer en su patria un gobierno republicano á imitacion del de Holanda. Aunque Espinola tomó por asedio la importante plaza de Breda, y el cardenal infante don Fernando, hermano del rey, que despues de la archiduquesa gobernaba los Paises-Bajos, venció á los confederados en algunas batallas, singularmente en la de Nordlingen, no dejaron estos de ganar varios pueblos, entre ellos á Maastricht; y en

tanta variedad de sucesos habia plaza que se perdia y recobraba tres ó cuatro veces.

Proseguia tambien la guerra en el Palatinado, consiguiendo frecuentes aunque costosas victorias los imperiales y españoles. El ejército de Dinamarca, potencia que se habia coligado con diferentes príncipes del imperio contra el emperador, padeció dos derrotas; pero por otra parte el rey de Suecia Gustavo Adolfo, uno de los mas insignes héroes de la historia moderna, se confederó igualmente con los enemigos de la casa de Austria; y en sus empresas contra ella logró felicidades correspondientes á su gran pericia y marcial espíritu.

Dió motivo á los franceses y españoles para tomar las armas en Italia la sucesion del ducado de Mantua, que heredaba el duque de Nevers con apoyo de la Francia, y á disgusto de Felipe cuarto. A éste socorrió el emperador con gran número de tropas, y se emprendieron en el espacio de tres años varias campañas, una de las cuales costó la vida al animoso y diestro caudillo Ambrosio Spinola. Sigue el duque de Saboya el partido de España: conquistanle los franceses parte de sus estados: vencen en dos combates á los austriacos; y no obstante que el ejército del emperador se apodera de Mantua

y la saquea, logran por último los franceses asegurar al duque de Nevers su herencia, cediendo España de aquel empeño para acudir con sus fuerzas á donde las llamaba otra necesidad mas urgente.

Oponíase en Alemania á los austriacos el elector de Tréveris bajo la proteccion de Francia; y como por esta razon hubiesen los españoles tomado á Tréveris, espelido la guarnicion francesa, y preso al elector, halló pretesto el cardenal de Richelieu para declarar á España nueva guerra en mil seiscientos treinta y cinco: guerra sangrienta que duró cerca veinte y cinco años, y casi acabó de consumir la gente y tesoros de España.

Unida Francia con los holandeses, el ejército de ambas naciones tomó á Tillemon; y si bien el del cardenal Infante, corriendo las tierras de las provincias de Champaña y Picardía, y conquistando plazas en esta última, se iba acercando á París hasta causar gran cuidado y confusion en aquella capital, se vió obligado á retirarse; y los franceses se apoderaron de Landrecie, Damvilliers y otras plazas, al mismo tiempo que los holandeses recobraron á Breda.

Entretanto el marques de Leganes, habiendo precisado á los franceses á salir del Milanésado, hizo considerable estrago en los

estados de Parma y Plasencia, cuyo soberano seguia el partido de Francia; tomó á Niza de la Palla, á Brem y á Verceli; y consiguió no menores ventajas en el Piamonte, poco despues de haberse hecho los franceses dueños del pais de Valtelina, sobre el cual habian precedido muchas competencias y diversos convenios tan pronto ajustados como desvanecidos.

En la raya de España sitiaron los mismos franceses á Fuenterrabía, y quemaron doce bajeles que conducian víveres y municiones á la plaza; pero la libertó valerosamente el ejército español, destruyendo en un vigoroso ataque el campamento de los enemigos, y obligándolos á tomar la fuga.

Fueron muy rápidos é importantes los progresos que continuaron estos haciendo en los Países Bajos, pues conquistaron á Hesdin, Yvoy, Arrás, Gravelinas, Courtrai, Dunkerque y otras plazas menores; y el mariscal de Turenna triunfó de los austriacos en la segunda batalla de Nordlingen, restituyendo al elector de Tréveris la libertad y la pacífica posesion del electorado.

El duque de Anguien (conocido por el nombre de el gran conde) despues que con haber ganado la memorable batalla de Rocroy, en que fueron muchos los muertos y

prisioneros de nuestra parte, resarcíó la pérdida y el desaire que habia experimentado en el sitio de Fuenterrabía, tuvo graves disgustos con el cardenal Mazarino, sucesor del de Richelieu en el ministerio de Francia. Pasóse al partido de los españoles; y uniendo sus armas con las de don Juan de Austria, hijo del rey don Felipe, habido fuera del matrimonio, é igual así en esta circunstancia como en el nombre y en la profesion militar al otro don Juan de Austria, hijo de Carlos quinto, abatió en tantas y tan gloriosas ocasiones á los franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternacion si á la intrepidez y acertadas disposiciones de aquel ínclito capitan no hubiese opuesto las suyas un digno competidor como el mariscal de Turena.

Habian sido infructuosas las negociaciones de paz entre Francia y España, y seguian las hostilidades con notable detrimento de ésta, aumentándose la despoblacion, las estrecheces del erario y las quejas de los pueblos. Ya los catalanes, aragoneses, valencianos, navarros y vizcainos reusaban sostener el peso de la guerra y de los gravosos tributos impuestos para continuarla, y los castellanos eran casi los únicos que peleaban por toda la nacion, sacrificando con firme leal-

tad sus vidas y bienes, cuando en el año de mil seiscientos cincuenta y nueve llegó Felipe cuarto á concluir con Francia la deseada paz llamada *de los Pirineos*, que aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. La principal condicion fue el ajuste del matrimonio de la infanta doña María Teresa de Austria, hija primogénita del rey, con Luis décimocuarto, aunque renunciando á la sucesion de la monarquía española. Este matrimonio y renuncia tuvieron despues grandes consecuencias, como veremos, cuando se trate de la exaltacion de la casa de Borbon al trono de España. Cedióse á Francia todo el Rosellon, con las plazas de Perpiñan y Salsas conquistadas ya por los franceses durante la guerra, y ademas una parte del condado de Artois, y otros territorios en los Paises-Bajos, obligándose Luis décimocuarto á restituir lo que habia adquirido con sus armas en el estado de Milan.

En los últimos años de la guerra con Francia tuvo tambien Felipe cuarto por enemiga á la Inglaterra. Gobernábala con titulo de protector el ambicioso Oliverio Cromuel despues de la trágica y escandalosa muerte dada á su rey Carlos primero en público cadalso. Rompió Cromuel con España,

y envió escuadras que, saliendo vencedoras en varios combates, invadieron nuestras colonias de América. Las islas de Santo Domingo y de Cuba, y la Tierra-firme se defendieron bizarramente; mas la isla de la Jamaica se rindió á los ingleses, y así esta posesion, como el puerto de Dunkerque, en cuya conquista habian coadyuvado á la Francia, se les entregó en virtud de un tratado de paz que ajustó con ellos el rey don Felipe, al mismo tiempo que estipuló la de los Pirineos.

Hasta aquí hemos compendiado los mas notables sucesos de las guerras pendientes fuera de España en este turbulento reinado; pero resta hacer mencion de otras dos sumamente fatales que dentro de ella se suscitaron con ocasion de las rebeliones de Cataluña y de Portugal.

LECCION XXIII.

Continuacion y fin del reinado de Felipe cuarto.

Entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, fue Cataluña la que como vecina á la raya de Francia experimentaba

mayores incomodidades por el frecuente paso de tropas y por los desórdenes que cometían. Agregándose á este sentimiento el de ver quebrantados algunos de sus privilegios, hizo á la corte representaciones que fueron mal despachadas, ó enteramente desatendidas, de lo cual se originó en Barcelona (año de mil seiscientos y cuarenta) una sublevación, que empezó por insultos contra los soldados, y acabó por una guerra formal contra el monarca. Desde luego sacrificaron los amotinados á su furor al virrey conde de santa Coloma; y los principales vecinos de la ciudad, ya disgustados del gobierno, viendo encendido el fuego de la sedición, concurren á aumentarle, juntando una especie de consejo como de república, y enviaron al rey de Francia un diputado para suplicarle los admitiese bajo su protección, y pedirle auxilios que muy de antemano sabían no les habia de negar. Imitaron otros varios pueblos de Cataluña el ejemplo de Barcelona, persiguiendo con tal encono á las tropas castellanas, que las obligaron á retirarse hácia el Rosellon. Cuando ya no bastaban para aplacar á los rebeldes las promesas que el rey les hizo de conservarles todos sus privilegios, y de perdonar generalmente á los culpados, fue preciso que nombrando

por virrey al marques de los Velez, le mandase valerse contra ellos del rigor de las armas, á cuyo fin le confió el mando de un ejército.

Entró, pues, en Cataluña el marques reduciendo muchos lugares á la obediencia de Felipe, y encaminándose á Barcelona, centro y movíl de la sedicion. Entonces los catalanes persuadidos de que no podrian sostenerse con el corto socorro que les habia franqueado Luis décimocuarto como su menor protector, resolvieron sujetarse á él como á soberano, y en efecto le aclamaron conde de Barcelona con la condicion de que no les impusiese nuevos tributos, ni encargase el gobierno de las plazas á otros que á los mismos catalanes. Envió Francia fuerzas de mar y tierra en defensa de los sublevados: trabóse la guerra con variedad de acontecimientos ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques muy reñidos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos ejércitos. El mismo rey don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente con rendir esta ciudad, que los franceses intentaron recobrar por dos veces, aunque en vano. Perdieron á Balaguer; mas ganaron á Rosas, plaza de gran importancia

por que facilita la comunicacion entre Rosellon y Cataluña. Sirvióles de poco el haberse apoderado de Tortosa, pues los castellanos los desalojaron de ella, pasando despues á bloquear á Barcelona, la cual, á pesar de su porfiada resistencia, vino á entregarse á don Juan de Austria por capitulacion en mil seiscientos cincuenta y dos. Espelió de alli este general á los franceses, desbarató sus tropas cerca de Gerona, libertándola del sitio que sufría, y pacificada la provincia, se concedió indulto á los sediciosos, á excepcion de los principales faccionarios, que fueron ajusticiados.

Poco despues emprendieron algunos catalanes nueva rebelion, y los franceses que los auxiliaban, se hicieron dueños de Villafranca y Puigcerdá; pero don Juan de Austria con fuerzas inferiores, atajó oportunamente los progresos de aquella segunda revolucion; y por el tratado de paz de los Pirineos restituyó Francia las pocas poblaciones que la quedaban en Cataluña.

En el propio año de mil seiscientos y cuarenta tuvo principio la sublevacion de Portugal, cuyas consecuencias fueron para la monarquía española hasta mas graves y sensibles que las del levantamiento de Cataluña. Las causas que motivaron ambos sucesos

no se diferenciaban mucho, y en ambos intervino la Francia con su influjo, ya oculto, ya manifiesto.

Gobernaba á Portugal como virreina, en nombre de Felipe cuarto, la duquesa viuda de Màntua, cuando algunos de aquellos vasallos naturalmente opuestos á la dominacion castellana, indignados contra el secretario Miguel de Vasconcelos, que manejaba despóticamente los negocios en Lisboa, y fatigados de prolijas guerras con pérdida de varios paises en la India oriental, resolvieron sacudir el yugo español, y colocar en el trono portugués al duque de Braganza, emparentado con los reyes de Portugal, anteriores á los austriacos. Tramóse la conspiracion con admirable sigilo; y llegando esta á prorumpir, dan los malcontentos inhumana muerte á Vasconcelos, arrojándole de una ventana de palacio: desarman las guardias de la virreina, la prenden, y proclaman rey al duque con el nombre de Juan cuarto. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; y entretanto España, empeñada en sosegar las turbaciones de Cataluña, y oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que el nuevo rey fuese reconocido no solo en Portugal y los

Algarbes, sino tambien en el Brasil y en la India, y sometiese á su dominio las islas Terceras que repugnaban admitirle.

Hasta que Felipe cuarto se desembarazó de guerras con Francia y con otros enemigos despues de las paces de Munster y los Pirineos, no empleó con vigor sus fuerzas de mar y tierra en reducir á Portugal, tratándole como provincia rebelde. Aunque en mil seiscientos cincuenta y seis habia ya fallecido don Juan cuarto, la reina doña Luisa de Guzman su esposa, que gobernaba el estado durante la menor edad de Alfonso sexto, atendió con tanto valor como acierto á la conservacion de su trono, difícil de defender en aquellas críticas circunstancias.

Empezaron activamente las hostilidades; y don Luis de Haro, sobrino del conde duque de Olivares, y que mas adelante le sucedió en el ministerio, entró por la provincia de Alentejo, y sitió á Elvas; pero acudiendo á socorrer esta ciudad el ejército portugués, obtuvo muy señalada victoria.

Por haberse frustrado á causa de temporales una espedicion marítima aprestada contra Portugal, se difirió la campaña para el año próximo siguiente, que fue el de sesenta y uno en que don Juan de Austria se encargó del mando de las tropas castellanas,

despues de haber pasado don Luis de Haro á negociar con Francia la paz, que era absolutamente necesaria. Aunque don Juau de Austria se apoderó de Évora, Estremoz y otras plazas, sus progresos no fueron tan dichosos que bastasen á desalentar á los enemigos, y estos le derrotaron cerca de la misma villa de Estremoz, peleando con el denuedo de hombres que defendian su patria, libertad y bienes.

Quejóso don Juan de Austria de que la corte no le asistia con los auxilios indispensables para sostener aquella guerra en que veia inutilizados los últimos esfuerzos de su valor, hizo dimision del mando; y tomándole el marques de Caracena, perdió otra batalla junto á Villaviciosa, con que acabaron los portugueses de asegurar á la casa de Braganza, la seberania, si bien continuó la guerra hasta despues de muerto Felipe cuarto.

A las sublevaciones de Cataluña y Portugal habian precedido en mil seiscientos cuarenta y siete una en Nápoles y otra eu Sicilia, siendo cabeza de la primera un pescador llamado Tomas Aniello, y de la segunda un calderero. En ambas cometieron los conjurados infinitas atrocidades. Los de Nápoles intentaron convertir su gobierno en re-

publicano con proteccion de la Francia, que envió en su auxilio una escuadra, y el pueblo llegó á dar título de dux de su nueva república al duque de Guisa, descendiente de los reyes de Nápoles, de la casa de Anjou; pero antes de mucho el virrey duque de Osuna y don Juan de Austria aplacaron la sedicion, castigando rigurosamente gran número de rebeldes.

Aunque los napolitanos ofrecieron despues al mismo don Juan la corona de aquellos reinos, él guardó la debida fidelidad al rey su padre, y empleó todo su esmero en restablecer alli la autoridad de la monarquía castellana.

El resumen de las acciones militares de este reinado demuestra bastantemente que en casi todo él se fueron acumulando desventajas y pérdidas; y no será ponderacion decir que solo dejó Felipe cuarto de tenerlas en Africa; pues habiendo los moros sitiado el puerto de la Mamora y la plaza de Oran, desistieron de una y otra empresa, retirándose con muy considerable disminucion de sus ejércitos; y tampoco sacaron fruto ellos ni los turcos de otras tentativas contra los españoles.

Cansado el rey de afanes y desgracias, falleció en mil seiscientos sesenta y cinco,

dejando por sucesor al príncipe don Carlos hijo de su segunda esposa y sobrina de doña Mariana de Austria; porque el príncipe don Baltasar Carlos que nació de su primer matrimonio con doña Isabel de Borbon, habia muerto antes de cumplir los diez y siete años causando esta desgracia general sentimiento.

LECCION XXIV.

Reinado de Carlos segundo.

El estado en que quedó la monarquía era el menos favorable para reparar sus males, pues Carlos segundo apenas llegaba á la edad de cuatro años, y su madre doña Mariana de Austria que gobernaba el reino ayudada de una junta de varios personajes que dejó instituida el difunto rey, introdujo en ella á su confesor el jesuita alemán Juan Eyerardo Nitardo, colmándole de honores y autorizados empleos, y entregándole el absoluto manejo de los negocios en que debia entender la junta de gobierno. Con este motivo se suscitaron muchos y muy graves disgustos. Don Juan de Austria, que por hermano del rey don Carlos, y por lo que habia servido á la patria era acreedor á la estimacion de la corte, y tenia razones para estar quejoso del

trato que recibia, se pasó á Aragon desde donde instó sobre la separacion del padre Nitar-do. Aragon, Cataluña, y muchos grandes del reino seguian su partido, con lo cual puso á la reina en precision de alejar de si á su confesor, que logó á lo menos se le diese el honroso destino de embajador á Roma. Al fin entrò don Juan de Austria á tener parte en el gobierno por lo perteneciente á los reinos de la corona de Aragon, cuidando de los demas la reina regente.

En mil seiscientos setenta y cinco cumplió Carlos segundo los catorce años, y tomó las riendas del gobierno, retirándose despues la reina, y distinguiendo el rey á don Juan de Austria con el encargo de su primer ministro, aunque este le disfrutó muy poco por haber fallecido prontamente. La situacion interior de la corte en todo el reinado de Carlos segundo fue muy espuesta á disensiones; y así en ella como en la constitucion general de la monarquia influyó mucho la debilidad de la complexion del rey, y su encogimiento ó pusilanimidad que provenia principalmente de la crianza que le dieron y de la sujecion á que desde su menor edad le acostumbraron los que le rodeaban ansiosos de mandar. Faltando vigor en el gobierno, y no usandose oportunamente del premio y del castigo, era

consiguiente que empeorase el estado del reino. Las urgencias obligaron á vender las principales dignidades y empleos como virreinos, presidencias y gobiernos políticos ó militares, y el dinero era ya título superior al del mérito. No solo continuaban en atrasarse las manufacturas y el comercio, (á cuya ruina deseó el rey aplicar algun remedio con establecer la junta general de comercio y moneda) sino que hasta el valor y disciplina militar, que eran los últimos y mas preciosos restos del poder español, llegaban cuando no á degenerar, á lo menos á decaer, sintiéndose ya demasiado la falta de poblacion, de tropas y de caudales. Malogróronse muchas expediciones: tomaron los moros del puerto de la Mamora, ocasionándonos tambien gastos y cuidados con los repetidos sitios que pusieron sobre Larache, Oran, Melilla, y Ceuta; y aunque España se alió con Holanda, con Inglaterra, con el Imperio, y con Suecia para contrarestar á la Francia y defender de sus invasiones el Pais-Bajo, favorecia casi siempre la fortuna á la actividad, conducta, poderosos ejércitos y hábiles capitanes de Luis décimocuarto.

Quando Carlos segundo empezó á gobernar por si halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas de su

reino, pues además de no haber sido ventajosa la guerra sostenida contra Francia (según luego veremos) tampoco lo había sido la que se había hecho en Portugal para reducir al dominio español aquellos estados. En mil seiscientos sesenta y ocho se ajustó la paz con Alfonso sexto, y reconociéndole soberano legítimo de Portugal se le restituyeron algunos territorios conquistados por las armas castellanas, y no conservó España otra posesión portuguesa que la ciudad de Ceuta en la costa de Africa.

Once años después levantaron los portugueses una fortaleza con denominación de colonia del Sacramento à la margen septentrional, del río de la plata en la América meridional; sin embargo de que ambas orillas de este río habían pertenecido siempre à la corona de Castilla por derecho de descubrimiento, conquista, ocupacion y posesion notoria. Mientras solicitábamos en Lisboa órdenes para la evacuacion de aquel fuerte, el gobernador de Buenos-Aires se había apoderado de él demoliéndole en parte; y para evitar el rompimiento que con este motivo amenazaba entre las dos cortes, se determinó por un tratado, llamado provisional, que la colonia quedase depositada en manos de los portugueses, y fuese comun à ambas naciones el uso del puerto y del terreno in-

mediato. Nombráronse comisarios para el examen y declaracion de los derechos de una y otra corona ; y no habiendo podido convenirse en un congreso que celebraron en Badajoz y Yelbes , ni llegado el caso de que el papa dirimiese la discordia , segun se habia acordado , quedó pendiente la disputa , que en los reinados subsiguientes originó desavenencias , precisó á tomar las armas , y despues de varias negociaciones y tratados no ha venido á concluirse hasta nuestros dias , en que Portugal ha devuelto á Castilla la colonia consu territorio y contestados derechos ; bien que á la sazón ya ocupada y demolida por las armas españolas.

El Rey de Francia sobre pretensiones al ducado de Brabante , que juzgaba pertenecer á su esposa la reina doña Maria Teresa de Austria , habia emprendido hostilidades en los Países Bajos , tomando entre otras plazas las de Charleroi , Tournay , Duai , Oudenarde y Lila ; y en pocas semanas sea habia hecho dueño de todo el Franco-condado. Por las paces que terminaron esta guerra firmadas en Aquisgran casi al mismo tiempo que el tratado con los portugueses , se restituyó Francia dicho Franco-condado ; pero nó lo ganado en Flandes.

Antes de cuatro años renovó Luis deci-

mocuarto la guerra, alegando para motivarla el resentimiento de que España se hubiese confederado con Holanda á fin de atender á la recíproca conservacion de los terrenos de una y otra potencia en los Países-Bajos. Entonces fue cuando la Francia adelantó mas sus conquistas en ellos; rindiendo á Maastricht, Lieja, Limburgo, la ciudad de Conde, la fuerte plaza de Valenciennes, Cambrai Gante, Saint-Omer, Ipres y Arrás, y volviendo á ocupar el Franco-condado.

Durante esta guerra protegió Francia á los sublevados de la ciudad Mesina en el reino de Sicilia; y aunque las tropas de los rebeldes aliadas con los franceses vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis décimocuarto se apoderase de aquel pais en que al principio fue reconocido por soberano; antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército.

Casi todos los citados pueblos de Flandes quedaron en poder del rey de Francia por el tratado de paz ajustado en Nimega año de mil seiscientos setenta y ocho, como asimismo el Franco-condado que desde entonces hata el presente ha permanecido bajo la dominacion francesa.

Pero Luis el grande llevado de su belico-

so espíritu y deseo de gloria, y conociendo que la casa de Austria daba á la de Borbon la mas favorable oportunidad de engrandecerse, emprendio tercera vez la guerra en Flandes y en Cataluña con pretesto de solicitar se le entregase el condado de Alosté, y no venir en ello la corte de Madrid. Continuaron las victorias de aquel monarca, ya ganando los paises bajos á Luxemburgo, Mons, Charleroi, y Namur (bien que perdió despues esta última plaza) ya conquistando en Cataluña las de Urgel, Belver, Rcsas Palamós, Gerona, Ostalric y Barcelona; y ya apoderándose una escuadra suya del puerto de Cartajena de Indias. La mayor parte de estas conquistas se restituyó á España en mil seiscientos noventa y siete por el tratado de Riswik; sacrificio que hizo con sagaz política la casa de Borbon deseando obligar y tener contento á Carlos segundo para un fin tan importante como el de conseguir la llamase en su testamento á la sucesion de España, segun se verificó.

Habia casado dos veces el rey don Carlos, la primera con Maria Luisa de Borbon, primogénita del duque de Orleans y sobrina de Luis décimocuarto, y la segunda con doña Mariana de Neoburg, hija del conde elector Palatino del Shin. Ni en uno ni en

otro matrimonio habia tenido sucesion, siendo pocas, ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud. Varios potentados de Europa, previniéndose para el caso de fallecer sin hijos Carlos segundo, estipularon en la Haya un tratado ó convenio secreto par el cual intentaban repartir entre sí los dominios españoles, adjudicando al hijo primogénito del elector de Babiera la corona de España con las Indias y los Países-Bajos; á Luis Delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia, y otros territorios de Italia, ademas de la provincia de Guipuzcoa; y á Carlos archiduque de Austria, hijo segundo del Emperador Leopoldo, el ducado de Milan. Con ocasion de haber muerto en muy tierna edad el príncipe electoral de Babiera, ajustaron despues segundo tratado en que arreglaban de otra manera la division de la monarquía española; y el rey que habia ya protestado contra el primero por medio de sus embajadores, no pudo sufrir sin indignacion que quisiesen las cortes estrangeras disponer á su arbitrio de unos reinos cuyo soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Consultó, pues, Carlos segundo negocio tan grave con el pontifice Inocencio duodécimo y con una junta de ministros sabios y rectos,

cuyo último dictámen á pesar de algunos que le contradecian , fué que el derecho de la sucesion de España pertenecia á Felipe duque de Anjon , hijo segundo del Delfin , como nieto de doña Maria Teresa de Austria , hermana mayor del rey , y segun las leyes de estos reinos legítima heredera de la corona , con preferencia á doña Margarita hermana menor , que estuvo casada con el emperador Leopoldo , y fue abuela del difunto príncipe electoral de Babiera . Pretendia heredar los derechos de éste el mismo emperador , y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Carlos , alegando que no debia atenderse á la primogenitura de la reina doña Maria Teresa , madre de Delfin , supuesto que para contraer matrimonio con Luis décimocuarto habia hecho solemne renuncia del trono de España . Mas replicaba Francia que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular era preciso conceder que se habia hecho única y espresamente con el fin de que nunca se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España , y que cesaba este inconveniente , habiendo dejado la reina dos nietos , de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia .

Convencido de esta razon Carlos segundo ,

y sacrificando á ella el efecto que naturalmente debia profesar á la casa de Austria de que descendia, otorgó su testamento en octubre del año de mil y setecientos, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou: y murió en el mes próximo siguiente, despues de haber nombrado para la gobernacion del reino mientras estuviese ausente el sucesor una junta compuesta de la reina y varios prelados, ministros y magnates.

Con la muerte del rey don Carlos se estinguió en España la línea austriaca que habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del presente siglo décimooctavo.

LECCION XXV.

Principio del reinado de Felipe quinto.

Luego que aceptó Luis décimocuarto el testamento de Carlos segundo, y fue declarado rey de España, el duque de Anjou, con el nombre de Felipe quinto, partió éste á Madrid, adonde llegó en febrero de mil setecientos y uno, é inmediatamente le prestaron solemne juramento de fidelidad sus prin-

principales vasallos dándole plausibles muestras de amor y respeto, así por el derecho con que entraba à gobernar la monarquía, como por las recomendables prendas que le adornaban, y por las grandes esperanzas que en la florida edad de diez y siete años daba su generosa índole ayudada de una excelente educación. A estas esperanzas correspondieron los efectos, pues habiendo hallado Felipe quinto sus reinos en tanta decadencia, y viéndose despues obligado à sostener contra enemigos estrangeros y domésticos dilatadas guerras para defender su corona, no solamente logró España no empeorar de estado, como era de temer, sino que adquirió poder, gloria y ventajas efectivas, venciendo à sus enemigos, gozando un gobierno generalmente justo, benigno y pródigo, y empezando à experimentar las utilidades que nacen de la industria, navegacion, comercio, artes y ciencias. Supuesto que nadie podia con prudente fundamento prometerse que se reparasen todos los inveterados males que padecia la nacion, trocándose repentinamente sus grandes calamidades en completas dichas, es constante que Felipe hizo por el bien de ella muchísimo mas de lo que parecia posible segun las circunstancias, y que à su religiosa piedad, recto proceder, ta

lento, beneficencia y valeroso espíritu se debe al restablecimiento de la monarquía. Esta reconoce cuanto ha influido el heroico ejemplo de aquel soberano en el zeloso esmero con que sus hijos y sucesores han mirado por el honor, auge y conveniencia de los vasallos españoles; y cuenta por una de sus mas memorables épocas la exaltacion del primer Borbon rey de España. Unicamente la queda el sentimiento de que un príncipe á quien concedió el cielo todas las virtudes para reinar prósperamente, no hubiese heredado la corona en el mismo estado que la heredó Felipe segundo. Pero aunque esta hubiera sido la mayor fortuna de España, acaso hubiera resplandecido entonces menos el gran mérito de Felipe quinto, faltándole aquellas tristes, pero gloriosas ocasiones que tuvo de manifestarse digno del renombre de *Animoso* con que justamente fue aclamado. Y á la verdad las fatigas que le costó la recuperacion del trono que le usurpaban sus émulos y la constancia con que resistió la adversidad, le han conciliado para siempre el afecto y admiracion de sus fieles súbditos aun mas que las afortunadas empresas militares conque al fin salió victorioso.

Todas las que ocurrieron durante la guerra de sucesion son de las mas notables que

se leen en la historia de España , y dignas de referirse con la posible especificacion ya por sus importantes consecuencias, respecto á la Europa entera , y particularmente respecto á los que hoy vivimos bajo la legítima dominacion de los Borbones ; ya por haber empleado en aquellas campañas su esfuerzo y destreza grandes generales asi de parte de los enemigos como de la nuestra , y ya porque las hizo Felipe quinto mas señaladas, poniéndose con frecuencia al frente de los ejércitos, sin desalentarle los riesgos é incomodidades de la milicia , resolucion que despues de Carlos quinto , rara vez se vió en sus predecesores.

Reconociéronle por soberano el papa Clemente undécimo, el rey Guillermo tercero de Inglaterra, Pedro segundo de Portugal, Federico cuarto de Dinamarca, Carlos duodécimo de Suecia, la república de Holanda el elector de Babiera , y otros potentados, pero no el emperador, el cual despues de no haber contestado á la carta en que Felipe quinto le participó su exaltacion al trono determinó cometer á las armas la decision de los derechos que pretendia tener á la monarquía española. Empezó las hostilidades en la Lombardia, mandando su ejército el príncipe Eugenio de Saboya, general de

acreditada pericia y valor, que disgustado con la corte de Francia en donde se habia criado, se pasó al servicio de los imperiales. Contra este ejército envió Luis décimocuarto el suyo á Italia, como tropas auxiliares de las de España, á las órdenes de los mariscales de Tessé y de Catinat, y del príncipe de Vaudemont, gobernador de Milan. Ayudaba con ocho mil hombres el duque de Saboya, que seguia entonces el partido de la casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien por su hija doña Maria Luisa Gabriela, princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, que acababa de contraer matrimonio con el rey don Felipe. Ademas del duque de Saboya, se habia confederado con España y Francia el rey de Portugal; pero de ningún fruto fueron estas dos alianzas, antes bien llevadas uno y otro soberano de su propio interés cierto ú aparente convirtieron despues las armas contra el rey católico, coligándose con el emperador, la Inglaterra y la Holanda, que mediante un tratado concluido en la Haya y llamado de la *grande alianza*, habian reunido sus fuerzas para la empresa de destronar á Felipe quinto. Al rey de Portugal atraieron los aliados con la promesa de hacerle dueño de lo que

en Galicia, en Estremadura, y en las Indias se conquistase á la corona de Castilla.

Pasó el rey católico á Aragon y á Cataluña; celebró cortes en Barcelona, en donde le prestaron juramento de fidelidad; y recibió en Figueras á la reina su esposa, que venia de Turin, rivalizando allí los desposorios ya contraídos por poderes. Determinó pasar á Nápoles para apaciguar los disturbios que se supo movian en aquella capital los parciales de la casa de Austria, y para visitar al mismo tiempo los demas estados que poseia en Italia, amenazados de una próxima invasion. Por esta causa no pudo Felipe celebrar cortes en Zaragoza como lo habia resuelto; pero las celebró la reina, á cuyo cargo quedó el gobierno durante la ausencia del rey, dirigiéndola con sus consejos el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, adicto por entonces á Felipe quinto, y muy versado en los negocios desde el reinado de Carlos segundo.

La muerte de Guillermo rey de Inglaterra, no alteró las disposiciones del partido enemigo, porque Ana Estuard, que sucedió en el trono inglés, continuó eficazmente la confederacion, favoreciendo las pretensiones del archiduque Carlos de Austria. Presentóse á vista de Cádiz una escuadra ingle-

sa, y los habitantes, sin embargo del corto número de tropas y escasez de municiones, se prepararon á la defensa con tanta lealtad como prontitud. Intentaron los ingleses ganar á los gaditanos con lisongeras insinuaciones; pero viendo que se mantenian fieles á su rey Felipe quinto, acudieron á valerse de la fuerza, y desembarcando en el puerto de Rota; se apoderaron de él por la poca resistencia que hizo su gobernador, y saquearon la ciudad del puerto de Santa-Maria. Sus esfuerzos para rendir á Cádiz fueron tan inútiles, que hubieron de retirarse desairados, y con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucia el gran número de parciales austriacos que ligeramente se habian figurado. Recobrando los españoles á Rota, ahorcaron á su gobernador, mas como á traidor que como á cobarde. La armada enemiga se encaminó al puerto de Vigo en Galicia, adonde acababa de llegar una rica flota de las Indias occidentales, y la cometi6 dentro del mismo puerto á pesar del vigor con que la defendian los navios españoles y franceses que la habian comboyado, y cuyo número era muy inferior al de la escuadra inglesa. Al fin los mismos españoles, viendo que era inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercader-

rias: y para que los enemigos no se aprovecharan de las que quedaban y de los caudales de la flota, la prendieron fuego; pudieron, no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero; y apoderándose de él, se retiraron victoriosos, y apresaron siete vales de guerra y otros de menor porte, despues de haber causado en el puerto considerable estrago.

Entretanto el rey, dejando pacificado el reino de Nápoles, en donde le habian recibido con estraordinario júbilo, pasó á Milan, y luego á Santa Victoria en cuyas inmediaciones se hallaba acampado su ejército. Ya el principe Eugenio habia conseguido ventajas en Carpi y en Chiari contra las tropas españolas, francesas é italianas, y sorprendido en Cremona, haciendo prisionero al mariscal de Villerói; pero sin lograr la conquista de la plaza por el esfuerzo con que rechazó la guarnicion. Habia tambien bloqueado á Mantua, y sin duda la hubiera tomado, si el duque de Vandoma no la hubiera socorrido tan activamente. Presentóse Felipe quinto á la frente de su ejército, acompañándole Vandoma como general, y cerca de Santa Victoria derrotó y puso en fuga á los enemigos. A esta felicidad se siguió la de ganar la batalla de Lúzara en que el

mismo rey mostró bien su marcial espíritu. Peleóse con rara valentia por ambas partes, y ambas cantaron la victoria; pero lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de Luzara, quedó dueño del campo. Gustá-la y Borgoforte se rindieron poco despues; y el rey, conociendo que su presencia era ya necesaria en España para defensa del trono que le disputaban, se restituyó á Madrid cuando empezaba el año de mil setecientos y tres.

LECCION XXVI.

Continuacion del reinado de Felipe quinto.

Seguia la guerra en Italia con variedad de sucesos y niuguno decisivo, porque ni Luis décimocuarto, ni sus enemigos podian emplear alli todas sus fuerzas á causa de necesitarlas para otras guerras que habian emprendido á orillas del Rhin y del Danubio y al mismo tiempo en los Países-Bajos. Ya se hallaban ambos ejércitos de Italia retirados á cuarteles de invierno, cuando el archiduque, que con nombre de Carlos tercero, habia sido reconocido en Viena por rey de las Españas y de las Indias, y que habia resuelto venir á coronarse en Madrid, navegaba con una arma-

da de ingleses y holandeses. Pasó por Holanda y por Inglaterra, y despues de largos contra tiempos llegó á Lisboa en marzo de mil setecientos y quatro. Persuadiéndose que apenas supiesen los castellanos que estaba cerca de sus tierras, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. Pero el éxito no correspondió á estos designios; porque siendo Felipe quinto un monarca tan amante como amado de sus vasallos, la mayor y mas sana parte de ellos abrazó con ardor su causa, sin dejarse preocupar de los varios manifiestos que esparcia el archiduque para conciliar los animos de los que no le eran afectos, y alentar á los que lo eran. Dieron en Lisboa al archiduque tratamiento de rey, y como á tal le besó la mano el almirante de Castilla don Juan Tomas Enriquez de Cabrera que adhiriendo al partido austriaco se habia pasado inesperadamente á Portugal, despues de haber salido de Madrid con el destino de embajador á la corte de Francia.

Declarada ya la guerra á los portugueses llegaron á España tropas francesas mandadas por el mariscal duque de Berwick, hijo natural del rey Jacobo de Inglaterra, y marchó el rey con ellas y las españolas. Empezó la campaña, peleando unas y otras como irri-

tadas contra el monarca portugués en vista de su mala correspondencia y facilidad en declararse por el archiduque, despues de haber reconocido á Felipe quinto y hecho alianza con el. Animaba á los soldados con su ejemplo el mismo rey católico que se esponia á todas las contingencias y fatigas de la guerra, sin desdeñarse de comer en pie, sirviéndole de mesa un tambor. Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Idaña, Castelblanco, Monsanto, Portalegre y otros pueblos, de los cuales solo recuperaron entonces á Monsanto. Hubo tambien algunos encuentros gloriosos para Felipe; y hasta que los excesivos calores impidieron la continuacion de la campaña, que habia durado tres meses, no se restituyó su magestad á Madrid. Despues el rey de Portugal acompañado del archiduque se acercó con su ejército á Castilla; pero no hizo progresos importantes por no haber osado trabar combate con Berwick, como hubiera podido hacerlo segun la superioridad de fuerzas.

Intentaron los ingleses y holandeses sublevar la Cataluña, y á este fin se dejaron ver con una escuadra en Barcelona. Al principio hicieron proposiciones amistosas; pero no surtiendo efecto por la entereza con que

Las desechó el virey don Francisco de Velasco bombardearon la ciudad. Descubrióse en tiempo y se logró desvanecer la secreta conjuración de algunos malcontentos parciales del archiduque, y los enemigos partieron de Barcelona poco satisfechos. Mas fortuna tuvieron en Gibraltar; pues hallando aquella plaza no menos escasa de guarnición que de municiones, se apoderaron fácilmente de ella; y el ejército de tierra con aquellos españoles procuraron luego recobrarla, no recogió el fruto de sus conatos por haberla socorrido oportunamente otra armada inglesa, rindiendo á los pocos navios franceses que se opusieron á ello.

Los enemigos aliados despues que tomaron á Gibraltar, conociendo que para dominar enteramente el estrecho les convenia hacerse dueños de Ceuta sitiada muchos años habia por los moros, hicieron la tentativa de presentarse en esta plaza, y proponer á su gobernador que si reconocia por soberano al archiduque, la libertarian del cerco puesto por los moros. Mantuviéronse fieles el gobernador y los demas sitiados; y su heroica resistencia bastó para que desistiesen de la empresa los enemigos. La escuadra de estos y la francesa, reforzada con algunas naves españolas, tuvieron cerca de Málaga un terri-

ble combate en que cumpliendo ambas su deber, quedó indecisa la victoria, bien que fue verdadero triunfo de los franceses haber obligado á los ingleses á salir del mediterraneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció durante el año de mil setecientos y cuatro. En Italia logró el ejército alemán incorporarse con el del duque de Saboya, aunque los franceses; oponiéndose á esta perjudicial reunion, desbarataron algunos cuerpos de tropas imperiales. El duque de Vandoma, derrotando despues á los enemigos en Estradella y Castelnovo, y tomando por fuerza á Susa, Verceli y otras plazas del Piamonte los precisó á retirarse hácia el Trentino, pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna con la importante batalla de Hoehstet ó Bleinherin que ganaron á los bávaros y franceses.

La campaña del año de mil setecientos y cinco fue para los portugueses mas ventajosa que la anterior porque minoradas con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar las tropas que debian defender nuestras fronteras y conservar lo conquistado en las de Portugal, ni el marques de Bai, general flamenco que mandaba el ejército español, ni el mariscal de Tessé que acaudillaba á los france-

ces, pudieron resistir al marques de las Minas, y á los generales Galovai y Fagel que capitaneaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Asi fue que los enemigos recobraron á Salvatierra, rindieron á Valencia de Alcátara y á Alburquerque, sitiaron á Badajoz, y se hubieran apoderado de esta plaza y de la de Alcántara, si no hubiese empleado el mariscal de Tessé la mayor diligencia en socorrerlas.

El archiduque, mientras para disponer los ánimos á su favor enviaba emisarios por casi todas las provincias de España, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de los aliados se presentó en Alicante y luego en Denia. De esta ciudad se apoderó, valiéndose ya de amenazas, ya de artificiosos agasajos, y ya de secretas inteligencias que tenia no solo en ella sino en otros pueblos del reino de Valencia con los partidarios de la casa de Austria, muchos de los cuales empezaron á aclamarle por soberano. Los que se empeñaban en sostener fiel y noblemente el juramento prestado á Felipe quinto ayudados de tropas que envió el rey, sosegaron por entonces en parte á los sediciosos; pero Denia permanecia en poder de estos, y un tal Basset, valenciano que por huir de la persecucion de la justicia se habia pasado á servir al emperador y si-

guiendo despues al archiduque, gobernaba en su nombre aquella ciudad, se hizo dueño de Gandía y Alcira. Pasó á la misma capital Valencia, y se la entregaron los confidentes que dentro de ella tenia, siguiéndose una general conmocion del reino, y la division de todo él en dos bandos por Austria y por Borbon.

Hizo entretanto el archiduque un desembarco en Barcelona, en donde halló muchos que le recibiesen como á legitimo rey. Sublevados los habitantes de Vique y de sus cercanías partieron á reforzar en Barcelona el partido austriaco; y cundiendo la rebelion por muchos pueblos del principado, se entregaron al enemigo la villa de Figueras y las ciudades de Gerona, Lérida y Tortosa. Unas despreciables partidas de foragidos, sin disciplina militar, eran las que, cometiendo inicuos destrozos y profanaciones, ocupaban estas importantes plazas que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados ejércitos; pero tanto podia el desafecto de sus moradores á Felipe quinto. Como los rebeldes no se fiaban en su propio valor y destreza en la guerra, sino meramente en la fácil disposicion que hallaban en los pueblos á seguir la bandera austriaca, no se atrevieron á emprender la conquista

de la plaza de Rosas , cuyo gobernador conservó su fidelidad al rey católico.

Resolvió por último el archiduque la espugnacion formal de Barcelona ; y despues de tomar el castillo de Monjuí por la casualidad , de haber caido una bomba en un almacén de pólvora , se le rindió la ciudad , obligada á capitular , no obstante la vigorosa defensa que habian hecho los leales. Igual suerte tuvo despues Tarragona , y casi todas las plazas de Cataluña estaban presididas de guarniciones inglesas. Quedó , pues , por el archiduque la mayor parte del principado siendo digno de reparo que los propios catalanes que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon , y convenido en unirse con ella contra la de Austria reinante , se uniesen ahora con la misma de Austria contra la de Borbon tambien reinante.

Estendióse á Aragon la rebeldía de Cataluña , prestando obediencia á los austriacos la villa de Alcañiz otras. Aquella fue recuperada por un mediano ejército que envió Felipe quinto á las órdenes del principe Sterclaes de Tilli , y los sediciosos padecieron algunas derrotas ; pero tomaron la villa de Vinarre en el condado de Ribagorza , y luego la de Monzon ; aumentándose cada dia

el número de facinerosos, y todas las calamidades que son consiguientes á una guerra civil. Las armas del rey sugetaron algunos lugares de Aragon, y contuvieron á los catalanes para que no se internasen mas en este reino.

En mayo de mil setecientos y cinco habia fallecido el emperador Leopoldo, y José primero su hijo, que le sucedió en el trono, continuó favoreciendo con igual teson el archiduque Carlos, su hermano, sin abandonar la guerra de Italia, en donde el duque de Vandoma conquistó á Verna, Villafranca, Niza y otras plazas fuertes, y dió cerca de Casano una memorable batalla al príncipe Eugenio, quedando vencedor por mas que los enemigos pretendieron negarle esta gloria; pero no fue tan dichoso en Turin, porque el príncipe le forzó á levantar el sitio con que tenia estrechada aquella corte.

LECCION XXVII.

Continuacion del reinado de Felipe quinto.

Fue el año de mil setecientos y seis bastante desgraciado para el rey don Felipe; pero nunca manifestó mas su magnánima fortaleza. Marcha á Cataluña con un ejército lle-

vando consigo al mariscal Tessé; pone sitio á Barcelona; reducíela á suma consternacion, y ya parecia que no podia dejar de ser preso en ella el archiduque, y terminarse felizmente la guerra. Bloqueada la plaza por una armada francesa, y ganado el castillo de Monjuí, se esperaba por instantes la rendicion de la ciudad, cuando se avistó una poderosa escuadra inglesa, y hubo de retirarse la francesa á Tolon por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fue para los enemigos esta operacion, que el ejército real se vió en precision de alzar el cerco, y Felipe quinto determinó volver á Madrid.

Animado el archiduque con este suceso, salió de Barcelona; y entrando en Aragon, le rindieron vasallaje todos los pueblos por donde transitó hasta llegar á Daroca.

Continuaba la rebelion en el reino de Valencia despues de haberse apoderado de Játiva los sublevados; y en algunas poblaciones como Quarte y Villareal fue tal la pertinacia con que los malcontentos se resistieron á los capitanes del rey, que estos las entregaron á las llamas, cuando de otro modo era imposible vencer la despechada obstinacion de los contrarios. No eran menores los disturbios de Aragon; y le alcazaba casi igual

parte en los estragos de la guerra. Perdióse Cartagena en el reino de Murcia, y llegó el caso de no conservar Felipe quinto en Cataluña otra plaza que la de Rosas, ni en Aragon otra que la de Jaca, ni en Valencia mas que Alicante y Peñíscola.

Ademas de esto, los portugueses auxiliados de las tropas de Inglaterra y Holanda, se iban internando en ambas Castillas, dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, aunque no conservaron esta última ciudad por la oposicion y descontento que hallaron en sus habitantes.

Viendo el rey el peligro que le amenazaba en Madrid, hácia donde se encaminaban los aliados desde Portugal por una parte, y desde Cataluña por otra, y conociendo cuan difícil era evitar la reunion de ambos ejércitos enemigos, deliberó trasladar la corte á Burgos. Pasó allá la reina con todos los tribunales, y el rey á Sopetran, en donde estaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick.

No tardaron los coligados en llegar á la villa de Madrid, que se les entregó sin arbitrio para resistirse, como lo deseaba, y lo mismo hizo Toledo. En tan estrecha situacion propusieron á Felipe que abandonando los reinos de España se volviese á Francia

para ponerse en salvo; pero el rey con heroica firmeza se negó á ello; protestando que hasta perder la vida defenderia su corona, y no desampararia á vasallos que tanta lealtad le habian acreditado. Esta constancia del soberano aumentó la de sus guerreros, que aunque pocos, ofrecieron verter por él la última gota de sangre. Anduvo despues muy valida la especie de que pensaba el monarca, ó á lo menos le habian aconsejado sus ministros pasar á Méjico, y establecer allí la silla del imperio español; pero estas ideas se quedaron en meros discursos.

El ejército de los portugueses, despues de haber enviado un destacamento á Cuenca, y logrado que se rindiese por capitulacion aquella ciudad al cabo de tres dias de valerosa defensa, dejó la villa de Madrid con alguna tropa al cuidado del conde de las Amayuelas, y partió á incorporarse en Guadalajara con el archiduque. No tardó en llegar á Madrid un cuerpo de caballeria encargado por el rey don Felipe de reconquistar esta villa, como en efecto lo consiguió, haciendo prisionero de guerra al conde de las Amayuelas, suceso que celebraron los madrileños con las mayores demostraciones de júbilo.

No supieron los aliados aprovechar inme-

diatamente la ocasion de sejuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos ejércitos reunidos; y mientras que suspendian toda operacion militar por la discordia que reinaba en los dictámenes de sus generales, iba Felipe quinto rehaciendo sus escuadrones, y sin aventurar batalla molestaba al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías hasta cansarle y disminuir notablemente su retaguardia. El archiduque, así por esta razon, como porque sabia cuan mal recibidos habian sido en Madrid los imperiales, no quiso entonces esponerse al desaire de que en aquella capital le admitiesen únicamente por fuerza: y reservando para mas favorable ocasion su entrada en la corte, se encaminó á Valencia, y de allí á Barcelona, cuyos habitantes instaban por su vuelta. Vino en este tiempo á Madrid el rey don Felipe, y le recibieron con general regocijo, volviendo tambien la reina desde Burgos.

Los enemigos habian puesto á Alicante en necesidad de rendirse, no obstante la briosa defensa de sus moradores, despues de apoderarse de Cartagena por traición del conde de Santa Cruz, que se pasó al partido de los aliados, entregándoles las galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros.

Hicieron sus tentativas contra Murcia; pero esta ciudad se mantuvo fiel, y los precisó á desistir del propósito de ganarle. Salamanca se resistió igualmente á la segunda invasion de los coligados. Recobróse Alcántara y luego Cuenca, como tambien Orihuela, que en la general revolucion habia caido en poder de los contrarios, y con igual fortuna se recuperaron Cartagena y Elche. Navarra defendia con loable esfuerzo sus fronteras; y no menos firmes y leales se conservaron las islas de Canarias, pues teniendo la de Tenerife á la vista una escuadra enemiga que la intimaba se rindiese, hizo resistencia hasta obligar á los contrarios á retirarse. No sucedió lo mismo en la isla de Mallorca, porque si bien se negó su virey á entregarla á los ingleses que la amenazaban con una armada, la misma guarnicion y vecinos de la ciudad de Palma se sublevaron, facilitando la entrada de la plaza al archiduque, y siguiéndose la entrega de toda la isla y de las de Menorca, Ibiza y Formentera.

Las desgracias de este año de mil setecientos y seis alcanzaban tambien á Italia y á los Países-Bajos. En ellos ganó el enemigo la batalla de Ramiles, y se hizo dueño de Bruselas, Lovaina, Brujas, Gante, Osrende y otras plazas que habian pertenecido á los

españoles. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes cerca de Calcinato; pero habiendo puesto el duque de Orleans segundo sitio á Turin, desbarató el principe Eugenio á los franceses, los hizo retroceder con gran pérdida, y consecutivamente se apoderó de Milan, Novara, Paria, Casal y otros importantes puestos, quedando declarada en aquellos paises la superioridad del partido imperial, sin que pudiesen España y Francia resarcir tantos contratiempos con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon.

Mudaron de aspecto las cosas en la primavera del año de mil setecientos y siete, cuando nuestro ejército mandado por el duque de Berwick ganó la mas insigne y completa batalla en los campos de Almansa, villa del reino de Murcia, en el confin de Valencia. Ademas de perder los enemigos, segun relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dejaron en poder de los españoles la artilleria, y bagajes. Con este feliz acaecimiento, en cuya memoria mandó el rey levantar una columna en el mismo campo de la batalla, se alentaron los españoles y franceses, y en el discurso de este año y el siguiente hicieron tan rápidos progresos, que los reinos de Aragon y Valencia

con sus capitales volvieron á la obediencia de Felipe quinto, y aun tambien algunas ciudades y territorios de Cataluña, como Lérida, Tortosa, Puigcerdá y toda la Cerdania. Játiva en el reino de Valencia, se resistió con imponderable tenacidad, y no dando oídos á proposicion alguna sobre entregarse llegó á experimentar todo el rigor de la guerra. Los sitiadores concibieron tal enojo contra los sitiados, que al entrar en la ciudad la saquearon, pasaron á cuchillo gran parte de sus habitantes, sin que el general de nuestras tropas pudiese estorbarlo, y el pueblo quedó asolado casi enteramente. Despues se reedificó, y se le mudó el nombre de Játiva en el de San Felipe.

Al fin de esta campaña aseguran que solo llegaba á cinco ó seis mil hombres el ejército de los aliados. Perdieron los portugueses á Moura, Serpa y Ciudad-Rodrigo; y á estas prosperidades se agregó la de haber dado la reina á luz, con indecible gozo de los vasallos leales, un principe, que despues reinò con el titulo de Luis primero.

No eran tan favorables los avisos que se recibian de Italia, porque continuando las ventajas de los imperiales, se habian estos apoderado de Módena y Susa, y lo que es mas del reino de Nápoles, cuya capital se

declaró por ellos; y con la entrega de Gaeta quedó á su disposicion todo el reino.

En el año de ocho ocuparon los ingleses á Cerdeña, nombrando por virey de ella al conde de Cifuentes, que seguia la faccion austriaca. Volvieron á conquistar á Menorca, que en el año anterior habia sido recobrada por los españoles, y Orán pasó á poder de los moros, despues de un largo sitio.

LECCION XXVIII.

Continuacion del reinado de Felipe quinto hasta la paz de Utrecht.

Empezaron los aliados á reforzar su ejército en mil setecientos y nueve; y las condiciones de paz que proponian eran tan duras é ignominiosas, que aunque Francia sentia ya demasiado el peso de tan prolijas guerras contra los principales potentados de Europa, prefirió continuarlas. Entonces se mostró Felipe quinto mas resuelto que nunca á no desamparar su trono, sin embargo de que mientras los enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, los socorros de la Francia iban disminuyéndose. Hallábase aquel reino muy exhausto de tropas y caudales por atender á la guerra de Flandes, á

la de Alemania y otras; y perdiéndose despues en los Países-Bajos la infausta batalla de Malplaquet, quedó mas imposibilitado de ausiliar á España.

Por este tiempo el papa Clemente undécimo, que siempre habia estado á favor de Felipe quinto, se vió en precision de reconocer por rey de España al archiduque, y de dar paso por el estado pontificio á las tropas imperiales que se encaminaban á Nápoles; con cuyo motivo mandó el rey católico salir de España al nuncio de su santidad, y cerrar el tribunal de la nunciatura.

Continuaban las hostilidades en la frontera de Portugal; y dándose un combate no lejos de Badajoz en el campo de Gudiña, quedaron vencidos los portugueses é ingleses con pérdida de tres mil hombres entre muertos y prisioneros.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia, á escepcion de haberse rendido Balaguer al conde Staremberg, general aleman. Algunas refriegas particulares que hubo, fueron por lo comun mas favorables á los nuestros que á los enemigos; pero mayores hubieran sido los progresos de las armas españolas y francesas, si no hubieran sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desave-

neneias, que no cesaron hasta que, partiendo en posta el mismo rey don Felipe á visitar su campo en Cataluña, restableció en lo posible la buena armonía.

Pasó el rey á Zaragoza en el año de mil setecientos y diez, y poniéndose á la frente de su ejército, marchó á Cataluña, y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. Como ellos la rehusasen, se contentó con molestarlos, haciendo algunas correrías, y con tomar la ciudad de Cervera, y varios castillos y pueblos menores; pero en Almenara el enemigo con un nuevo refuerzo que acababa de recibir embistió á las tropas del rey, que no se hallaban entonces reunidas, y aunque al principio se vió el archiduque obligado á refugiarse en Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos, y Felipe quinto se retiró á Lérida. Volvieron los coligados á introducirse en Aragon: hubo otro choque en que su pérdida fue mayor que la nuestra; y al fin se vino á trabar en las inmediaciones de Zaragoza una batalla formal harto desgraciada para Felipe, pues el valor con que pelearon sus tropas no bastó á impedir que venciese el número superior de las contrarias. Siguióse la pérdida de Zaragoza y el internarse en Castilla los aliados, dirigiéndose triunfantes á Madrid. Trasladó el rey su cor-

te y tribunales á Valladolid y despues á Vitoria, y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y lealtad de sus vasallos, no hubo demostracion de celo que el monarca no les debiese. Hicieron las provincias fieles esfuerzos increíbles para afianzarle el trono, poniendo en pie nuevo ejército que el duque de Vandoma vino á mandar al lado de Felipe quinto.

Logran entonces los castellanos sorprender á Balaguer con una estratagema y destruyen sus fortificaciones. Entretanto los aliados entran con el archiduque en Madrid despues de haber devastado las tierras de Castilla la Nueva. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos frecuentemente esparcidos podian sujetar los ánimos á la dominacion austriaca. Aflijidos con la opresion los vecinos de la corte, cerraban sus puertas, negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á ella los necesarios mantenimientos, si la entrada del nuevo soberano en Madrid solo fue aplaudida de algunos niños y gente plebeya que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente.

El archiduque, mal satisfecho del modo con que le habian recibido, salió de Madrid y algun tiempo despues hizo lo mismo su ejército, que con la ociosidad y vicios que de

ella nacen se iba corrompiendo y debilitando. Restituyóse el archiduque á Barcelona, temiendo perderla con su ausencia. Staremberg, dejando á Toledo en donde habia tomado cuarteles de invierno, se encaminó hacia Aragón; y Felipe quinto entró en Madrid con festivos aplausos, partiendo inmediatamente á su ejército. El de los enemigos, deseoso de llegar á Cataluña por la noticia que tenia de que el conde de Noalles venia contra ella acaudillando un cuerpo de tropas francesas, marchaba dividido en dos trozos, uno de imperiales á las ordenes de Staremberg que caminaba adelantado y otro de ingleses al mando del general Stanhop con algunos portugueses, que se habia quedado atrás y hacia noche en Brihuega. Nuestro ejército forzandolas marchas, no solo alcanzó allí á Stanhop, sino que hizo avanzar un destacamento que le cortó la comunicacion con el general austriaco. Dióse un vigoroso ataque á la villa en donde habian procurado los enemigos fortificarse; y despues de una porfiada resistencia hubieron de entregarse á discrecion en número de cinco mil hombres con mucha oficialidad. Parte Felipe quinto al encuentro de Staremberg, que ya retrocedia con sus tropas en socorro de Stanhop; preséntaron la batalla en las cercanias de Vi-

Naviciosa, y obtiene venturoso triunfo, dejando reducido á solos ocho mil hombres el campo de los coligados, cuyas fuerzas eran superiores, tomándoles la artillería y persiguiéndolos hasta espelerlos de Castilla y de Aragon. Estas dos acciones en que el rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de rigoroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de los soldados españoles, fueron las que principalmente le aseguraron la corona, y dieron á sus armas tanto mayor gloria quanto mas señalado fue el valor con que combatieron los adversarios. Dirigióse Felipe quinto á Zaragoza, y entró victorioso en la misma ciudad que poco antes le habia visto vencido. Arregló el método de los tribunales de Aragon, como ya lo dejaba hecho con los de Valencia, conformándolos á las leyes de Castilla, y aboliendo muchos privilegios que los naturales de ambos reinos habian gozado en los siglos precedentes.

En el fin de este año y principios del inmediato de mil setecientos y once creció la fortuna del rey católico con la conquista de Gerona, Solsona, Arens, Cardona y otros pueblos de Cataluña, y con haber precisado á los portugueses á desistir del intento de acometer nuestras fronteras, y ceñirse á defender meramente las suyas.

Tuvo entonces el rey don Felipe el gran sentimiento de la muerte del Delfin su padre y poco despues la favorable noticia de que habiendo fallecido sin hijos el emperador José primero, hermano del archiduque, partia éste á Viena: grave novedad con que mudaban de semblante los negocios.

No tardó el archiduque en ser electo emperador, denominándose Carlos sexto; y ya los ingleses y holandeses sus confederados tenian interés en que este príncipe no llegase á coronarse rey de España, porque se persuadian que seria tan formidable como Carlos quinto, si con los estados de la casa de Austria y con la potestad imperial reunia el dominio español. Asi desmayaron en la empresa, y solo se proponian ya renovar el antiguo pensamiento de dividir entre si á España, ó desmembrar á lo menos algunas de sus posesiones. Esta disposicion de los aliados, la derrota que padeció el príncipe Eugenio en Landrecie y Denain, y la felicidad de Felipe quinto en hallarse ya dueño de Aragon Valencia y gran parte de Cataluña, aceleraron el ajuste de la paz, que se concluyó en Utrecht año de mil setecientos y trece. Las principales condiciones de ella fueron que el duque de Anjou seria reconocido por legitimo soberano de España y de las Indias,

renunciando por si y sus descendientes á la sucesion de la corona de Francia, y los duques de Berri y Orleans á la de España: que Cerdeña Nápoles y Milan se adjudicarian al emperador: que al duque de Saboya se cederia el reino de Sicilia. (el cual trocó despues el duque con el emperador por el reino de Cerdeña:) que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España quedarian en custodia de los holandeses, pero teniendo la casa de Austria el supremo dominio de ellas; y que la Inglaterra consesvaria á Gibraltar y Puerto Mahon con la isla de Menorca que habia conquistado. Este fue todo el fruto que de tan dilatada guerra sacaron los ingleses; y las grandes ventajas que se prometia Portugal, se redujeron á recobrar las plazas que habia perdido en sus fronteras y adquirir en propiedad la colonia del Sacramento, y bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondria.

El emperador que no desistia de sus pretensiones á España, no accedió al tratado de Utrecht; pero sin embargo las tropas alemanas desampararon á Barcelona, y casi todos los pueblos de Cataluña se vieron precisados á someterse á Felipe quinto. Barcelona fue la que mas tardó en rendirse, aunque re-

ducida á sus propias fuerzas. Los castellanos y franceses la sitiaron por tierra, la bloquearon por mar, la bombardearon, y mandándolos el mariscal de Berwick, la dieron muchos y reñidos asaltos, hasta que de resultas de uno general se rindieron á discrecion los barceloneses en mil setecientos y catorce, con gran fortuna suya en que nuestro ejército lejos de abusar de la victoria los tratase humanamente segun lo habia mandado el rey, dejándoles las vidas y los bienes. Perdieron no obstante los catalanes la mayor parte de sus antiguos privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos. En el año inmediato se aprestó una expedicion contra Mallorca, y asi esta isla como las de Ibiza, Formentera y Cabrera cedieron á las armas españolas.

LECCION XXIX.

Continuacion del reinado de Felipe quinto, y última parte de él despues de la muerte de Luis primero.

Restablecido ya Felipe en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando cuanto era posible

los daños que las turbulencias y excesivos gastos de la guerra habian ocasionado. Hallábase en la edad de treinta y un años y viudo de la reina doña Maria Luisa de Saboya, que en mil setecientos y catorce habia fallecido, dejando dos hijos: uno era el príncipe de Asturias don Luis, y otro el infante don Fernando, que reinando despues, fue el sexto de este nombre. Contrajo, pues, el rey en aquel mismo año segundas nupcias con doña Isabel Farnesio, princesa heredera de Parma, que por su elevado espíritu y talento, cultivado con el estudio, mereció distinguido lugar entre las famosas reinas de España. El primer infante que esta soberana dió á luz fue don Carlos, á quien el cielo tenia destinada la corona que hoy descansa en sus sienes.

Murió en mil setecientos y quince el rey Luis décimocuarto, y como su sobrino el duque de Osleans, que gobernaba á Francia durante la menor edad de Luis décimoquinto, seguia politica bien diferente de la de Luis el grande, se originaron entre las cortes de Madrid y de Versalles inesperadas desavenencias. Dieron motivo á ellas por una parte el regente de Francia que habia hecho sin consideracion alguna á Felipe quinto, una liga llamada la *triple alianza*, con In-

glattera y el emperador; y por otra parte el cardenal Julio Alveroni, ministro de Felipe quinto, que seguia en Francia una secreta y artificiosa negociacion para despojar de la regencia al duque de Orleans. Llegó el caso de que la misma Francia emprendiese hostilidades contra el monarca español; mas por fortuna duraron muy poco, y se restableció la buena armonía, aceptando Felipe quinto el tratado de la *triple alianza*, que despues se llamó *quadruple* por haber entrado en ella la Holanda, y alejando de su lado al cardenal Alveroni, cuya caída no fue menos estraña que lo habia sido su fortuna.

Durante el gobierno de este cardenal empezó el rey católico á poner en ejecucion la idea de recobrar los estados perdidos en Italia. Conquistó en mil setecientos diez y siete la isla de Cerdeña cedida al emperador por el bien de la paz, y alegaba el gabinete español para justificar esta conquista, las quejas que tenia de Carlos sexto por lo que favorecia las pretensiones de catalanes y mallorquines, sin que las tropas imperiales evacuasen enteramente á Cataluña, segun estaba acordado en el tratado de Utrecht. Tambien invadió nuestra escuadra la isla de Sicilia; pero una armada inglesa impidió el logro de aquella expedicion.

Serenadas ya con la paz todas las discordias, se publicó en mil setecientos veinte y uno el casamiento del principe de Asturias don Luis con doña Isabel de Orleans; hija del duque regente; y en mil setecientos veinte y cuatro admiró á toda Europa la inopinada resolucion que tomó el rey católico de renunciar la corona en el mismo don Luis, retirándose al real sitio de San Ildefonso en donde habia edificado un palacio con magnificos y deliciosos jardines. Dejó Felipe quinto el trono á tiempo que podia recoger tranquilamente los frutos del heróico afan con que le habia ganado, en lo cual dió noble prueba de generosidad y cristiana filosofia escediendo su gloria á la de otros monarcas que han abdicado las coronas, cuando perseguidos de la adversidad desconfiaban de acertar á sostener la grandeza de ellas. Pero Luis primero, cuyas relevantes prendas anunciaban un venturoso reinado, apenas gozó la soberanía; arrebatándole la muerte de resultas de unas malignas viruelas en la florida edad de diez y siete años.

Resistióse Felipe quinto á las instancias de la reina; y de los grandes y tribunales que en nombre de toda la nacion le suplicaban volvióse á tomar las riendas del gobierno; mas condescendió por último á pesar de lo

bien hallado que estaba con su retiro, é inmediatamente hizo proclamar príncipe de Asturias al infante don Fernando.

Continuó gobernando pacíficamente, hasta que en el año de mil setecientos veinte y siete se perturbó la buena inteligencia entre España é Inglaterra, llegando á un rompimiento, cuyas consecuencias no fueron de grande entidad, así por no haberse emprendido con vigor las hostilidades, como porque solo duraron un año.

En el de mil setecientos treinta y uno falleció el duque de Parma, y Plasencia Antonio Farnesio, padre de la reina doña Isabel, recayeron en el infante don Carlos aquellos ducados, como también el derecho al de Toscana á causa de que el último gran duque de la familia de los Medicis no tenía sucesion. Mientras el emperador difería dar á don Carlos la permitida investidura de Parma y Plasencia, los ingleses que por un tratado concluido con Felipe quinto en Sevilla (donde se hallaba entonces la corte) habían convenido en asegurar al infante la propiedad de dichos estados, unieron su escuadra con la española, y ambas condujeron á Italia tropas nuestras, las cuales guarnecieron varias plazas de la Toscana. Partió el infante á Italia, pasando por Valencia y Barce-

lona, y tomó solemne posesion de su nueva herencia.

La paz que desde el tratado de Utrecht gozaba Europa, y que respecto á España solo habia padecido las cortas interrupciones de las dos guerras con Francia y con la Gran-Bretaña, cesó en mil setecientos treinta y tres, siendo el motivo la eleccion de Estanislao rey de Polonia, á quien su yerno Luis décimoquinto queria sostener contra el emperador, mientras este pretendia afianzar aquel trono á Augusto tercero, electo de Saponia. Encendióse la guerra, en que tomó parte el rey Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon; y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

Entró en Nápoles nuestro ejército bajo las órdenes del infante don Carlos y al cuidado del duque de Montemar. Este general que acababa de conquistar la plaza de Orán con gran derrota de los moros, y señalada gloria de las armas españolas, acomete en Bitonto á los imperiales dentro de sus trincheras los desbarata, quedando dueño del campo, y con la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua, allana en una sola campaña todo el reino de Nápoles que se confirma en la obediencia prestada al infante. Sometióse en breve la isla de Sicilia y desde entonces se vió paci-

ficó poseedor de las Dos-Sicilias el rey don Carlos, cuyo acertado y feliz gobierno durará perpetuamente en la memoria de aquellos súbditos, y cuyas obras ha aplaudido la Europa como dignas de un soberano benéfico y protector de las artes.

Las ventajas conseguidas por los españoles, y las que lograron en Milan los franceses, abatieron las fuerzas del emperador, acelerando la conclusión de la paz firmada en Viena año de mil setecientos treinta y cinco, por lo cual reconoció la casa de Austria al nuevo rey de Nápoles y Sicilia, y adquirió los ducados de Parma y Plasencia. Conserváronse á Estanislao el título y prerogativas de rey, y quedó asegurado á su familia el Gran-Ducado de Toscana para indemnizarla de los estados de Lorena y Bar que habian de pasar á poder de la Francia.

Algunos intereses de comercio, y el excesivo contrabando que hacian en América los ingleses, ocasionaron nueva guerra, que se declaró entre ellos y los españoles año de mil setecientos treinta y nueve. Poco después obtuvieron en Cartagena de Indias las armas de España, mandadas por don Sebastian de Eslaba, y por don Blas de Leso el increíble triunfo de rechazar al almirante Merton, con un armamento el mas poderoso

que jamas se habia visto en aquellas costas invadió la plaza, defendida por pocos, pero valientes soldados.

Durante esta guerra, que casi toda fue marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los imperiales. Habia muerto en mil setecientos y cuarenta el emperador Carlos sexto, estinguiéndose con él la línea varonil austriaca, y pretendia sucederle su hija la archiduquesa María Teresa, entonces gran duquesa de Toscana, y coronada reina de Hungría. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del elector de Babiera, proclamando emperador con el nombre de Carlos séptimo; y Felipe quinto renovó las suyas sobre los estados de Milan y Parma. El ejército español al mando del infante don Felipe, hijo segundo de la reina doña Isabel Farnesio, y bajo la direccion ya del duque de Montemar, ya del conde de Gáges y ya del marqués de la Mina, hizo rápidos é importantes progresos en la Lombardia. Auxiliado de las tropas francesas que mandaba el príncipe de Conti, por los años de cuarenta y cuatro, y cuarenta y cinco, ocupó muchas plazas tanto en el Piamonte y Saboya (cuyo soberano el rey de Cerdeña se habia declarado á favor de la reina de Hungría) como en los ducados de Parma, Pla-

sencia y Milan. Pero la campaña del año inmediato fue mas afortunada para los austriacos y piemonteses, pues validos del superior número de sus tropas recobraron casi todo lo perdido. Todavía estaba pendiente esta porfiada guerra en que las frecuentes batallas ganadas ó perdidas por los españoles acreditaban igualmente su esfuerzo y constancia, pero no decidian la victoria en términos, que obligasen á concluir la deseada paz, cuando sobrevino la muerte del monarca don Felipe quinto en mil setecientos cuarenta y seis. Con cuantas veras la sintieron sus vasallos, es ocioso ponderarlo, si se considera lo que el rey hizo por ellos, y ellos por el rey. Debiéronle singulares beneficios en cuanto lo permitieron las urgencias del estado, y siempre le hallaron dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todas líneas. Restableció la disciplina militar, creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Cárlos segundo la potencia que mas la necesitaba, reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no menos conducentes á la utilidad que al lustre de la monarquía, cuales fueron la real biblioteca de Madrid, el se-

minario destinado á la educacion de los nobles la universidad de Cervera, la academia española, cuyo instituto es la conservacion del puro language castellano, y la academia de la historia, ademas de otros insignes monumentos de piedad, providencia y liberalidad verdaderamente régia. Lograron , pues, los españoles en este soberano aquel gran Felipe quinto que parece les estaba anunciando Lorenzo Gracian desde el siglo pasado, cuando, bien ageno de que su deseo habia de verificarse en un Borbon , dijo (1): „Estoy mirando si vuelven á salir aquellos „quintos tan famosos y plausibles en el „mundo , un don Fernando el quinto, un „Cárlos quinto, y un Pio quinto. ¡Ojala que „eso fuese, y que saliese un don Felipe quin- „to en España. Y como que vendria nacido, „¡que gran rey habia de ser, copiando en si „todo el valor y saber de sus pasados!.,

LECCION XXX.

Reinado de Fernando el sexto hasta la exaltacion al trono de Cárlos tercero.

En el mismo año de cuarenta y seis en que falleció el rey don Felipe quinto, entró á su-

(1) El Criticon Parte III. Crisi X.

cederle su hijo don Fernando el sexto ; que desde mil setecientos veinte y nueve estaba casado con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil. Este soberano naturalmente propenso á la paz , y persuadido de que España la necesitaba, no pudo conseguir tan importante bien hasta el año de cuarenta y ocho en que se completó la grande obra de la pacificación general por el tratado de Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle.

Prosiguiendo la guerra en Italia , habian los españoles y franceses socorrido á Génova y defendiéndola de los austriacos y piamonteses que primero entraron en ella, tratando con suma dureza á aquellos republicanos afectos á la casa de Borbon. Luego, espelidos de la ciudad por los mismos habitantes conspiraban á su total ruina, cuando las tropas auxiliares de España y Francia los obligaron á retirarse. Fuera de esta empresa ninguna memorable habia podido lograr nuestro ejército por la inferioridad de sus fuerzas comparadas con las de la emperatriz que libre ya de la oposicion del rey de Prusia, mediante un convenio y reconciliacion que la costó la pérdida de la Silesia, tenia juntas en Italia las numerosas tropas con que antes hacia frente en Alemania á aquel conquistador. Pero cedieron las potencias ene-

migas despues que en los Países Bajos , y en Holanda rindió Luis décimoquinto gran número de plazas, unas en persona, y otras por sus generales (entre los cuales se distinguió el conde y mariscal Mauricio de Sajonia) y ganó las gloriosas batallas de Rocoux, Laufel y Fontenoy. Cesaron por fin las sangrientas hostilidades que durante ocho años habian destruido las mas florecientes provincias da Europa. La reina de Hungría quedó reconocida como emperatriz; recobrando el ducado de Milan; cediéronse al infante don Felipe los de Parma, Plasencia y Gaus-tala; y ajustáronse con el rey de Inglaterra las diferencias sobre puntos de comercio y otros. Estrechó Fernando el sexto poco despues la correspondencia entre su corte y la de Turin, disponiendo el matrimonio de su hermana la infanta doña María Antonia con Victor Amadeo, entonces príncipe hereditario del reino de Cerdeña; y apenas empczó España á descansar de las turbaciones y calamidades de guerras tan prolijas y sangrientas, convirtió el monarca toda su atencion á restablecer el comercio , á aumentar la marina y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas , á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales y en suma á promover las artes , y todo lo

perteneciente al gobierno económico; tareas propias de un reinado pacífico, y que generalmente olvidadas en tiempo de los reyes austriacos, habian merecido á Felipe quinto el mas vigilante cuidado aun en medio de las continuas operaciones militares que le distraian.

Siguiendo el rey Fernando tan saludable sistema, y empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio, no tomó parte en la guerra que por el año de mil setecientos cincuenta y seis se encendió entre los ingleses y franceses. Éstos con una expedicion mandada por el mariscal de Richelieu, conquistaron á Puerto-Mahon y toda la isla de Menorca, que despues se restituyó á Inglaterra, segun el tratado de París del año de sesenta y tres, y volvió felizmente á la dominacion española durante la guerra empezada en sesenta y nueve.

Una de las sábias providencias de Fernando el sexto fue la de haber adquirido con la corte de Roma en mil setecientos cincuenta y tres un concordato que, terminando las antiguas alteraciones sobre el patronato real le dejó perpetuamente anejo á la corona; y desde entonces quedó asegurado al rey el derecho de presentar las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á excep-

cion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la santa sede.

Débase á este monarca el establecimiento de la real academia de San Fernando destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien la de gravado. Desde el año de cuarenta y cuatro habia aprobado ya el rey Felipe quinto una junta preparatoria que ocho años despues se convirtió en formal academia, enviándose á Roma discípulos de ella para adiestrarse, asi como á Paris algunos jóvenes pensionados por el real erario á fin de aprender con perfeccion el grabado de estampas y sellos, y la delineacion de mapas geográficos. De estos principios han dimanado los adelantamientos con que hoy florecen aquellas artes no solo en la corte, sino tambien en varias capitales del reino adonde se ha estendido el patrocinio que concede á tan loables estudios nuestro soberano Carlos tercero.

Igualmente viajaron entonces fuera de España por disposicion del ministerio, sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones para adquirir nuevas luces, y hacerse mas útiles á la patria.

Estableció el rey en mil setecientos cincuenta y seis á corta distancia de Madrid el

real jardín botánico, ó de plantas medicinales, que ya vemos trasladado con notables ventajas al nuevo paseo del prado; y la reina doña María Bárbara fundò tambien en Madrid el magnífico monasterio de las Salesas para educacion de niñas nobles.

Poco despues falleció esta princesa, é inmediatamente sobrevino, al rey su esposo una larga y penosa enfermedad de que murió en mil setecientos cincuenta y nueve sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos por la pérdida de un monarca pacífico, y que tanto amor les manifestó siempre, solo hubieran podido enjugarse con el consuelo de verse gobernados por un sucesor augusto hermano suyo, que ya en Nápoles se habia acreditado verdaderamente digno del cetro.

Carlos tercero cediendo en aquel mismo año con pública solemnidad la corona de las Dos Sicilias á su hijo Fernando cuarto, le ciñó la misma espada que el rey Felipe quinto le habia ceñido al colocarle en aquel trono, y le dijo estas palabras; “Luis décimo-cuarto, rey de Francia, dió esta espada á Felipe quinto, vuestro abuelo y mi padre; éste la dió á mi, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos. ,,

Hízose á la vela de Nápoles para España

la escuadra en que venia el soberano con la reina su esposa doña Maria Amalia de Sajonia y la real familia; y desembarcando todos en Barcelona, se encaminaron por Zaragoza á Madrid, en donde fueron recibidos con demostraciones de singular júbilo que se repitieron, cuando don Carlos, hijo mayor de nuestro monarca, fue proclamado príncipe de Asturias.

Hasta este reinado lo que escribió don Tomás de Iriarte

CONTINUACION

A LAS LECCIONES

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA,

QUE COMPRENDE

LOS REINADOS DE LOS SEÑORES DON CARLOS TERCERO,
DON CARLOS CUARTO Y FERNANDO SEPTIMO.



LECCION XXXI.

Reinado del señor don Carlos tercero.

Dos años despues de su advenimiento al trono, declaró Carlos tercero la guerra á la Inglaterra, que fue sostenida con la mayor obstinacion por ambas partes en Europa y en el Nuevo-mundo.

El 3o de julio de 1762 una escuadra inglesa, al mando del almirante Pocork, con catorce mil hombres, mandados por lord Albemarle se apoderó de la Habana, á pesar de la vigorosa defensa del castillo del Morro, cuyo gobernador don Luis Velasco murió gloriosamente en la refriega.

Igual suerte sufrió Manila, poco despues

de saberse en España la toma de la Habana. El general inglés, Drapper, con dos mil y trescientos hombres desembarcó en la isla de Luzon, y después de apoderarse de los arrabales de Manila, se dispuso á atacar la ciudad, gobernada interinamente por su arzobispo, quien á pesar de haber desplegado mas valor y talentos militares de lo que se podia esperar, no pudiendo impedir se apoderara de ella Drapper, capituló con la guarnicion, refugiados en la ciudad.

En 1763 volvieron estas plazas á la España por la paz de Fontainebleau.

En 1794 atacó á Melilla el emperador de marruecos, con un grueso ejército y mucha artillería ; pero fue rechazado por el comandante de la plaza don Juan Sherlock que rechazando con sumo valor todos los asaltos, obligó á los bárbaros á levantar el sitio. Igual éxito tuvo el que pusieron al Peñon de Velez donde mandaba don Florencio Moreno.

Los jesuitas habian prosperado durante dos siglos en santidad, letras riquezas é influencia. Era imposible, pues, que no tuviesen enemigos muy poderosos, los cuales valiéndose de doctrinas relajadas en moral ó perniciosas en política, publicadas en los siglos anteriores por algunos escritores de la

compañía, las pintaron como esenciales al espíritu del instituto, y lo hicieron sospechosos á los reyes. Desde aqui hasta atribuirles grandes crímenes y atentados contra la autoridad real, y el sosiego de los pueblos no habia mas que un paso. En Portugal se estinguió la compañía; en Francia hizo lo mismo el duque de Choiseul en 1764, y preparaban la misma operacion en España Roda, ministro de gracia y justicia y Campomanes fiscal del consejo de Castilla. Para lograrla se persuadió al padre Osma, confesor del rey, y que tenia mucho influjo, que jamas lograria la beatificacion del venerable Palafox tan deseada de él, mientras existiese la compañía; y á Carlos tercero que los jesuitas habian tenido una parte muy activa en la última sedicion de Madrid.

Decidida, pues, su espulsion, se tomaron tan estraordinarias precauciones para el secreto, que el rey mismo estendió y firmó las órdenes.

En un mismo momento que fue el de la media noche del 31 de marzo de 1767, fueron rodeados todos los conventos de jesuitas de España, y reunidos los religiosos, sin permitirles llevar consigo mas que el breviario, el equipage necesario para vestirse y el dinero que tenian, con tal que declarasen la

suma; fueron conducidos á los puertos, y embarcados en transportes, que bajo la escolta de varias fragatas los condujeron á Civitavechia. El papa se negó á admitirlos hasta que el rey de España les señaló una pension diaria apenas suficiente para su manutencion pero en el intermedio los infelices, amontonados en los transportes, espuestos á los vaivenes del viento y la mar, sufrieron males horrorosos, que causaron la muerte á los mas ancianos ó mas débiles. En los dominios españoles de América y Asia se verificó la espulsion con el mismo secreto y éxito. Se temia que los del Paraguay no obedeciesen, atendido el amor y respeto que les profesaban los habitantes de las misiones; pero solo se valieron de su influencia para calmar la indignacion que sentian los indios al perder sus padres. La resignacion y el valor con que sufrieron los jesuitas una calamidad tan espantosa, desmiente las acusaciones de sus enemigos.

En vano reclamó el sumo pontífice á favor de la compañía los sentimientos religiosos de Carlos tercero; este monarca le respondió con el respeto de un cristiano, y con la firmeza de un príncipe. Se prohibió á los jesuitas hasta defenderse y publicar apologias, so pena de perder su pension; y á lo

españoles escribir en pro ó en contra de la compañía, so pena de alta traicion.

LECCION XXXII.

Fin del reinado de Carlos tercero.

Quiera la España vengarse de las piraterías de los argelinos, á cuyo fin se formó el proyecto de tomar á Argel, y reuniendo en Cartagena una escuadra compuesta de 8 navios, 8 fragatas, 24 javeques, algunas galeotas, bombarderas, un gran número de transportes, y otras naves auxiliares, toscanas, maltesas, y napolitanas, que componian el número de 400 velas con 22,000 hombres de todas armas, al mando del general Orreilly, y el de la escuadra á el don Pedro Castejon siendo su mayor don José Mazarredo, célebre marino. Salieron el 28 de junio de 1775 y se presentaron delante de Argel el 1.º de julio.

La primera division fue rechazada por no haberse dado el ataque oportunamente, y precisados á huir; desordenaron en su fuga la segunda que acababa de desembarcar. De nada sirvieron las disposiciones de Orreilly; fue preciso embarcarse. Las órdenes de Mazarredo salvaron el ejército, con pérdida de

460 muertos y 300 heridos. Tal fue el resultado funesto de la célebre expedición de Argel.

Resentida la España por los ultrages que habia recibido de la Inglaterra; recelosa de su excesivo poder, que amenazaba una preponderancia perjudicial á su comercio y prosperidad, y no olvidaba aun la injusta usurpacion de Gibraltar; se aprovechó del estado de lucha en que aquella se hallaba con sus colonias para declararla la guerra; y abiertas, pues, las hostilidades en 1779, se bloqueó y sitió la plaza de Gibraltar en 1780, y mientras continuaba este memorable sitio, se apoderó el general español duque de Crillon en 6 de febrero de 1782 de la isla de Menorca, despues de 171 dias de sitiado el castillo de S. Felipe.

En 13 de setiembre del mismo año se resolvió el ataque de Gibraltar, dando el mando del ejército sitiador á el vencedor de Menorca, y se adoptó el funesto plan de las diez baterías flotantes, inventadas por el ingeniero francés Arzon.

La guarnicion de Gibraltar, valerosa y escogida, tenia á su frente al célebre Elliot. El fuego de las trincheras españolas y de las baterías flotantes duró todo el dia, los ingleses arrojaron bala roja contra ellas, pero sin efec-

to; pues ni los tiros de su artillería hacían mas que rechazar de la superficie. ¿ *De que materia estan construidas*, decia Elliot á las siete de la noche, *que resisten hasta la bala roja?* Sin embargo, incendiado uno de los flotantes, por un descuido, iudicó era llegado el momento de su ruina. No habiéndose tomado precaucion ninguna para la retirada; se mandó salvar las tripulaciones y quemar las baterías, cuya disposicion ejecutada entre el terror y el desórden aumentó el estrago, pues perecieron en ellas 1200 hombres, que aun no las habian evacuado. Quedaba la esperanza de que la guarnicion fatigada, y sin víveres ni municiones se rindiese; pero fue socorrida oportunamente por el almirante Howe que logró introducir un gran convoy á favor de una tempestad, y á pesar de la escuadra combinado de 74 navios y muchas fragatas: el sitio continuó hasta la paz firmada en París el 3 de setiembre de 1783.

Este año y el siguiente se repitió el bombardeo de Argel, si estas expediciones no fueron coronadas del feliz suceso de apoderarse del pais produjeron á lo menos el interesante resultado de destruir quanto se las opuso á el frente; de confinar los barcos berberiscos á lo mas recóndito de sus puertos; de infundir un terror pánico en el ánimo de aque-

los bárbaros, y de hacerlos concebir con estos repetidos actos hostiles el mayor respeto por la nacion que con tanta facilidad sabia corregir sus piraterias y atrevidas agresiones.

Aunque Carlos tercero era de un temperamento robusto, los disgustos y la aficion á la caza abreviaron su vida. Además de las desavenencias con su hijo el rey de Nápoles, por ciertas negociaciones con la Rusia que llenaron de amargura los últimos dias de este príncipe, la muerte del infante don Gabriel y de su esposa, le causaron una afliccion, que no bastó á consolar el infante don Pedro único fruto de aquel matrimonio. Las fatigas de su diversion favorita á que se entregó con mas vehemencia para distraerse de sus penas, aceleraron su muerte. Cayó enfermo á fines de noviembre de 1788 en el sitio de San Ildefonso, y pasó á Madrid. Su mal pareció al principio un leve resfriado, de que se mejoró; pero habiendo recaído el 6 de diciembre se desenvolvió una calentura inflamatoria que se agravó el 13 y de que murió á los 72 años de edad y 29 de su reinado. De su único matrimonio con Amalia, princesa de Sajonia tuvo trece hijos, á saber: Felipe Pascual, excluido de la sucesion por causa de imbecilidad; Carlos, que le sucedió en el trono de España con el nombre de

Carlos cuarto, que en 1765 habia casado con Maria Luisa, princesa de Parma; Fernando que le sucedió en el trono de las dos Sicilias: el infante don Gabriel, gran Prior de Castilla; el infante don Antonio Pascual, el infante don Francisco Javier, que murió sin sucesion en 1771 la infanta doña Maria Josefa; la infanta doña Maria Luisa, que casó con el archiduque Leopoldo, gran duque de Toscana y despues emperador, y otras cinco hijas que murieron de corta edad.

Carlos tercero fue amabilísimo en su trato y conocia la amistad; era tenaz en ganar la de sus ministros y conservarla; amante del trabajo, instruido, aficionado á las reformas que no comprometiesen ni su dignidad, ni el bien público; afecto á la Francia, con la cual estuvo siempre unido, pero sin la dependencia en que gimió su padre; celoso de la gloria y de la prosperidad de su familia y de su reino; Su espíritu era firme, y mucho mas en los infortunios, y libre de la melancolia que afligió á su padre y hermano. Sus costumbres fueron puras, y observó la castidad vidual con todo rigor. Conservaba la memoria de su esposa tan tiernamente, que no quiso pasar á segundas nupcias, aunque se le propusieron las princesas mas bellas de Europa,

Su reinado fue el mas glorioso y feliz que tuvo España desde el de Felipe segundo, á pesar de los desastres de la primer guerra con los ingleses y del aumento de la deuda pública que causó la segunda. El gabinete de Madrid tuvo una influencia decidida en las grandes negociaciones de Europa, y la paz de 1785 indemnizó en parte las pérdidas que habia sufrido la monarquía en tiempo de Felipe quinto. Los intereses del comercio y la industria, tan descuidados bajo los principes austriacos, y que no empezaron á ser dominantes en nuestra política, sino en el ministerio del baron de Riperda, fueron el objeto principal de Carlos tercero; á ellos dirigió las operaciones de su diplomacia; ellos dictaron todas las medidas y reformas interiores que inmortalizan su reinado.

Al mismo tiempo que la nacion adquiria gloria y mejoraba su nacion interior, el buen gusto se introducía en la literatura y las artes, Moratin el padre, Ayala, Huerta, Llaguno, el maestro Gonzalez y Cadalso propagaron los buenos principios, y restablecieron la versificación del siglo XVI. Al fin apareció Melendez. España tuvo en él un Anacreonte, un Tibulo y un Horacio. Sus obras fueron los modelos de los poetas líricos que le siguieron. Al mismo tiempo el grande Jovellanos

perfeccionaba el estilo prosáico y se educaba Moratin, padre y fundador de la nueva comedia española; cultivaban el apólogo Samaniego é Iriarte; y este último, mas notable por su gusto y regularidad que por la fuerza del estilo, anunciaba con su *Señorito mimado* los brillantes dias de nuestra escena cómica.

LECCION XXXIII.

Reinado del señor don Carlos cuarto.

Carlos cuarto empezó á reinar con el mayor esplendor; sus modales suaves y apacibles, su afabilidad, su buen natural y sus excelentes inclinaciones, prometian un reinado feliz y tranquilo.

En 28 de febrero de 1792 fue destituido de la primera secretaria de estado el conde de Florida Blanca, uno de los diplomáticos mas distinguidos que haya tenido la España. El rey firmó su exoneracion para sosegar el descontento que se habia introducido en la nacion por algunas providencias emanadas de aquel ministro, y particularmente por el edicto concerniente á los extranjeros, que parecia ser muy perjudicial al comercio; fue reemplazado por el conde de Aranda, políti-

co, hábil y experimentado, quien pronto fue separado de la direccíon de los negocios, y confiada esta á don Manuel Godoy.

La declaracion de guerra contra la república francesa, publicada en 25 de marzo de 1793, fué acompañada de diversos actos hostiles, en que los republicanos obtuvieron algunas ventajas, penetrando por una parte de la península. Conociendo el gabinete de Madrid que la prolongacion de esta guerra sangrienta no podia ser de utilidad alguna á la dinastía legitima de la Francia, y deseando por otra parte evitar á la nacíon los males que la afligian, dió al ministro Iriarte plenos poderes para abrir los preliminares de la paz: esta fue estipulada en Basilea en 22 de julio de 1795 con el ministro francés Barthelemy, y valió al señor Godoy, que la dirigia desde Madrid; el título de príncipe de la paz distincion extraordinaria que demostró el excesivo afecto y confianza que le dispensaban sus soberanos. Por este tratado se declaraba la España aliada de la Francia, y se obligaba á asistirla, siendo requerida á ello con un contingente de hombres. que fue convertido en 1804, en suministro pecuniario á instancias de la corte de Madrid, que deseaba dispensarse de tomar una parte activa en las guerras de Napoleon.

Ofendida la Inglaterra por la alianza de los españoles con los franceses, declaró la guerra á la península, que solo fue terminada cuando se abrieron las hostilidades entre aquella y Napoleon en 1808.

Esta última guerra, llamada de la independencia, abrió un nuevo campo de gloria á la nacion española; quisiéramos dar á la historia de estos brillantes sucesos la debida estension; mas no nos lo permite el plan de la presente obra: apuntaremos sin embargo los hechos mas importantes; por los cuales se podrá juzgar del heroismo español.

Habia ya mucho tiempo que Napoleon tenia proyectado destronar las casas de Borbon y Braganza para colocar á sus hermanos sobre los tronos de Madrid y Lisboa. Con esta mira desde muchos años estaba debilitando el erario de la nacion, su ejército y marina: los socorros pagados por la España á la Francia; y la paralización de la industria y del comercio, efecto necesario de su difícil comunicacion con sus colonias, habian empobrecido las arcas reales; 25 mil españoles enviados al Norte á las órdenes del marqués de la Romana como auxiliares de Bonaparte; ocho mil al mando de O-Farril, destinados á la Toscana y otros ocultos manejos habian dejado el reino sin defensa; y la marina ha-

bía sufrido considerablemente en la guerra con los ingleses, especialmente en el combate de Trafalgar de 1805.

Para facilitar la ejecución de sus atrevidos planes, introdujo Napoleon, por medio de sus emisarios en la corte de Madrid, desavenencias y disgustos en la familia real con el objeto de ejercer de una aparente mediación y de constituirse protector simulado de cada uno de los individuos que la componian.

Toda esta combinacion de causas debidas á la buena fe del gabinete de Madrid, y á la ciega deferencia hácia un aliado de cuya sinceridad no se dudaba, allanaba á Napoleon el camino para llevar á efecto sus miras ambiciosas.

Consultado por este el ministro Talleyrand Perigord acerca de la invasion de España se esmeró el sabio y cauto diplomático en probarle con mucha libertad y franqueza, que la guerra de España, como injusta, impolitica, y contraria á todo derecho, no debia ser suscitada de modo alguno: sostuvo que era injusta porque nada podia pretender Napoleon de una nacion que en todos tiempos habia sido su aliada constante y fiel; impolitica porque desenmascaraba su inmoderada ambicion de conquistas porque la misma abria la peninsula á los ejércitos británicos, y por-

que si despertaba el leon de España, "podria hacerse temible; siguió demostrando que era contraria á todo derecho porque Napoleon no lo tenia para arrojar del trono heredado de sus antepasados á un príncipe que nunca habia tomado parte con los enemigos de la Francia, y mucho menos para hacer que aquel pais sirviera de calabozo á toda la familia real y dependientes de la misma; que esta última medida debia exacerbar los ánimos de los españoles, y escitarlos á una sublevacion general, cuyo inevitable resultado seria la destruccion de los ejércitos franceses, y el malogro de sus planes.

Sin embargo de este razonado juicio, cuya acertada prevision confirmó el tiempo se resolvió definitivamente la guerra contra España. Entonces el príncipe de Asturias, y ahora nuestro augusto monarca fue arrestado á esta sazón por una calumnia atroz de haber atentado contra la vida de su padre y juzgado por una comision especial, fue declarado inocente, relevado de todo cargo: y absueltos del mismo modo sus supuestos cómplices.

Con el pretesto de llevar la guerra al Portugal, y de atacar la plaza de Gibraltar, son admitidas las tropas francesas en España como amigas, y se apoderan con traicion y perfi-

dia de las principales fortalezas del reino. Se anuncia el próximo arribo de Bonaparte, y en el entretanto viene á tomar el mando del ejército el gran duque de Berg Joaquin Murat. Izquierdo, agente de don Manuel Godoy que llega secretamente á Madrid á esta sazón da parte de los planes del emperador de los franceses, sobre la usurpacion de la península; fórmase en su consecuencia el proyecto de retirar la familia real á Cádiz para pasar desde allí á Méjico; hácese los preparativos del viaje; sabe el pueblo de Madrid una resolucion tan contraria á los votos de la nacion; se alarma, se agita, y es causa del tumultuoso acontecimiento de 18 de marzo de 1808, por el que fue arrestado entonces el príncipe de la paz, escarnecido y vilipendiado.

LECCION XXXIV.

Principio del reinado de Fernando séptimo.

La abdicacion de Carlos cuarto en favor de su hijo Fernando séptimo el diez y nueve del mismo mes, fue promovida por otro movimiento popular semejante al que dejamos dicho en la leccion antecedente. Este leal y bondadoso monarca no pudiendo comprender las arterias del general frances Sabary,

que en aquellos dias habia llegado á Madrid con el objeto de estrechar mas , segun decia los vínculos de amistad y alianza con Napoleon , se dejó persuadir facilmente del deseo que manifestaba dicho enviado , de que saliese al encuentro á Napoleon que se adelantaba á visitarle en sus mismos estados ; y en su consecuencia , despues de haber encargado á su tio el infante don Antonio la regencia del reino , durante su ausencia , que discurria muy corta , se dirigió hacia Burgos ; y atraído con varias falaces comunicaciones de Napoleon llegó hasta Vitoria , de donde fue inducido con protestas de sinceridad y amistad á llegar á Irun y desde allí á Bayona ; á donde entró el veinte de abril. El privado Godoy , cuya vida habia libertado Fernando del furor del pueblo , protegido secretamente por Murat , llegó al mismo punto seis dias despues ; y el primero de mayo los reyes padres con toda la familia real , que Murat habia hecho salir de Madrid por orden secreta de Napoleon. Entonces se descubrieron patentemente las groseras intrigas de este para apoderarse de la corona ; pues que mientras ostigaba á Carlos para que le hiciese seccion formal de sus derechos ; declaró abiertamente á Fernando ser indispensable que desistiese de sus pensamientos á ella,

por cuanto la abdicacion hecha á su favor habia sido violenta y efecto de un tumulto popular ; ofreciéndole en recompensa la corona de Etrusia. Descorrido de este modo el velo que hasta allí habia cubierto la falsedad de Napoleon ; y mirándose Fernando tan vil y traidoramente engañado, manifestó en las indignas escenas que se representaron en Bayona , todo el carácter y dignidad que corresponden á un gran rey. Desconcertado Napoleon con la energia y firmeza de Fernando , no encontró otro recurso para llevar á cabo el inicuo plan que habia meditado , que el de hacer encerrar á este monarca en un castillo á donde fue conducido con toda su real familia.

Atonitos los españoles al descubrir la realidad de estos sucesos ; y exaltados sus ánimos á el ver cautivo á su amado rey por la mas negra de las perfidias , dieron principio á la revolucion comenzando esta el dos de mayo en Madrid con motivo de la noticia esparcida , de que el infante don Antonio regente establecido por Fernando , iba igualmente á ser conducido á Bayona. Ciegos de furor los madrileños con este motivo se arrojan repentinamente sobre los franceses , haciéndolo muchas victimas en el primer impulso de su ira , pero habiendo llegado in-

mediatamente las tropas que estaban acampadas al rededor de la capital y llenando de artillería los sitios mas notables, el pueblo tuvo que sucumbir á pesar de su heróico ardimiento; pues las tropas españolas que habian permanecido acuarteladas no se movieron temerosos sus gefes de empeorar el lastimoso estado de la capital; sin embargo los franceses en su resentimiento y para contener en adelante al pueblo, hicieron muchas víctimas á sangre fria, lo que fue el gérmen de la insurreccion general de toda la península. Esta nacion generosa irritada hasta lo sumo con la perfidia y alevosia de una potencia que creia íntima amiga, dió el grito de guerra, apresurándose sus provincias á alzar sus respectivos pendones, jurando no envainar la espada hasta el total esterminio del usurpador y de sus iniquos satélites. Sevilla fue la primera que se pronunció; y formando su junta de gobierno, declaró la guerra á fuego y sangre á Napoleon con inaudito ardimiento. Imitáronla sucesivamente las demas provincias; y de repente toda la nacion se halló en el mismo estado, aprestando armas, municiones y pertrechos de guerra, y levantando numerosas tropas. Considerando el gobierno de las provincias que á pesar de sus esfuerzos, no podria pro-

porcionarse los socorros necesarios de armas, municiones y dinero de que urgentemente necesitaban, por lo repentino de la invasión acudió á la Gran-Bretaña, que simpatizando con las mismas ideas, suministrò generosamente cuanto fue necesario en armas municiones y dinero, vestuarios, gente y demas aprestos y útiles de guerra, que tanto coadyubaban á la suspirada libertad de la península.

Entre las provincias, Aragon se hizo famoso por el sitio de la inmortal Zaragoza, cuya constancia, valor y fidelidad pasarán con elogio á los siglos venideros; y en su consecuencia, los esfuerzos que hicieron bajo la direccion del digno general don Francisco Palafox, obligaron á los franceses á levantar el primer sitio de aquella capital, despues de haber sufrido el enemigo grandes y considerables pérdidas: aun peor suerte cupo al general Monrey derrotado ante los muros de Valencia, contándose entre los triunfos de esta época, la rendicion y entrega de la escuadra francesa mandada por el almirante Rosilly, en las aguas de Cadiz el 14 de julio. Coronó todos estos prósperos sucesos la famosa batalla de Bailen, en la que 22000 hombres de las mejores tropas francesas con su general Dupont quedaron prisioneros;

produciendo este acontecimiento tal decision y entusiasmo en el ánimo de los españoles, que obligaron à José Bonaparte à salir de Madrid pocos dias despues de su entrada, dando lugar à los ejércitos españoles, que apoderándose de la capital, eligieron la junta central del reino bajo la presidencia del conde de Florida-blanca,

A principios de noviembre cambió el aspecto feliz que en este año habia presentado la guerra de España por la entrada de Napoleon, acompañado de numerosos ejércitos. Varios fueron los rebeses que experimentaron los españoles; pero siempre constantes en la gloriosa empresa que habian comenzado, no se desalentaron por la capitulacion de Madrid, por la dispersion de algunos ejércitos, ni por las notables pérdidas que sufrieron en Espinosa, Tudela y Somosierra. Napoleon se detuvo poco en Madrid y creyendo poder sorprender al ejército inglés, que al mando del general Moore habia movido hácia Saldaña contra el mariscal Soult, salió precipitadamente el 22 de diciembre llegando à Astorga el 1 de enero de 1809; mas frustrada su intencion por el embarco del ejército inglés volvió el 7 à Valladolid, partiendo con precipitacion à Paris, à donde llegó el 28.

Los españoles miraron con sumo despre-

cio la ridícula entrada que hizo José en Madrid, aplaudida solamente por algunos miserables pagados al intento y por algunos de sus tropas, interin la ciudad de Zaragoza se cubria de una gloria inmortal, defendiéndose de mas de 80000 hombres mandados por el mariscal Lanes y por otros acreditados y espertos generales. Finalmente, despues de haber dado aquella poblacion ejemplos admirables de valor y constancia sucumbió á los 12 meses de sitio á la superioridad numérica del enemigo; y mas bien á los males pestilenciales, al hambre y al incendio.

Las tropas inglesas que habian entrado en España al mando del general Wellington y que componian 30000 hombres y el cuerpo avanzado de Sir Roberto Wilson unidos al general español Cuesta, vencieron á los franceses en la batalla de Talavera; mas por una de aquellas fatalidades que son frecuentes en la guerra no pudieron aprovechar el fruto de esta batalla y tuvieron que retirarse por el movimiento que contra su flanco hizo el general Soult. Los generales Castaños, Cuesta, Alburquerque, duque del Parque, Venegas y Odonell igualmente que el marques de la Romana, que en el año anterior se habia escapado del Norte y otros varios de alguna consideracion volvieron á dar nuevo impulso

á tan justa como sangrienta guerra, pero aun no era tiempo de que la victoria coronase sus esfuerzos, pues los ejércitos que mandaban compuestos de reclutas ó soldados visos, no podían sostener el choque de los aguerridos batallones franceses; y en su consecuencia perdieron algunas batallas y entre ellas fueron las mas notables, la de Ciudad-Real, Medellín y Ocaña, de cuyas resultas los ingleses se retiraron á Portugal y los españoles perdieron algunas plazas de importancia.

Interin la junta suprema del reino convocaba por su memorable decreto de 13 de enero de 1810 las cortes generales y extraordinarias, el intruso José recibia en Madrid las diputaciones forzadas de algunas ciudades. Anunciada por el gobierno central su traslacion á la isla de Leon, apenas llegó á dicho punto se publicó el decreto para la formacion del consejo de regencia; propuesto varias veces por el marques de la Romana; é instadas en dicho punto las cortes en 24 de setiembre, formaron la Constitucion política de la monarquia, que con fecha de 19 de marzo de 1812 se publicó en Cadiz.

LECCION XXXV.

Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.

Crítica era á esta sazón la situacion de la leal España. Sus provincias se hallaban ocupadas por las tropas francesas al mando de los generales Thevenot, Bonnet, Kellerman, que mandaban las de Vizcaya; Asturias y Leon; las de Navarra y Castilla la Vieja obedecian á Bouffour; la Andalucía á Mortier; Estremadura, Aragon, Cataluña y Castilla la Nueva á Sebastiani, Souchet. Magdonal, y Victor; y solo se hallaban exentas Galicia y Murcia. El ejército de Portugal se formaba de los cuerpos de los generales Regnier, Ney y Junot; y una gran parte del ejército frances del mediodia se ocupaba en el sitio de Cádiz. Sin embargo, como á pesar de esta general ocupacion, no dominaban los franceses sino las plazas en que tenian guarniciones, se multiplicaron y estendieron por toda la península las guerrillas, ó cuerpos francos de modo, que con sus continuos y certeros ataques, sorpresas é intercepcion de convoyes y correos, causaban un considerable perjuicio á los ejércitos enemigos, obli-

gándolos á dividirse en columnas móviles y á estar en perpetuo sobresalto. Entre otros el general Ballesteros les causó innumerables pérdidas con un cuerpo de ocho á diez mil hombres, con que hizo cosas prodigiosas; al mismo tiempo el marques de la Romana se unió con lord Wellington en las líneas de Torres Vedras, habiendo pasado el Tajo con una parte de su ejército.

Por fallecimiento de la Romana acaecido en 1811, el 23 de enero, entrò á mandar su ejército el general Mendizabal, el que habiendo pasado desde las líneas de Badajoz á fin de socorrer aquella plaza amenazada por Soult, tuvo que retirarse en dispersion por haberse rendido la plaza á la superioridad del enemigo, siendo acometido por el general Mortier. La batalla de Chiclana, aunque ventajosa para las armas españolas, no produjo el efecto que se habian propuesto los generales Peña y Sir Grahaam en la expedicion que en marzo concertaron los españoles é ingleses, para atacar la retaguardia de Victor y hacerle levantar el sitio de Cádiz. Igualmente desgraciado el general Zayas que se habia embarcado en dicho puerto para unirse á Ballesteros, no pudo verificar la reunion, viéndose precisado á volverse á embarcar; y retirándose aquel á Jerez de los

Caballeros con objeto de unirse con Blake, que ya lo habia verificado con el mariscal inglés Beresford.

Conferido el mando del tercer ejército llamado de la Romana al general Castaños se dió la famosa batalla de Albuera entre las tropas españolas é inglesas arriba mencionadas y el ejército del mariscal Soult, que habia venido de Sevilla á levantar el sitio de Badajoz: ambos ejércitos tuvieron graves pérdidas en esta jornada y al fin quedaron en respectivas posesiones. Empezóse de nuevo el sitio por el general Wellington tres dias despues de esta accion. En Cataluña continuaban el general Lacy la guerra con el mayor teson; aunque con la desgracia de que sus esfuerzos no pudieron evitar el que se perdiesen casi todas las plazas fuertes y entre ellas la inmortal Gerona, cuyos habitantes dieron memorables ejemplos de constancia y valor, llegando al extremo durante el sitio, de comerse los animales inmundos. Cuatro meses despues que con el mayor trabajo habian reconquistado los españoles la plaza de Figueras, la desgracia de hallarse falta de víveres hizo que los franceses volbiesen á apoderarse de ella. En fin, despues de muchas acciones parciales en las que los españoles manifestaron sin intermision la

constancia que los caracteriza, el general en jefe ingles se vió precisado á levantar el sitio de Ciudad-Rodrigo y retirarse á Portugal, no pudiendo hacer frente contra las fuerzas reunidas de los generales franceses Marmont y Dorsenne, hasta que estas se retiraron en octubre hácia Plasencia y Salamanca. Julian Sanchez, famoso guerrillero, hizo prisionero por este tiempo al gobernador frances de Ciudad-Rodrigo y en la misma época el general Blackese dirigió á defender á Valencia, á cuyo reino habia entrado el mariscal Souchet. Los mismos desastres de esta fatal guerra y los reveses que en este año habian sufrido los españoles hizo multiplicar y engrosar los cuerpos francos que á las ordenes de patriotas valerosos hacian á los franceses un daño incalculable. Mina, Sanchez, el Empecinado, Palarea, el doctor Rovira, Longa y otros muchos gefes se cubrieron de gloria en esta especie de combates, y su nombre aun se oye con entusiasmo. Sorprendido en las inmediaciones de Barcelona el general frances Giraud, sufrió una pérdida de mucha consideración. La plaza de Murviedro se rindió á consecuencia de la salida que hizo el general Blacke de Valencia, habiendo peleado con poca ventaja contra el mariscal Souchet, á lo que tambien contribuyó la falta

de víveres, y á continuacion se rindió Valencia el 9 de enero de 1812 capitulando con dicho mariscal. Por último, fue tomada por asalto Ciudad-Rodrigo por el general Wellington, mereciendo por esta accion gloriosa que el gobierno español le nombrase duque de aquella plaza; y en 6 de abril siguiente Badajoz fue igualmente tomada por asalto por los ejércitos aliados.

Habiéndose apoderado lord Wellington de los puntos fortificados de Salamanca, despues de pasar el rio Agueda, abanzó de nuevo sobre el Duero el ejército frances, reforzado ya Marmont que habia sido enviado por Napoleon para reemplazar á Masena, con la division de Bonnet; habiéndose visto antes precisado á retirarse de Salamanca.

La España cansada de sufrir tantas vejaciones de parte de los franceses recibian y obsequiaban sus pueblos con entusiasmo á los ejércitos ingleses y portugueses que miraban como sus libertadores en lucha tan terrible. En varios puntos se dieron entonces algunas batallas que aunque no de mucha consideracion, causaban grave perjuicio á los franceses á quienes era imposible atender á tantas partes simultáneamente; asi, interin tenian lugar las que se dieron en Cuenca, sobre el Guadalete en Andalucia, en Cata-

lusa y en las inmediaciones de Alicante, Wellington y Marmont se preparaban con acciones parciales á una batalla decisiva, que al fin se verificó el 22 de julio en el sitio llamado los Arapiles; en la que el general frances salió gravemente herido y su ejército completamente derrotado, perdiendo la mayor parte de su artillería, águilas, banderas y municiones; siete mil prisioneros y un muy considerable número de muertos y heridos, contándose entre los primeros varios generales de distincion. Los restos ya en dispersion y á las ordenes de Clausel, tuvieron que repasar el Duero y hacer alto en Tordecillas, pasando precipitadamente por Tormes y Peña de Aranda, teniendo al cabo que abandonar esta línea. Las consecuencias de esta batalla y de tan ilustre y famosa victoria fueron muchas y de grande importancia; entre ellas, la de haberse levantado el sitio de Cádiz, la toma de Sevilla y el haberse reconcentrado los franceses hácia el nordeste de la península, quedando en incomunicacion con Francia por mucho tiempo; y que el rey intruso tuviese que salir precipitadamente de la corte, lo que verificó en 11 de agosto dirigiéndose á Valencia, á donde habia enviado de antemano con las divisiones Armand y Palombini, sus mejores alhajas, y los

españoles que habian seguido su partido.

Las tropas inglesas venidas de Sicilia para operar contra Souchet, habian llegado á Alicante; é interin José verifica su reunion con el duque de Dalmacia entre Madrid y Valencia, tuvieron las tropas aliadas que retirarse á la otra parte del Pisuerga por el ataque dado en 22 de octubre por el conde Caffarelli, general en gefe del ejército frances del norte de España en las inmediaciones de Burgos, cuya ciudad habian sitiado los aliados. Varios combates se trabaron entre las tropas de este general y los ingleses; mas por haber sido reforzado con diez mil hombres que acababan de llegar de Francia pudo obrar con mas energia contra sus enemigos, facilitando en consecuencia á los franceses la entrada en Valladolid, Aranjuez y otros puntos de las cercanías de la corte; de manera que reunidos en ellas los tres ejércitos, llamados del norte, centro y mediodia se vieron los aliados en la precision de evacuar á Madrid por ser menor el número de tropas y no bajar el de los franceses de ochenta mil hombres; por lo que se apoderó nuevamente de la corte el intruso José en 3 de noviembre. Por este tiempo el general Ballesteros que no habia querido reconocer por generalísimo de las tropas al lord Wellington, fue preso

y desterrado á Ceuta y tambien por no haber querido obedecer las ordenes que le envió de dirigirse á la Mancha á fin de atacar á Soult por su flanco izquierdo, atribuyéndose á esta falta la pérdida que sufrió el ejército aliado.

A penas entró José en Madrid salió para Guadarrama, siguiéndole todo el ejército frances á fin de impedir la reunion de los dos generales ingleses Hill y Wellington, pero la sagacidad de este frustró los planes del enemigo consiguiendo una retirada cómoda y fácil.

LECCION XXXVI.

Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.

Las fuerzas británicas se componian al principiarse esta campaña de 43,000 hombres de todas armas, bajo las ordenes de Wellington, aumentadas despues por las tropas venidas de Sicilia y por varios auxilios que incesantemente enviaba la nacion inglesa; ademas se contaban 27,000 portugueses y 80,000 españoles de tropas regulares, sin contar los cuerpos francos é infinidad de partidas las cuales por la mayor parte merecian

ya el nombre de ejércitos, ascendiendo á una suma considerable de hombres.

Aunque el plan del generalísimo habia sido dividir su ejército en tres partes para que á un tiempo obrasen de consuno cubriendo toda la frontera de Portugal de norte á sur; abandonando por la línea del Tajo hácia Toledo y finalmente el que reunidas estas tropas con las venidas de Sicilia entrasen en España por el norte de Portugal para retirar á los franceses, tomando luego á Burgos cuya operacion era la última parte del plan; sin embargo no produjo su efecto por no haber tenido el éxito que se esperaba la expedicion del general Murray contra Tarragona, la que habia sido intentada con el objeto de llamar la atencion de Suchet; apesar de estos obstáculos la situacion de los franceses en la península era muy apurada, pues que batidos en la línea en choques parciales y teniendo que retirarse de posicion en posicion, disminuidas ademas sus fuerzas por la separacion de la guardia imperial veterana que Napoleon se vió precisado á llamar á Alemania se vieron al cabo obligados á pasar el Ebro abandonando lo demas de la península y aun alli no pudieron formar sino una línea tan débil que desde luego comenzaron á temer por su propia seguridad. La batalla

de Vitoria verificada en 21 de junio, decidió por último la suerte de la guerra. En ella fue completamente derrotado el rey José y obligado à retirarse à Francia en el mayor desorden con todas sus tropas, dejando en poder de los aliados su inmenso tesoro, sus coches, sus equipages y cuanto le pertenecía. El resultado de esta gran victoria fue el pasar los aliados à poner sitio à Pamplona y San Sebastian, sin que hubiese sido de algun provecho el furioso ataque con obgeto de socorrer las plazas sitiadas dió en el mes de julio el mariscal Soult, à quien Napoleon habia hecho lugarteniente de José y comandante de sus ejércitos en España; pues fue rechazado en todos los puntos; otros muchos esfuerzos hizo este mariscal; pero todos fueron infructuosos; mas en la batalla de San Marcial dada en el Vidasoa el ejército español mandado por Freire se cubrió de gloria en términos que Fernando séptimo creyó despues que era digno de una decoracion particular. En consecuencia de estos brillantes resultados se rindió San Sebastian en octubre aunque destruida por ambos ejércitos, é igualmente Pamplona. Las tropas españolas é inglesas mandadas por el lord Bentinck en Cataluña pelearon en este tiempo contra el mariscal Souchet que habia abandonado su

cesivamente á Valencia, Navarra, Vizcaya y Aragon y que ya no podia comunicarse con el duque de Dalmacia sino por la izquierda del Pirineo.

Perdieron los franceses las últimas posiciones de San Juan de Luz y de Ainhore y se retiraron á Bayona de resultas de las varias derrotas que tuvieron y les causó el general Wellington y principalmente en el lugar de Sarre. Soult hizo desde alli algunas incursiones sobre los aliados pero todas sin fruto siendo la mas concertada la del 12 de noviembre. El paso del Nieva por Cambo fue forzado por 30,000 soldados ingleses; y los franceses despues de una defensa muy débil tuvieron que retirarse á pesar de que reuniendo Soult en la misma noche 50,000 hombres atacó al enemigo; pero habiendo este sido reforzado con tres divisiones, la batalla fue muy sangrienta en la que el lord Wellington se hizo dueño del campo y de la orilla izquierda del Adour, quedando en posesion de su navegacion.

La suerte de la guerra habia cambiado en 1814 y la posicion de los aliados era como acabamos de decir. Numerosas tropas españolas ocupaban la linea derecha del ejército dilatándose á lo largo de los Pirineos y los ejércitos de Aragon y Cataluña habian hecho

igual movimiento cuando Soult destruido por las deserciones y pérdidas del ejército, se vió obligado á dejar el campamento que tenia en las cercanías de Bayona, en cuya consecuencia se puso á la ciudad un sitio formal, ocurriendo entonces la entrada del duque de Angulema en San Juan de Luz, el que dirigió una proclama á los franceses que fue acogida con las mayores simpatias en todas partes; por último la batalla de Ortés acaecida en 28 de febrero causó á Soult la pérdida de 7,000 hombres, obligándole á retirarse á Auch y Agen, sin embargo que el general inglés Hoppe nada pudo adelantar contra la plaza de Bayona á la que atacó por este tiempo.

La accion de Aix verificada el 2 de marzo y ganada por el general inglés Hill hizo que el mariscal Soult se retirase á Tarbes; y la batalla que se dió en este pueblo fue igualmente favorable á los ingleses, franqueándoles el paso del Gerona y el camino hasta Tolosa ante cuyos muros se llenó de gloria el ejército conuinado de los ingleses, portugueses y españoles en la famosa batalla dada el 10 de abril. Las consecuencias de esta accion célebre aunque sin fruto por las negociaciones politicas que á la sazón tenían lugar en Paris fueron sin embargo útiles por-

que obligaron á los franceses á retirarse precipitadamente en la noche del 12. Evacuada esta ciudad entró en ella el ejército inglés entre las aclamaciones del pueblo habiéndolo tratado con el mayor miramiento á pesar de la tenacidad de su inútil resistencia; ocurriendo en estos momentos el haber sido hecho prisionero el general Hoppe por el general francés Thevenot á quien habia sitiado aquel en Bayona, y que tuvo la fortuna de sorprender á sus sitiadores.

Estos acontecimientos fueron los últimos en la desastrosa guerra de la independencia. El gobierno que nuevamente se habia instalado en París, envió sus órdenes para que cesaran las hostilidades y se entregaran á los españoles las plazas aun ocupadas por los enemigos; concluyendo así una lucha tan desigual y sangrienta, que habia durado seis años con escándalo de toda la Europa y cuyos desgraciados efectos fueron la muerte de mas de medio millon de hombres, soldados aguerridos de Napoleon, y que en las guerras anteriores se habian cubierto de laureles. De los españoles no se puede calcular el número de víctimas; y los funestos efectos del saqueo, incendio y devastacion de infinitos pueblos, la destruccion de la agricultura y del comercio atestiguarán por muchos tiem-

pos la infelicidad á que redujo á una nacion generosa la ambicion de un solo hombre.

El 19 de octubre de 1807 se verificó la primera entrada de las tropas francesas en número de 47,400 infantes y 7,112 caballos, 100 carros, 94 cañones, diez y ocho morteros y 55 obuses.

En 1808 entraron 203,300 hombres de infantería y 36,200 de caballería, 1,800 carros y 190 piezas de artillería.

En octubre del mismo año, entraron las primeras divisiones del ejercito grande que venia de Alemania y que componian 100,000 hombres. El año de 9 entraron 44,950 infantes 4,302 caballos, 434 piezas de cañon y 305 carros. En el año 10 124510 hombres de infantería y 25734 de caballería con 96 cañones, 16 morteros y 3209 carros.

Asciende la suma total de la entrada de tropas francesas en los cuatro años á 246260 hombres de infantería y á 73356 caballos, 820 cañones, 34 morteros, 55 obuses y 5414 carros cargados de efectos de campaña. A principios de 1812 entraron solamente 600 infantes y 180 caballos. El número de ingleses, portugueses y españoles hechos prisioneros en toda la campaña ascendió á 48288 y de total de tropas francesas introducidas en la península volvieron á entrar en Francia

53.300 hombres. La escuadra que mandaba Rosilly compuesta de 5 navios y 1 fragata con 2.000 hombres de tropas á su bordo fue batida y tomada en Cádiz el 13 de julio de 1808 por el general Apodaca quedando los soldados prisioneros; tambien debe añadirse á la totalidad de prisioneros 8.000 hombres que en los cuatro años entraron por Cataluña bajo los generales Duchesne, Saint-Cir Macdonal y Augereau.

Resumiendo pues lo que llevamos dicho resulta haber entrado en España á lo menos 900.000 hombres y si alguno dudase de este hecho recuerde la infinidad de sitios, batallas y campañas sin contar la innumerable multitud de acciones de guerra de toda especie y la persecucion no interrumpida que por todas partes sufrieron los franceses en esta lucha para siempre memorable en los cuatro años en que esta nacion heroica hizo los mayores esfuerzos para libertarse de la tirania de Napoleon y dar á la Europa su independencia.

LECCION XXXVII.

Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.

Entramos en la última parte del reinado de Fernando séptimo quien en consecuencia de los felices acontecimientos de España ya enunciados, habiendo salido de Valencey el 13 de marzo de 1814 con el nombre de conde de Barcelona en compañía de su hermano y tío fue recibido el 19 en Perpiñan por Suchet y seguidamente por el ejército francés de Figueras, el que le hizo los honores militares asi como el pueblo las mayores demostraciones de regocijo; y acompañado de dicho general francés llegó al rio Fluvia, en el que el ejército español que estaba formado á la orilla opuesta solemnizó su venida igualmente que los franceses con repetidas salvas de artillería, llegando á Gerona en medio de los aplausos que le tributaban los pueblos y las gentes que cubrian los caminos, lo mismo sucedió en las cercanías de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Zaragoza por donde pasó hasta Valencia en cuya ciudad dió el famoso decreto de 4 de mayo, anulando el sistema constitucional bajo cuyos

auspicios la nacion habia triunfado de sus enemigos.

Poca atencion merecen los sucesos ocurridos desde aquella época por ser demasiado notorios; pero los recomeremos brevemente. Restituido S. M. al trono de que le habia despojado la mas atroz perfidia por los esfuerzos y lealtad de sus pueblos, se volvió á poner la administracion del reino bajo el pie antiguo en el que se conservó por espacio de seis años, á pesar de las tentativas que durante este tiempo se hicieron por el famoso Mina en Pamplona, Puitrard, Renovales, y otros en Madrid. Porlier en la Coruña, Lacy en Cataluña, Vidal en Valencia y Labisbal y otros jefes del ejército de Andalucía destinado á ultramar; triunfando al fin éste en primero de enero de 1820 con el levantamiento de la Isla, dirigido por los gefes Quiroga, Riego, Lopez Baños, Arco Agüero y Odali consiguiendo por último comunicar este movimiento á la Coruña, Barcelona, Zaragoza, Ocaña y otros puntos: por lo que el rey juró dicha Constitucion en 2 de marzo volviendo á seguir en todo la nacion; pero como muchos españoles perdieron sus fortunas ó empleos con este nuevo orden de cosas, comenzaron desde luego á trabajar en secreto para derribarlo y plantear el anterior sistema

te gobierno, lo que al fin consiguieron al cabo de tres años por la intervencion armada de la Francia y espontánea sumision de cuatro ejércitos, de los cinco que á la sazón existian por haber Labisbal, Morillo, Villacampa y Ballesteros creido que de este modo se evitaria la efusion de sangre que inminentemente amenazaba; y los franceses no encontrando obstáculo alguno en su marcha penetraron hasta Cádiz, cuya plaza capituló, esperando que el rey que se hallaba en ella puesto en la libertad que exigia el general duque de Angulema, arreglaria los negocios del reino de un modo favorable á todos. En efecto, asi se ofreció en un manifiesto que circuló en aquellos dias; pero verificada la salida del rey en 1.º de octubre, dió S. M. con igual fecha el decreto de anulacion de todos los actos del gobierno constitucional, volviendo todas las cosas al estado que antes tenian.

Finalmente ocupada la plaza de Cádiz por las tropas francesas fueron espatriados los diputados y empleados que se habian refugiado en ésta, y en consecuencia de esta ocupacion se rindieron algunas fortalezas que se sostenian por el sistema constitucional y la fuerza armada nacional que aun quedaba, declarándose S. M. rey absoluto y sin restriccion alguna como lo habian sido sus antepasados.

Aunque en toda la península se restableció el antiguo orden de cosas, sin embargo el reinado absoluto de don Fernando séptimo no fue del todo tranquilo por la insurreccion militar de Besieres antiguo partidario contra la Constitucion en 1822 y que despues causó grandes turbaciones en el reino en 1825 y aunque se apagó este fuego con la muerte de este hombre emprendedor y atrevido, no se restableció del todo la tranquilidad de Tá-rifa dirigida por don Francisco Valdés y otros, la del campo de San Roque por Torrijos y Manzanares y otras tentativas de estos en marzo y diciembre del año 31, todas las cuales tuvieron al gobierno en un perpétuo cuidado sin embargo de no haber conseguido otro fruto que de el derramar su sangre estos amantes de la libertad y aumentar el numero de las víctimas sacrificadas ya al choque de las opiniones.

Sin embargo, Fernando séptimo para establecer la sucesion real en la corona de España tuvo que mandar publicar en 29 de marzo de 1830 la pragmática sancion decretada por su padre á petición de las cortes de 1789 y á su consecuencia decretó en 10 de mayo de 1835 se reuniesen las cortes del reino para jurar la princesa doña María Isabel, la que fue proclamada con toda pompa y so-

lemnidad en el monasterio de San Gerónimo de Madrid en 2 de junio del mismo año.

Finalmente despues de una larga y penosa enfermedad, acabó el rey Fernando séptimo su reinado en Madrid el 29 de setiembre del mismo año.

LECCION XXXVIII.

Reinado de la señora doña Isabel segunda.

A la muerte de Fernando séptimo, su hija mayor doña Isabel segunda, nacida en 10 de octubre de 1830, ocupó el trono de las Españas y fue proclamada en 24 de octubre de 1833, siendo su madre la señora doña María Cristina de Borbon gobernadora y regenta del reino durante su menor edad, y segun lo ordenado por el testamento del rey difunto, otorgado en Aranjuez en 12 de junio de 1830.

Poco despues del fallecimiento del rey Fernando séptimo los partidarios de don Carlos María Isidro, su hermano, que antes de la muerte del rey se habia trasladado á Portugal y desde alli á Inglaterra con su familia y comitiva, alegando sus derechos á la corona de España, dieron principio á la guerra civil mas cruel y sangrienta, que comen-

zando en pequeñas partidas y creciendo despues en batallones aguerridos y disciplinados, apoderándose de las inaccesibles montañas y desfiladeros de las provincias vascongadas y Navarra, teniendo ya á su frente el dicho infante que pasó á estas desde Inglaterra por Francia, las hicieron teatro de la guerra mas desoladora y fratricida, cuya triste situacion obligando á la España á grandes sacrificios dió origen al famoso tratado de la cuadruple alianza entre Francia, Inglaterra, Portugal y España.

En circunstancias tan criticas la nacion recibió la forma de gobierno del estatuto real en 10 de abril de 1834, por el que se crearon dos cámaras ó estamentos para discutir las leyes que la corona presentase á su deliberacion; pudiendo usar el derecho de peticion y reservándose la reina el derecho de conceder ó negar la sancion de las leyes; en cuya virtud fueron reunidas las cortes en 24 de julio de dicho, y se cerraron en mayo de 1835; pero no contentando esta especie de gobierno los deseos de las provincias, se sublevaron en agosto del mismo año é hicieron que se verificase la destitucion del ministerio de Toreno y se nombrase el de Mendizabal.

A esta época, para aumento de las des-

gracias que trae consigo la discordia civil y los disturbios interiores se presentó despues de haber corrido la Europa, la terrible enfermedad del Asia llamada el colera morbo, que devastó las mas de nuestras provincias causando en ellas grande mortandad en los años de 1834 y 1835.

Las cortes reunidas en noviembre de 1835 fueron disueltas en enero por no estar de acuerdo con el ministerio; y en el mismo mes se convocaron otras para el 22 de marzo que fueron igualmente disueltas por la misma causa en el mayo siguiente; y á su consecuencia se convocaron otras para el 20 de agosto lo que no se verificó por una nueva reaccion de las provincias, que cansadas de verse engañadas en su esperanza de mejorar de situacion bajo esta forma de gobierno, proclamaron la Constitucion del año doce, la que finalmente fue proclamada en Madrid en 15 de dicho agosto con general satisfaccion.

El resultado de estos acontecimientos fue la convocacion à cortes generales constituyentes para que revisando la Constitucion de 1812 la reformasen en la parte que fuese necesario, ó bien hiciesen otra mas análoga á las circunstancias actuales de la nacion y á sus relaciones políticas; lo que se ordenó

por un decreto de S. M. para el 24 del siguiente octubre; y verificada esta ansiada reunion, los representantes de la nacion española han llenado los votos de sus comitentes de un modo satisfactorio con la nueva constitucion de 1837, que sancionada con sumo gusto por S. M. y mandada publicar y jurar por toda la monarquía rije felizmente en la actualidad á esta leal y heróica nacion.

podemos, para su mayor claridad con preusos reducidas á siete períodos, sin contar los antiguos y escuelas de tiempo es que los reyes, los fenicios, los griegos y otras naciones establecieron colonias en España.

Primera época. *Entrada de los cartagineses, y su dominacion en casi toda la península.* Tuvo principio como unos quinientos años antes del nacimiento de nuestra Redencion.

Segunda época. *Dominacion de los romanos que espulgaron á los cartagineses doscientos años poco mas ó menos antes de Cristo.*

Tercera época. *Dominacion de los godos, suevos y alanos etc. que empezaron á despojar á los romanos del imperio español á los principios del siglo quinto.*

Quinta época. *Dominacion de los visigodos ó moros que destruyeron la soberana nacion en setecientos y setenta.*

Quinta época. *Restauracion de la monarquía, comprendida por los descendientes de los*

EPILOGO.

Recorriendo las varias épocas de nuestra historia compendiada en estas lecciones, podemos, para su mas clara comprension reducir las á siete principales, sin contar los antiguos y oscuros tiempos en que los celtas, los fenicios, los griegos y otras naciones establecieron colonias en España.

Primera época. *Entrada de los cartagineses, y su dominacion en casi toda la península.* Tuvo principio como unos quinientos años antes del nacimiento de nuestro Redentor.

Segunda época. *Dominacion de los romanos, que espelieron á los cartagineses* doscientos años poco mas ó menos antes de Cristo.

Tercera época. *Dominacion de los godos, suevos y alanos etc.* que empezaron á despojar á los romanos del imperio español á los principios del siglo quinto.

Quinta época. *Dominacion de los sarracenos ó moros que destruyeron la soberania gótica* en setecientos y catorce.

Quinta época. *Restauracion de la monarquía, emprendida por los descendientes de los*

mismos godos, poco despues de la irrupcion de los mahometanos , y continuada hasta la espulsion de estos , que acabó de verificarse con la conquista de Granada en tiempo de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel año de mil cuatrocientos noventa y dos.

Sesta época. Dominacion de la casa de Austria, que empezó en Felipe el hermoso año de mil quinientos y seis, y feneció en Cárlos segundo año de mil y setecientos.

Séptima época. Dominacion de la casa de Borbon, que pricipió en Felipe quinto año de mil setecientos y prosigue felizmente en su augusta descendencia.

INDICE

DE LAS LECCIONES CONTENIDAS

EN ESTE TOMO II DE LA PARTE HISTORICA.

LIBRO SEGUNDO.

IMPERIOS ANTIGUOS.

L eccion I. <i>Del imperio de los egipcios.</i> Pág.	3
L ec. II. <i>De los imperios de Babilonia, Asia y Media.</i>	3
L ec. III. <i>Del imperio de los persas y de los partos.</i>	5
L ec. IV. <i>De los fenicios y reino de Tiro.</i>	7
L ec. V. <i>Del imperio griego.</i>	8
L ec. VI. <i>Del imperio romano.</i>	12

LIBRO TERCERO.

HISTORIA DE ESPAÑA.

<i>Introduccion.</i>	39
<i>Sumario de la historia de España en verso.</i>	
P arte I. <i>Reino de los cartagineses, y de los romanos en España.</i>	44
P arte II. <i>Reino de los godos hasta la irrupcion de los sarracenos.</i>	47

Parte III. Irruption de los moros en España. Continuacion de los reyes godos en Asturias.	51
Parte IV. Reino de los principes franceses de Bigorra y de Borgoña.	53
Parte V. Reinos sucesivos de Austria y de Francia.	59
Lec. I. Dominacion de los cartagineses en España.	61
Lec. II. Dominacion de los romanos.	63
Lec. III. Dominacion de los godos hasta el rey católico Recaredo.	68
Lec. IV. Continuacion de la série de los reyes godos hasta Ruderico ó don Rodrigo.	73
Lec. V. Principio de la restauracion de España y série de los reyes de Asturias, ó de Oviedo, hasta don Ordoño el segundo rey de Leon.	84
Lec. VI. Série de los reyes de Leon hasta don Fernando el primero.	93
Lec. VII. Série de los reyes de Castilla y de Leon hasta el emperador don Alfonso sexto.	100
Lec. VIII. Série de los reyes de Castilla y Leon, hasta don Fernando tercero el santo.	110
Lec. IX. Série de los reyes de Castilla y Leon, hasta don Alfonso el onceno.	124
Lec. X. Série de los reyes de Castilla y Leon, hasta don Juan el primero.	133
Lec. XI. Reyes de Castilla y Leon, hasta don Juan segundo.	142

Lec. XII. Reinado de don Enrique cuarto.	147
Lec. XIII. Principio del reinado de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.	
Lec. XIV. Continuacion del reinado de los reyes católicos, muerte de la reina doña Isabel, y reinado de su hija doña Juana y don Felipe primero.	180
Lec. XV. Ultima parte del reinado del rey católico hasta su muerte.	162
Lec. XVI. Reinado del emperador Cárlos quinto.	108
Lec. XVII. Fin del reinado de Carlos V.	175
Lec. XVIII. Principios del reinado de Felipe segundo.	185
Lec. XIX. Fontinuacion del reinado de Felipe segundo.	191
Lec. XX. Fin del reinado de Felipe segundo	
Lec. XXI. Reinado de Felipe tercero. . .	198
Lec. XXII. Reinado de Felipe cuarto. . .	202
Lec. XXIII. Fontinuacion y fin del reinado de Felipe cuarto.	212
Lec. XXIV. Reinado de Cárlos segundo. .	223
Lec. XXV. Principio del reinado de Felipe quinto.	235
Lec. XXVI. Continuacion del reinado de Felipe quinto.	241
Lec. XXVII. Continuacion de dicho reinado.	250
Lec. XXVIII. Continuacion de dicho reinado hasta la paz de Utreht.	258
Lec. XXIX. Continuacion de dicho reinado y última parte de él despues de la muerte	

<i>de Luis primero.</i>	206
Lec. XXX. <i>Reinado de Fernando el sexto hasta la exaltacion al trono de Carlos tercero.</i>	291
Lec. XXXI. <i>Reinado de Carlos tercero.</i>	298
Lec. XXXII. <i>Fin del reinado del señor don Carlos tercero.</i>	502
Lec. XXXIII. <i>Reinado de Carlos cuarto.</i>	508
Lec. XXXIV. <i>Reinado del señor don Fernando séptimo.</i>	513
Lec. XXXV. <i>Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.</i>	521
Lec. XXXVI. <i>Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.</i>	526
Lec. XXXVII. <i>Continuacion del reinado del señor don Fernando séptimo.</i>	556
Lec. XXXVIII. <i>Reinado de la señora doña Isabel segunda.</i>	540

LECCIONES

INSTRUCTIVAS SOBRE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFÍA

OBRA POSTUMA

DE

D. TOMAS DE IRLARTE

ESCRITA

A LA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

NUEVA EDICIÓN

Alzada con los Sumarios de la Historia Natural y Política, que
componen el curso el P. Irlarte, el autor de esta obra, don Juan
Jago, y don Juan de la Cruz, el primero y segundo, y don Juan
de la Cruz, el tercero.

TOMO TERCERO.

NOTICIA GENERAL

IMPRESA

IMPRESA DE BOMBA, 1857

